

hábito clerical el Siervo de Dios Don Andrés Beltrami (1).

De varios modos la Virgen Santísima mostró su agrado por aquella nueva fundación. El 6 de diciembre fue al Oratorio el Director de la casa de Noviciado, Don Eugenio Bianchi, que tenía gran necesidad de cierta cantidad. La caja estaba vacía. A los pocos minutos llega una limosna, y al instante Don Durando, que era el Prefecto General, la puso en manos del Director.

Hacia fines de diciembre de 1886 cayó gravemente enfermo uno de los clérigos de la nueva casa, Ludovico Olive, de Marsella. Don Albera, Inspector de las Casas Salesianas de Francia, fue al punto a Italia y lo hizo llevar a Turín, para que estuviese mejor asistido. Don Bosco prometió que la Santísima Virgen lo curaría, pues en la noche del 4 al 5 de enero había soñado que la Virgen misma había venido a decirselo.

—Por la mañana —decía Don Bosco al referir el asunto— me apresuré a pedir noticias del joven Ludovico Olive; me aseguraron que después de haber pasado bien la noche, había entrado en franca mejoría. *Amén.*

También el buen clérigo, del cual habían dicho cuatro doctores que no curaría, soñó que Don Bosco le decía una noche que se sintió muy enfermo: “No te inquietes; dentro de diez días tú mismo irás a buscarme a mi habitación.” En efecto, en la fecha anunciada, encontrándose ya perfectamente curado, fue a visitar al Santo. Entonces Don Bosco le dijo también que iría como misionero a la China. Efectivamente, algunos años más tarde Don Rúa lo mandó a China, y murió en 1919 después de trece años de gran apostolado.

(1) Fue un verdadero serafín en carne humana. Dotado de grande inteligencia y de una sensibilidad exquisita, hizo rápidos progresos en Literatura, licenciándose en la Universidad de Turín, y en Teología mística. Escribió preciosas obras de historia y hagiografía con estilo cautivador, y murió a la edad de veintisiete años, más de amor divino que de enfermedad humana.

## II

En el año 1887, último de la vida del Siervo de Dios, dio nuevas pruebas de su incondicional devoción y adhesión a la Iglesia y al Romano Pontífice. En diciembre de 1886 le habían pedido un pensamiento para imprimirlo en una cartulina, con ocasión del Jubileo Sacerdotal de León XIII, para enviárselo al Padre Santo, y escribió estas palabras: “¡Oh María, haz que todos mis hijos, familiares y amigos vivan y mueran en la religión católica, de la cual es Jefe el Sumo Pontífice León XIII. Sac. Juan Bosco.”

A principios de 1887 le invitaron a enviar un artículo para un número único que se quería publicar en Bassano como homenaje al Padre Santo León XIII, para la misma fausta ocasión, el 20 de enero; hizo las más afectuosas protestas de amor y veneración al Sumo Pontífice, manifestando que lo mismo deseaba que demostrasen siempre los Salesianos y los Cooperadores.

El 22 de febrero de 1887, último día del Carnaval, dio a cada uno de los alumnos del cuarto curso, reunidos en conferencia, una medalla de María Auxiliadora, recomendándoles que la tuviesen en mucho aprecio, porque les preservaría de alguna desgracia. Sabía, como dijo después a Don Viglietti, que a la mañana siguiente habría un terremoto, y por eso las repartió. En efecto, el día siguiente, muy temprano, mientras los jóvenes estaban durmiendo, se produjo una terrible sacudida sísmica que causó en Italia muchos daños y en la Liguria especialmente ocasionó muchas víctimas. Nuestras casas e iglesias del Piamonte y de la Toscana sufrieron grandes desperfectos, sobre todo las de la “Riviera” del Poniente, pero no hubo que lamentar desgracias personales.

El 1 de marzo de 1887 escribió una circular a los Salesianos y una carta a los Cooperadores, invitando a unos y otros a dar gracias al Señor que los había librado de las

funestas consecuencias del terremoto. A los Cooperadores les decía además lo siguiente: "Atribuimos esta gracia a la caridad que han usado siempre con nosotros, pues el Señor suele dar en este mundo aquel céntuplo que en el Evangelio promete al que hace limosna por amor suyo."

El Director de Bordighera escribió que necesitaba urgentemente seis mil liras para las reparaciones indispensables. En casa no había tal cantidad; mas he aquí que entonces precisamente se presenta a Don Bosco el Conde de Maistre y le dice:

—Mire usted, Don Bosco, mi tía quería dejarle en el testamento esta cantidad; pero ha pensado que es mejor satisfacer en vida este deseo y me ha rogado que se la entregue yo mismo a usted.

Eran ni más ni menos que seis mil liras.

\* \* \*

Don Bosco salió de Roma el 18 de mayo de 1887. Después de una parada en Pisa, donde el Arzobispo le cedió la habitación que había ocupado Pío VII, llegó a Turín el 20 por la tarde, sexto día de la novena de María Auxiliadora. Don Rúa dio la Bendición, a la cual asistió Don Bosco en el presbiterio en acción de gracias.

Las fiestas de María Auxiliadora, importantísimas y señaladas con gracias extraordinarias, despertaron entusiasmo indescriptible. Una niña moribunda curó súbitamente después de la bendición de Don Bosco. Un jovencito, que entró en el santuario con muletas, salió expeditamente llevándolas en la mano. Un parálítico a quien condujeron a la iglesia con mil trabajos, se marchó completamente curado.

En los primeros días de junio de 1887, la Santísima Virgen se le apareció nuevamente en sueños, para reprenderlo por no haber publicado un librito que enseñase claramente a los ricos cómo emplear sus riquezas. Él lo había deseado. Su doctrina en este punto había parecido demasiado rigu-

rosa, y él, prudente, había callado. Ahora recibió la orden de amonestar a las clases elevadas contra el mal uso de sus bienes. Como se ve, un preludio del nuevo capítulo de la Sociología sobre "La Justicia social". Comunicó este aviso a sus hijos y encargó a Don Francesia ponerlo por obra. Don Francesia obedeció, publicando un librito sobre "el Paraíso abierto a los ricos mediante la limosna".

Don Bosco fue a Valsállice por algunos días para respirar un aire algo más oxigenado. La víspera de San Juan Bautista regresó al Oratorio, donde, a un himno de ocasión, se añadieron los versos cantados por primera vez en 1848: *Andiamo, compagni, D. Bosco ci aspetta;—la gioia perfetta—si desti nel cuor.* ¡Epílogo de dulces recuerdos! Pero ya no estuvo presente en las reuniones de ex alumnos, que se celebraron del 11 al 14 de agosto. Por orden del médico, el 4 de julio de 1887 se le trasladó a Lanzo, para que disfrutase de un ambiente más confortable. Como las piernas no le sostenían, se vio obligado a dejarse llevar en un cochecito. Allí subió el 11 de agosto una comisión de ex alumnos para obsequiarle. Don Bosco, aunque padecía, se entretuvo con ellos y reconoció uno por uno a los comisionados.

Muchas y cordiales felicitaciones se renovaron el 16 de agosto, día en que una comisión de alumnos y Superiores del Oratorio fue a felicitarlo por su cumpleaños.

\* \* \*

El 19 de julio volvió a Turín, y de nuevo a Valsállice, donde había comenzado la primera tanda de Ejercicios Espirituales. Su sola presencia infundía gran consuelo en sus hijos, a los cuales, con paternal caridad, continuaba dando en público las "Buenas noches" y privadamente santas advertencias y consejos.

Apenas llegó a Valsállice, se le presentó Don Luis Rocca para entregarle un telegrama que anunciaba que en Alassio uno de nuestros sacerdotes estaba moribundo. El Santo rezó

con Don Rocca y envió al enfermo su bendición. Eran las 19 y 30. A las 20 transmitían de Alassio un segundo telegrama, que comunicaba que el moribundo había superado la crisis y se había iniciado una notable mejoría. En breve se restableció del todo.

El Santo permaneció en Valsálce todo el mes siguiente, edificándonos con su admirable alegría. Aunque su salud empeoraba más y más con frecuentes dolores de cabeza y fiebre, hasta el punto de que algunos días no podía celebrar la Misa, continuó dirigiendo y aconsejando a los Superiores y dando audiencias. Todos los que venían de lejos para hablarle o subían del Oratorio a Valsálce, se volvían consolados.

Durante aquellas vacaciones, en las reuniones del Capítulo Superior se resolvió abrir nuevas casas en Quito, Londres y Trento, y sustituir a los pensionistas pudientes del Colegio de Valsálce con clérigos de la Sociedad, que vivían en el Oratorio y en San Benigno. Después de aquella sesión, el Director, Don Julio Barberis, dijo al Santo:

—Ahora que sus clérigos están nuevamente en Turín, nos vendrá a visitar frecuentemente...

—Iré —respondió con aire grave y pensativo—, iré y seré el custodio de la casa.

Asomándose después a una ventana, estuvo mirando un rato la escalera que ponía en comunicación el jardín superior con el patio de recreo; y después dijo repetidas veces a Don Barberis:

—Prepárese el diseño.

Estas palabras no las entendió entonces Don Barberis; pero cuando, unos cuatro meses más tarde, ocurrió la muerte de Don Bosco y supo la determinación que se había tomado de sepultarlo en Valsálce, lo comprendió todo al comprobar que para la tumba de Don Bosco se había escogido aquella escalera, precisamente donde Don Bosco había fijado su mirada.

El 2 de agosto volvió al Oratorio. No obstante su gran

agotamiento, reanudó sus ocupaciones ordinarias. El 13 de octubre fue al parque Valentino para saludar a novecientos peregrinos franceses a quienes acompañaban León Harmel, el barón de Montpetit y el señor Champión. Todos le rodearon con indecible afecto. Aquellas voces y aquellas caras conocidas que le recordaban los viajes realizados a Francia lo enternecieron de tal manera, que no se sintió con fuerzas para hablar. Habló Don Rúa, que se congratuló con ellos, les dio las gracias y les rogó que presentaran a los pies del Padre Santo los humildes obsequios de Don Bosco y que pidieran en la tumba de San Pedro por toda la Familia Salesiana, a fin de obtenerle las gracias necesarias para cumplir su misión en la Iglesia. Después de estas palabras, cada uno de los peregrinos, al pasar por delante de Don Bosco, se arrodilló, le besó la mano y recibió una medalla. Tres cuartos de hora duró aquel conmovedor desfile. El Santo, al desear a cada uno mil felicidades, repetía frecuentemente a los seglares: "*María Santísima le proteja y le guíe hasta el Cielo*"; y a los sacerdotes: "*El Señor le conceda la gracia de darle muchas almas.*"

\* \* \*

El 20 de octubre de 1887 fue de nuevo a Foglizzo Canavese y puso el hábito clerical a noventa y cuatro aspirantes de la Sociedad. Fue el último viaje que hizo fuera de Turín. A la vuelta dijo a Don Rúa:

—; Otro año irás tú a hacer esta función, porque yo no iré ya más!

Su actividad quedó después limitada a su humilde habitación, a la cual todavía centenares de personas iban a buscar gracias, consuelos y consejos. Allí algunas noches se le aparecía Don Cafasso, con el cual fue a visitar las casas salesianas, comprendidas las de América y aún otras más lejanas. La noche del 23 al 24 de octubre le pareció que predicaba con su santo maestro los Ejercicios Espirituales a los Salesianos, y pudo ver el estado de todas las casas y de todas las con-

ciencias. ¡Lástima que estuviese tan cansado y no pudiese relatar ni privada ni públicamente lo que había visto!

El 4 de noviembre de 1887, con una circular impresa en italiano, español, francés y alemán, de la que se hizo una tirada de cuatrocientos mil ejemplares, anunciaba la expedición de algunos misioneros al Ecuador y la necesidad de preparar otros para nuevas Misiones "ofrecidas a los Salesianos por el Papa, los Obispos y muchos Gobiernos", y pedía socorros. El 20 de noviembre con otra carta en las cuatro lenguas mencionadas, interesaba a las personas celosas para difundir las circulares indicadas, expidiendo a cada una un paquete, rogándoles que las enviaran por correo u otro medio seguro a aquellas personas conocidas, benéficas y ricas, que pudieran ayudarle con socorros pecuniarios o de cualquier otro modo.

En cuanto a él, decía frecuentemente a sus íntimos, que su presencia era ya inútil y su partida próxima. El primero de noviembre por la noche, y por primera vez, no bajó a la iglesia para rezar el Rosario en sufragio de los difuntos con la Comunidad, pero cumplió esta práctica reglamentaria con sus secretarios en la capilla inmediata a su habitación. En realidad no bajó porque ya no podía; pero se dijo: "Se ha quedado en su cuarto por precaución."

Al salir aquellos días a paseo, y al ver que iba desapareciendo el verdor del campo, se detuvo a contemplar las plantas de las calles de la antigua plaza de Armas, y volviéndose a su secretario, le dijo bromeando:

—Viglietti, acuérdate mañana de traerme unos clavitos y un martillo, porque si queremos que continúe un poco el otoño, será necesario clavar las hojas de las plantas...

Ya hacía meses que él, envejecido, se veía obligado a apoyarse en los brazos de sus hijos para poder andar... y sus palabras, que aludían frecuentemente a lo fugaz del mundo y a los desengaños, en vez de ser comprendidas, se interpretaban como señal de buen humor y de relativa buena salud.

Pero aunque sentía que sus fuerzas disminuían, hablando

con Don Berto de los niños del Oratorio, decía con firmeza:

—Mientras me quede un hilo de vida, la consagraré toda a su bien y provecho espiritual y corporal.

\* \* \*

Plugo al Señor alegrar el fin de sus días con una memorable ceremonia: la imposición del hábito clerical al príncipe Augusto Czartoryski, de lo cual hemos hablado en su sitio; se efectuó el 24 de noviembre de 1887, en el altar de María Auxiliadora. Los padres y parientes del príncipe, que habían venido de Francia y Alemania, lloraban conmovidos, y lo mismo los devotos que con los niños de la casa llenaban el Santuario. Habló Don Rúa tomando por tema las palabras de Isaías: *Filii tui de longe venient*, y aludió al continuo dilatarse de la Obra bendecida por María Auxiliadora (1).

Poco antes, Don Camilo Ortúzar, piadoso y docto sacerdote chileno, escritor fecundo y correcto, Párroco de Iquique, Capellán de la Armada, había venido a Europa con la idea de hacerse religioso y también para mejor eludir el honor que le hicieron proponiéndolo para el Episcopado. Después de haber hecho una tanda de Ejercicios Espirituales en París, le aconsejaron que visitara al Santo. Este le escuchó y le dijo con toda sencillez:

—Si desea usted quedarse con Don Bosco, encontrará trabajo, pan y Paraíso.

Y como en aquel momento era mediodía, lo invitó a recitar el Ángelus; después lo acompañó al comedor y lo presentó a los otros Superiores, con estas palabras:

---

(1) El príncipe murió santamente el 8 de abril de 1893, después de un año de sacerdocio, y a la edad de treinta y cinco. Sus virtudes y las gracias extraordinarias que Dios ha obrado por su intercesión fueron parte para que se introdujera su Causa de Beatificación y Canonización.

—¡He aquí un nuevo salesiano que nos envía el Señor!

El buen sacerdote al decir el Ángelus con Don Bosco experimentó un consuelo tan íntimo, que no tuvo la menor duda que oponer a la invitación del Santo, aunque hasta aquel momento no había pensado en hacerse salesiano. Vivió todavía varios años, escribió una hermosa Vida de Don Bosco y un interesante libro mariano calcado sobre "Las Glorias de María", de San Alfonso, titulado "Al Cielo por María", murió entre nosotros santamente.

## El tránsito

### CAPÍTULO LXVIII

#### I

La muerte de Don Bosco ocurrió casi improvisamente para sus hijos, porque llevados del amor que le tenían, parecían que no moriría entonces; pero en sus últimos meses él dijo más de una vez que pronto partiría para la eternidad. A pesar de ello, sus palabras no se comprendieron bien hasta después de su muerte.

Se había tratado de la necesidad de comprar un terreno en el camposanto para la sepultura de los salesianos; pero como las gestiones con el Municipio se prolongaban, decíale bromeando al Ecónomo de la Sociedad:

—Si no te das prisa, haré que me lleven a tu habitación cuando me muera. ¡Piensa en ello!

Y otra vez le dijo:

—Arréglate; si cuando me muera no está todo dispuesto en el cementerio, me haré llevar a tu propio cuarto, y entonces, teniendo a la vista estos despojos, pronto me encontrarás sitio para una sepultura.

Y también:

—No adquieras ningún nicho en el camposanto. Búscame un sitio en una de nuestras casas.

Se hablaba mucho de su Jubileo Sacerdotal. Don Bosco también, para contentar a sus hijos, hablaba con gusto de este asunto; pero varias veces repitió a sus íntimos:

—¡Os ilusionáis!

Durante el año 1887 quiso que Don Álbera, cada dos meses, fuese de Marsella a Turín. La última vez que Don Álbera lo visitó, en el momento de despedirse, el Santo se conmovió hondamente, lamentando tener tantas cosas que decirle, pero que le faltaban el tiempo y las fuerzas para ello. Esta separación fue tan tierna como dolorosa.

Quizás le hubiera revelado secretos y dado encargos para cuando fuera Superior General, puesto que sabía había de serlo.

No sólo sus palabras, sino también el continuo decaimiento de sus fuerzas debía hacernos comprender el fin no lejano de sus días. Aunque continuaba ocupándose, meditando e intentando la ejecución de nuevos proyectos, y aunque asistía a las deliberaciones más importantes y leía y anotaba las cartas que recibía, estaba verdaderamente agotado. Los que le veían decir la Santa Misa, debieron comprender también que su fin se aproximaba. La celebraba con gran trabajo y en voz muy baja, en la capillita inmediata a su habitación, con frecuentes interrupciones por la fuerte emoción que experimentaba. Desde varios meses antes ya no podía volver para decir el *Dóminus vobiscum*. Desde noviembre, durante la comunión de los fieles que asistían a su Misa, él se sentaba y otro sacerdote distribuía la Sagradas Formas.

\* \* \*

Por las tardes solía Don Viglietti llevarlo a dar un paseo en coche, a veces acompañados de otro sacerdote. Si el tiempo lo permitía, salían de la ciudad, y era de ver el entusiasmo sereno y dulce con que hablaba de las maravillas del campo, de las plantas, de las puestas del Sol, porque sentía hondamente la naturaleza y veía en ella trasuntos de la Divinidad y de la vida eterna. Viglietti recordaba cómo hablaba también ante la bóveda estrellada en las noches serenas. Ya Mamá Margarita, su santa madre, lo había entrenado en estas elevaciones.

El 4 de diciembre celebró por última vez el Divino Sacrificio. Desde entonces se contentó con presenciario y recibir la Sagrada Comunión; a las palabras *Ecce Agnus Dei*, la primera vez prorrumpió en lágrimas. El 6 de diciembre lo acompañaron al Santuario de María Auxiliadora para asistir a la partida de los misioneros enviados al Ecuador. Entró en el presbiterio sostenido por ambos brazos, y Don Bonetti pronunció el discurso de despedida. Pero la predicación más eficaz la hizo el Santo, aunque se arrastraba penosamente para andar. Todo el mundo se levantó para verle. Después de la bendición, los misioneros pasaron uno por uno a saludarlo y besarle la mano. Tan pronto como salieron los misioneros, la multitud asaltó el presbiterio y se agrupó en torno de Don Bosco. ¡Cuántas palabras de compasión se oyeron sobre su estado! ¡A cuántos se vio llorar! ¡Cuántos bendecían al hombre de Dios y lo llamaban Santo! Al atravesar el patio, fue aclamado frenéticamente por los chicos; él, sumamente cansado, se retiró a su habitación.

Aquellos días dictó, como último recuerdo, algunos pensamientos para exhortar a los Cooperadores a la limosna y a cuidarse de los niños abandonados.

\* \* \*

El 7 de diciembre llegó de América Monseñor Cagliero. Se había salvado casi por milagro en una caída mortal a los pies de la Cordillera de los Andes; y una vez repuesto, había emprendido la visita de su vasto Vicariato, cuando, estando en Viedma, oyó por tres veces una voz que le decía: "¡Ve a Turín para asistir a los últimos momentos de Don Bosco!" Cambió de rumbo y se embarcó para Europa. El encuentro fue conmovedor en extremo.

Por la noche llegó también el Obispo de Lieja, Monseñor Doutreloux, para impetrar la fundación de una casa salesiana en aquella ciudad. Don Bosco no parecía inclinado a concederla; pero el 8 de diciembre respondió afirmativamente.

¿Qué había ocurrido? Por la noche la Virgen Inmaculada le había dicho que "agradaba a Dios que los Salesianos abriesen una casa en Lieja, ciudad del Santísimo Sacramento".

Aquel día bajó al comedor sostenido por el Obispo de Lieja, para la cena. Pocos minutos después se levantó para volver a su habitación.

—Tenga ánimo —le dijo uno—; todavía tenemos que ver su Misa de Oro.

Él se detuvo en la puerta y se volvió hacia atrás, y mirando al que había hablado, le respondió:

—¡Sí, sí, veremos! ¡La Misa de Oro! Son cosas serias, son cosas serias.

Al día siguiente Monseñor Cagliariero le presentó una niña ex salvaje de la Tierra del Fuego, diciendo:

—He aquí, queridísimo Don Bosco, una primicia que le ofrecen sus hijos. *Ex ultimis finibus terrae!*

La pequeñita, arrodillada y con acento semibárbaro, le dijo:

—Le agradezco, queridísimo Padre, que haya enviado a sus misioneros a salvarnos a mí y a mis hermanos. ¡Ellos nos han hecho cristianos y nos han abierto las puertas del Cielo!

Con dulce sonrisa mostró el Santo cuánto le agradaba aquella primera flor, recogida en aquellas tierras que fueron el objeto de sus más vivos deseos.

El 15 de diciembre, que salió a paseo en un carruaje con Don Rúa y Don Viglietti, encontró al Cardenal Alimonda bajo los pórticos del Corso Vittorio Emanuele.

—¡Oh Don Juan! —exclamó el Eminentísimo lleno de gozo.

Y subiendo al carruaje, lo abrazó y besó con afecto. Mucha gente se detuvo a contemplar aquella escena. El carruaje prosiguió lentamente por Vía Cernaia, donde el Cardenal bajó, y Don Bosco regresó al Oratorio. Cuando llegó a las escaleras, dijo a Don Rúa:

—¡No podré subir más por mí mismo estas escaleras!

A la tarde siguiente unos treinta jóvenes de las clases superiores subieron a su habitación para confesarse. A pesar de que se les dijo que no era conveniente que Don Bosco los confesase, porque estaba muy cansado, no se movieron, pues querían a toda costa tener aquel consuelo. Se lo dijeron al Santo y aunque sabía que aquello le iba a cansar muchísimo, dijo repetidas veces:

—¡Bueno, es la última vez que podré confesarlos!

Y vivamente conmovido, los hizo entrar.

\* \* \*

El 18 de diciembre se organizó una pequeña exposición de objetos enviados de la Patagonia como homenaje al Padre Santo, con ocasión de su Jubileo Sacerdotal. Invitó a varios bienhechores y amigos a verla y se entretuvo con ellos durante la comida con afectuosa familiaridad. Al día siguiente fueron a visitarlo ilustres personajes de Chile, que se dirigían a Roma. Uno de ellos viéndolo tan quebrantado y respirando con fatiga, le dijo:

—¡Nosotros rezamos mucho al Señor para que lo libre de las molestias que le afligen y nos le conserve todavía mucho tiempo!

—Deseo ir pronto al Paraíso —le respondió—; desde allí podré trabajar por nuestra Sociedad y por mis hijos y protegerlos. Aquí no puedo hacer ya nada por ellos.

El día 20 recibió la Sagrada Comunión en el lecho; después se levantó y estuvo ocupado, como a los cuarenta años, en bendecir, consolar, socorrer y aconsejar a todos los que fueron a verlo. El secretario le rogó que escribiera algunas palabras en unas cuantas estampas de María Auxiliadora para enviarlas a algunos bienhechores.

—Con gusto —le respondió—. Ayúdame a ir al escritorio.

Fue allá, se sentó y comenzó a escribir en las estampas varios pensamientos, todos relativos a la salvación del alma y a la hora de la muerte.

—;Don Bosco —le dijo Don Viglietti—, escriba algo más alegre... estas cosas dan melancolía.

Él alzó los ojos y viendo los de Viglietti llenos de lágrimas, con una sonrisa, imposible de describir, le dijo:

—;Pobre Carlitos!... ;Qué niño eres!... ;No llores!... ;Ya te lo he dicho! ;Éstas son las últimas estampas en que escribo, pero por complacerte cambiaré de tema.

Y se puso a escribir otros pensamientos, pero pronto volvió a los que antes le preocupaban más, y continuó escribiendo sobre lo mismo. Cuando hubo acabado, dio las veinte estampas a Don Viglietti. ;Contenían su testamento! Durante el día escribí aún en otras estampas estas palabras: *María, tu nos ab hoste prótege et mortis hora súscipe*; y la última: "María, da a mi alma tu poderosa ayuda en el punto de la muerte."

Aquel día recibió todavía algunas visitas; la última audiencia que concedió levantado fue a la Condesa Sosango di Mocenigo, y duró hasta las doce y media. Por la tarde se dejó llevar hasta el carruaje en un sillón. A pesar de las repetidas insistencias de sus hijos, era la primera vez que lo efectuaba, y fue la última.

\* \* \*

Durante aquel paseo dijo de repente estas palabras:

Viglietti, apenas lleguemos a casa, acuérdate de escribir en mi nombre estas palabras a todos los salesianos: *Los Superiores salesianos tengan siempre gran benevolencia con sus inferiores, y especialmente traten bien y con caridad a la servidumbre.*

Al volver a casa, dirigiéndose con cariñosa expresión a los que gustosos le habían llevado a su cuarto, dijo al más caracterizado de ellos:

—Haz una lista, ¿oyes? Te lo pagaré todo de una vez.

Poco después lo visitó el médico de cabecera, el cual lo encontró muy agravado y lo hizo acostar. Al clérigo Testa le dijo:

—*Ahora no me queda más que tener un buen final.*

Y repitió:

—;Sí, no me queda más que tener un buen término!

En los días siguientes, la gravedad se fue acelerando. El 23 se comenzó en el Santuario la adoración continua ante el Santísimo Sacramento para implorar su curación. Cada media hora se turnaban los alumnos, distribuidos por clases o talleres. Él mismo recomendaba que se rezase. Cuando los más ancianos y los Superiores de la casa iban a verlo, decía:

—Rezad todos por mí. Decid a todos los Hermanos que recen por mí, para que muera en gracia de Dios; no deseo otra cosa.

Se lo recomendaba especialmente a los más fervorosos para que estuvieran en adoración ante el Santísimo Sacramento por él, sucediéndose los unos a los otros sin interrupción.

Triste y solemne fue el 23 de diciembre, cuando parecía que la enfermedad se acercaba a su fin. Las palabras que entonces dijo Don Bosco fueron dignas de perenne recordación. Dijo a Monseñor Cagliariro:

—;Te acordarás bien de la razón por la cual el Padre Santo debe proteger nuestras Misiones? Dirás a Su Santidad que no había convenido decirlo hasta ahora y es porque *la Sociedad y los salesianos tienen por objeto especial sostener la autoridad de la Santa Sede, dondequiera que se encuentren, dondequiera que trabajen...* Vosotros iréis protegidos por el Papa al África y atravesaréis...; *iréis al Asia, a la Tartaria... y a otras partes...* Tened fe.

Por la tarde fue a visitarlo el Cardenal Alimonda, que lo abrazó y besó tiernamente. Don Bosco se quitó el bonete y le dijo:

—;Eminencia, le recomiendo que rece para que pueda salvar mi alma!

Y después:

—*Le recomiendo mi Congregación.*

El Cardenal lo animó, le habló de la conformidad con la

voluntad de Dios, le recordó que había trabajado mucho por Él, y al verlo siempre con el birrete en la mano, se lo puso en la cabeza. Don Bosco, visiblemente conmovido, continuó diciendo:

—*He hecho siempre todo lo que he podido. Hágase de mí lo que la santa voluntad de Dios quiera.*

—Pocos pueden hablar como usted en punto de muerte.

—*¡Tiempos difíciles, Eminencia! Hemos pasado tiempos difíciles... ¡Pero la autoridad del Papa... la autoridad del Papa!* Se lo he dicho aquí a Monseñor Cagliero que le diga al Padre Santo que los Salesianos están para defender la autoridad del Papa dondequiera que trabajen, dondequiera que se encuentren.

Y al hablar así, se entusiasmaba.

—Sí, querido Don Bosco —dijo Monseñor Cagliero, que estaba a los pies de la cama—; lo recuerdo, esté seguro de que cumpliré su encargo para el Padre Santo.

—Pero usted, Don Juan —añadió el Cardenal—, no debe temer la muerte; usted que ha recomendado tantas veces a los demás que estén preparados.

—¡Nos habló de esto tantas veces! —agregó Monseñor Cagliero—. Más aún, era su tema principal.

—Lo he dicho a los otros —acabó diciendo humildemente Don Bosco—; pero ahora tengo necesidad de que otros me lo digan a mí.

Pidió su bendición al Cardenal, el cual, al despedirse, le volvió a abrazar y lo besó profundamente conmovido.

A las cinco llegó Don Giacomelli, su confesor, y en otro tiempo compañero de Seminario, con el cual permaneció sólo durante algunos minutos. ¡Qué recuerdos nos trajo aquel buen sacerdote! En 1885 había caído enfermo de muerte y Don Bosco le había dicho:

—Alégrate; no temas. ¿No sabes que te tocará asistir a Don Bosco en sus últimos momentos?

## II

La víspera de Navidad, por la mañana, pidió la Sagrada Comunión como Viático. Se lo llevó en forma solemne Monseñor Cagliero. El largo cortejo de niños vestidos con sotana y sobrepelliz que iban detrás de la cruz, subió por la escalera del estudio y se alineó en la biblioteca, cerca de la puerta de la habitación de Don Bosco. Vuelto a algunos sacerdotes que estaban en torno suyo, les dijo repetidas veces:

—Ayudadme, ayudadme vosotros a recibir bien a Jesús... Yo estoy turbado... *In manus tuas commendo spiritum meum.*

¡Qué escena tan conmovedora! ¡No se oían más que sollozos! Hasta el mismo Monseñor Cagliero no pudo contener las lágrimas.

En conformidad con los deseos manifestados en diversas ocasiones, dijo el enfermo a Don Viglietti:

—Hazme el favor de mirar en los bolsillos de mi sotana; allí están la cartera y el portamonedas; creo que no habrá nada dentro; pero si hay algún dinero, entrégaselo a Don Rúa. Quiero morir de modo que se pueda decir: “¡Don Bosco ha muerto sin un céntimo en el bolsillo!”

Una hora antes de la medianoche rogó que pidiesen una bendición especial al Padre Santo.

—¡Pido una cosa sola al Señor: que pueda salvar mi pobre alma! *Te recomiendo que digas a todos los salesianos que trabajen con celo y con ardor. ¡Trabajo!, ¡trabajo!*, dedicaos siempre e incansablemente a salvar almas.

Era la recomendación más frecuente de aquellos últimos días:

—Salvad almas, salvad almas; ahora os toca a vosotros; yo no puedo hacer nada. ¡Oh, cuántas almas salvará María Auxiliadora por medio de los Salesianos!

\* \* \*

El día de Navidad llegó la bendición del Padre Santo, quien apenado por la “enfermedad de Don Bosco, rezaba por él”. Fueron a visitarle varios Obispos. La niña de la Tierra del Fuego no podía estar tranquila, y a cada instante preguntaba a las Hermanas:

—¿Está enfermo Don Bosco?

E iba a la iglesia a rezar al Santísimo Sacramento; y con frecuencia tiernas lágrimas bañaban su cobrizo rostro.

El día de San Esteban fue a despedirse el Cardenal Alimonda, que debía ir a Roma. Prorrumpió en lágrimas, lo abrazó varias veces y lo bendijo con gran cariño. Fue también la Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora a implorar su bendición.

—¡Sí —dijo Don Bosco—, bendigo a todas las casas de las Hijas de María Auxiliadora, bendigo a la Superiora General y a todas las Hermanas; procuren salvar muchas almas!

—Un recuerdo especial, Padre, para nosotras.

—Sí, con gusto: *amaos mutuamente en el Señor; compadeceos en vuestros defectos, ayúdaos en el trabajo; rogad las unas por las otras.*

Todos los días publicaban los diarios el boletín sanitario; el Oratorio se veía asediado por personas que pedían noticias; por todas partes se elevaban fervorosas plegarias y se hacían votos y promesas por su curación. Don Álbera, que vino de Marsella, dijo al enfermo:

—Es la tercera vez, Don Bosco, que llega usted a las puertas de la Eternidad y después retrocede, por las oraciones de sus hijos. Estoy seguro de que lo mismo ocurrirá esta vez.

Y contestó el Siervo de Dios:

—¡Esta vez no volveré atrás!

Él debía de conocer sin duda el día preciso de su muerte.

Don Barberis y el Príncipe Czartoryski tenían que ir a Niza y fueron a pedirle la bendición, no sin indicar su temor de no verle a la vuelta. El buen Padre los tranquilizó, diciéndoles que lo verían de nuevo, “¡con tal que no se detuviesen mucho!”.

El 28 de diciembre se notó alguna mejoría. “Los médicos —escribió Don Rúa a las casas—, esta mañana, a las once, han encontrado una mejoría notable en la salud de nuestro querido Padre. Habla y digiere y él mismo decía esta mañana temprano que se encontraba mejor.”

El 29 de diciembre no empeoró, pero casi siempre estuvo amodorrado. Por la tarde llamó a Don Rúa y a Monseñor Cagliari y les dijo que recomendasen a todos los salesianos que *se amasen como hermanos y que propagasen fervorosamente la devoción a María Auxiliadora*. Hacia las diez recibió de Monseñor Cagliari la Bendición Papal. Secundando sus deseos, Monseñor mismo recitó el acto de contrición.

La devoción a María Auxiliadora y la frecuente Comunión fue el agualdo que dio a los salesianos para el nuevo año y para toda la vida.

Gran serenidad de ánimo que le hacía bromear en medio de sus dolores, resignación plena y entera a la voluntad de Dios, espíritu de fe y de piedad extraordinaria y continuas efusiones de caridad: he aquí las disposiciones de ánimo que demostró Don Bosco durante su enfermedad.

El 31 de diciembre pidió la bendición de María Auxiliadora, que otras veces ya había recibido. Los médicos observaron una notable mejoría y declararon que la enfermedad no presentaba ningún síntoma de próximo peligro; antes bien, permitía concebir fundadas esperanzas de restablecimiento. “Dios sea bendito —escribía *l'Unità Cattolica*—, que nos favorece con este consuelo al expirar el año 1887 y al comenzar el de 1888.”

\* \* \*

Era universal el interés que inspiraba su enfermedad. El 7 de enero el Cardenal Alimonda escribía desde Roma manifestando cuán grande era allí la ansiedad por su salud y que el Papa había pedido noticias repetidas veces con vivo interés.

Aquella misma tarde, por consejo de los médicos, se le llevó pan rallado y un huevo. Antes de tomar el escaso alimento, se quitó el birrete, se santiguó y rezó con fervor. Se temía que le hiciese daño, pero lo retuvo muy bien, y comenzó con vivacidad inesperada a pedir noticias de mil cosas. Quiso saber lo que se decía de Roma, del Papa, de su Jubileo Sacerdotal y aun se puso a hablar con varios clérigos. No se había encontrado nunca tan bien. Dijo a Don Lemoyne:

—¿Cómo puede explicarse que una persona, después de veintiún días de cama, casi sin comer, con la mente sumamente debilitada, vuelva en sí de pronto, lo comprenda todo y se sienta con fuerzas y casi capaz de levantarse, escribir y trabajar? ¡Si me siento sano en estos momentos como si nunca hubiese estado enfermo! A quien pregunte, le podéis responder así: QUOD DEUS IMPERIO, TU, PRECE, VIRGO, POTES!... (Puedes, Virgen, con tus ruegos lo que Dios con sus mandatos.) ¡Ciertamente, ésta no es todavía mi hora; podrá ser dentro de poco; ahora, no!

Fue en verdad una gracia señalada de María Auxiliadora; porque así pudo arreglar varios asuntos y dar normas definitivas para la marcha del Oratorio y de otras casas.

El 8 de enero de 1888 fue a verlo el Duque de Norfolk, que, como hemos dicho, iba a Roma como enviado de la Reina Victoria junto al Papa; visitáronle también muchos peregrinos ingleses y franceses, belgas, suizos y alemanes, que venían de Roma o iban allá.

El 16 de enero continuó la mejoría y los doctores dictaron disposiciones para que se preparase un cómodo sillón, a fin

de facilitarle la respiración cuando pudiese levantarse. Pero él dijo que eran inútiles estos preparativos. Todavía continuó recibiendo visitas, y entre ellas al Arzobispo de Malinas, Monseñor Goosens junto con su Vicario General, al Obispo de Tréveris con su séquito, y a Monseñor Richard, Arzobispo de París.

Pero el 20 de enero cesó la mejoría; el 25 el enfermo volvió al estado de un mes antes. Ello no obstante, al ver la ansiedad y el temor que manifestaban los que lo rodeaban, trataba de reanimarlos. "Algunas veces —dice Don Rúa—, cuando no podía hablar, interpelaba jocosamente a los visitantes:

—¿Podrías indicarme dónde habría una fábrica de fueles?

Maravillados preguntaban:

—¿Tiene usted quizá que mandar reparar algún órgano o armonio?

—Sí, el órgano de mis pulmones, que no quiere servir; tendría necesidad de cambiarme los fueles. Dispensadme si no puedo hablaros tan fuerte como quisiera."

Así, en broma y sin lamentarse, dejaba entender hasta qué punto de extenuación había llegado, al paso que daba satisfacción a sus interlocutores a pesar de la escasez de su voz y de sus palabras.

\* \* \*

Monseñor Cagliero solicitó ir a Roma, y él le dijo:

—Sí, ya irás, harás muy bien; pero espera un poco.

Este poco se adivinó que era la proximidad de su muerte.

Siempre demostraba una admirable calma. Cuando se le exhortaba en sus dolores a que recordase a Jesús sufriendo en la cruz sin poderse mover, decía:

—Sí, es lo que siempre hago.

Don Sala quiso darle ánimo diciéndole:

—Don Bosco, ahora se encontrará contento ante la idea

de haber conseguido, aunque a costa de tantos trabajos y fatigas, fundar la Sociedad Salesiana y extenderla por todas partes.

—Sí —respondió—; lo que he hecho, lo he hecho por el Señor... y hubiera querido hacer más... pero lo harán mis hijos.

Y tomando un poco de aliento prosiguió:

—Nuestra Sociedad está guiada por Dios y protegida por María Auxiliadora.

Después suplicó que le sugiriesen jaculatorias. A cada instante, volviéndose al Santuario, rezaba y se santiguaba devotamente.

El 28 de enero, antes de recibir la Sagrada Comunión. dijo en voz baja:

—¡Pronto llegará el fin!

Y a Don Bonetti:

—Diles a los chicos que los espero a todos en el Cielo.

Estas palabras, recogidas cariñosamente, vinieron a aumentar la tristeza que a todos dominaba. Al anocheecer exclamó:

—¡Pablito, Pablito! ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes?

Todos los presentes creyeron que llamaba a Don Álbera, Inspector de las casas salesianas de Francia, el cual había vuelto a Marsella.

El 29, fiesta de San Francisco de Sales, exteriormente había alegría, cantos musicales y solemnes funciones pontificales en el Santuario; pero dolor, amargura y angustia en todos los corazones. Don Bosco recibió todavía la Sagrada Comunión, que fue la última; después permaneció amodorrado todo el día. Reconoció y bendijo al Conde Incisa, presidente de la fiesta, y a Monseñor Rosaz, Obispo de Susa, que había predicado el panegírico. Estaba continuamente sumido en profundo sopor, aletargado y no salía de su estado, sino cuando se le hablaba del Paraíso o de cosas del alma. Si le presentaban alimento o bebida, con una señal lo rechazaba. Don Bonetti le dijo la jaculatoria: *María, Mater gra-*

*tiae, tu nos ab hoste prótege...* Y le respondió: *Et mortis hora súscipe!* Con frecuencia exclamaba:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mañana!

Al toque del Avemaría de la tarde, le invitaron a saludar a la Virgen con las palabras ¡Viva María!, y las repitió con voz inteligible. Más tarde dijo en voz baja:

—¡Jesús!... ¡María!... ¡Jesús, María, os doy el corazón y el alma mía!... *In manus tuas, Dómine, commendo spiritum meum...* ¡Oh Madre!... ¡Madre!... ¡Abridme las puertas del Paraíso!

Con las manos juntas repetía algunos textos de la Sagrada Escritura, que fueron el programa de toda su vida. *Diligite inimicos vestros... Benefícite iis... qui vos persequuntur... Quærite primum regnum Dei...*

Durante la noche repitió varias veces aún, levantando la mano izquierda, porque la derecha la tenía rígida:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Después cesó de hablar. Pero todo el día y la noche siguiente continuó levantando la mano izquierda, de cuando en cuando, con gran esfuerzo, para ofrecer a Dios el sacrificio de su preciosa existencia.

A las diez de la mañana del 30 de enero, Monseñor Cagliero empezó las Letanías de los moribundos, hallándose presentes muchos salesianos. Los médicos habían dicho que por la noche o antes del alba del nuevo día habría volado al Cielo. La noticia se difundió por el Oratorio y desgarró los corazones. Los salesianos pudieron verlo una vez más y Don Rúa permitió a todos que le besasen la mano. Silenciosos se reunieron en pequeños grupos en la capilla privada y uno a uno desfilaron por la habitación del moribundo, el cual estaba en la cama con la cabeza algo levantada, un poco inclinado hacia el lado derecho y apoyado en las almohadas, tranquilo, con los ojos entornados y las manos extendidas en el lecho. Tenía un crucifijo sobre el pecho y a los pies veíase extendida la estola morada, insignia del sacerdocio. Sus hijos se acercaban de puntillas, se arrodillaban un instante y ape-

nados estampaban un beso en aquella mano, que tantas veces se había levantado para bendecirlos.

Fueron varios centenares, porque acudieron también los de los colegios vecinos.

\* \* \*

Llegó un telegrama del Ecuador que anunciaba el feliz arribo de nuestros misioneros a Guayaquil; Don Rúa se aproximó a comunicar la noticia al moribundo, el cual abrió los ojos y los volvió al cielo. Monseñor Cagliero y Monseñor Leto alternaban en sugerirle algunas jaculatorias. Las más frecuentes eran: *Jesu, spes mea, miserere mei... María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

A las ocho entró en la habitación el confesor, púsose la estola y rezó algunas oraciones del ritual. A hora avanzada y como parecía que la muerte no estaba tan próxima, algunos de los Superiores se retiraron a sus habitaciones; pero Don Rúa y otros quedaron allí. El moribundo pasó la noche inmóvil y respirando afanosamente.

El 31 de enero, a la una y cuarenta y cinco, entró en agonía. Don Rúa se puso la estola y rezó de nuevo las oraciones de los agonizantes. Se llama de prisa a los otros Superiores; en un momento la habitación se llena de sacerdotes, clérigos y coadjutores. Todos se arrodillan. Llega Monseñor Cagliero, al cual Don Rúa cede la estola, para pasar a la derecha del moribundo, e inclinándose junto al oído del Padre querido, le dice con voz sofocada por el dolor:

—Don Bosco, aquí estamos nosotros sus hijos; le pedimos perdón por todos los disgustos que por nuestra causa ha soportado. En señal de perdón y paternal benevolencia dénos una vez más su bendición. Yo le llevaré la mano y pronunciaré la fórmula.

¡Escena emocionante! Todas las frentes se inclinaron hacia el suelo y Don Rúa, haciendo un esfuerzo y pronunciando las palabras de la bendición, levanta la diestra paralizada de

Don Bosco e invoca la protección de María Auxiliadora sobre los hijos presentes y sobre los demás esparcidos por toda la Tierra.

\* \* \*

A las tres de la mañana llegó otro telegrama de Roma con la Bendición Apostólica: "A Don Bosco, gravemente enfermo." A las cuatro y media Monseñor lee el "*Proficiscere*" y finalmente la campana de María Auxiliadora toca el Ave-ría. Todos los presentes en la habitación rezan el Ángelus. Don Bonetti susurra al oído del moribundo lo que otras veces le había repetido: "¡Viva María!" Cesa el estertor que durante una hora y media se había estado tristemente oyendo; la respiración se vuelve unos instantes tranquila y franca; un momento después parece que le falta...

—¡Don Bosco se muere! —exclama Don Belmonte.

Todos se estrechan en torno del lecho y lo ven lanzar tres suspiros a breves intervalos. Monseñor Cagliero le sugiere las últimas jaculatorias: "¡Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía!..." ¡Don Rúa y los otros superiores, directores, sacerdotes, clérigos y coadjutores, transidos de pena, acompañan con dolientes suspiros los últimos del Padre que nos deja en esta tierra para esperarnos en el Cielo! Había cumplido los 72 años, cinco meses y quince días.

Monseñor Cagliero entona conmovido el "*Subvenite, Sancti Dei*", bendiciendo el cadáver implora para el finado el descanso eterno. Quitase la estola que pendía de su cuello y pónesela al difunto y luego coloca en sus manos cruzadas el crucifijo que tantas veces había besado. Después, todos se arrodillan y rezan el "*De profundis*" alternando los versículos con suspiros, gemidos y sollozos. Al fin, Don Rúa se levanta y vuelto a los Hermanos, con voz interrumpida por el llanto, dice: "¡Somos dos veces huérfanos! Pero consolémonos; si hemos perdido un padre en la Tierra, hemos adquirido un protector en el Cielo. Mostrémonos dignos de él, siguiendo sus santos ejemplos."

Eran las cuatro y cuarenta y cinco del 31 de enero de 1888. Varias fueron las personas que gozaron aquella mañana de la aparición del alma de Don Bosco, y fueron auxiliados en sus padecimientos. En Grado, una extática vio el alma del Santo entrar en el Paraíso, acogida con tanta fiesta como no se había visto con ninguna otra desde el día en que diez años antes había ocurrido lo mismo para el ingreso del alma de Pío IX. Otra religiosa que pertenecía a una familia devota del Santo, se encontraba en circunstancias penosas, que la tenían privada de la tranquilidad necesaria para su felicidad y para procurar el bien de los otros. Cuando supo que Don Bosco estaba moribundo dijo para sí: "Mi madre irá a verlo y me recomendará a sus oraciones." Y he aquí que el 31 de enero, mientras toda la Comunidad estaba en la iglesia y ella había logrado dormirse después de una noche agitada, oyó que a poco la llamaron.

—¡Sor Filomena! ¿Qué tiene?

"Don Bosco —escribe la religiosa— estaba en pie, detrás de mi lecho, llevando su acostumbrada esclavina recogida sobre el brazo, con el sombrero en la mano derecha y joven, alegre y vivaz, justamente como lo había visto muchas veces en nuestra casa en mi niñez."

—¡Oh Don Bosco! —le respondí—. ¿Le ha hablado mi madre de mí? ¿Estoy tan contrariada y me siento tan débil, que no puedo hacer ningún bien!

—Sé que su madre debía venir, pero no ha podido —respondió Don Bosco—. Oiga; cuando yo estaba en este mundo, muy poco era lo que podía hacer por usted y por su familia; pero ahora que estoy en el Paraíso, mi poder se ha acrecentado. Quiero hacer ahora lo que no pude entonces cuando tanto tenía que trabajar con mis niños...

A estas palabras la religiosa le rogó que intercediera con Dios para que recobrarla la salud. Don Bosco le respondió:

—Levántese, pues, Dios está con usted.

La religiosa se levantó, fue a la iglesia a dar gracias y en aquel mismo día se enteró de la muerte del Siervo de Dios.

## CAPÍTULO LXIX

### Funerales e inhumación

El 31 de enero de 1888, por la mañana, apenas expiró el Santo, se comunicó la triste noticia a las casas salesianas, al Sumo Pontífice, al Cardenal Alimonda y a los principales bienhechores, con estas palabras: "Don Bosco esta mañana, a las cuatro y cuarenta y cinco ha volado al Cielo." Por la mañana Don Rúa redactó el anuncio oficial con la angustia en el corazón, con los ojos hinchados por el llanto y con mano trémula; el anuncio más doloroso que jamás había dado y podía dar en su vida: "Nuestro queridísimo Padre en Jesucristo, nuestro Fundador, el amigo, el consejero, el guía de nuestra vida HA MUERTO." Su carta, traducida a otras lenguas, se envió durante aquel día a los Cooperadores.

La dolorosa noticia se difundió por todo el mundo, causando gran sentimiento. En el Oratorio se comunicó a los jóvenes en los diversos dormitorios a la hora de levantarse y motivó el llanto y dolor más profundo. Doce de ellos habían ofrecido su vida a Dios para que se prolongase la del amadísimo Padre. La Comunión de aquella mañana fue general, y todos los sacerdotes celebraron también en sufragio de aquella grande alma del difunto maestro. A las diez se cantó Misa de Réquiem. Hasta aquella hora no cesó la afluencia de los salesianos que rezaban, deshaciéndose en lágrimas. A las diez Don Sala y el enfermero, asistidos y dirigidos por los médicos señores Albertotti, Bestente y Bonelli, que quisieron mostrar hasta el último momento el amor que profesaban

ban al difunto, le lavaron el cuerpo, lo amortajaron y lo colocaron en un sillón y el fotógrafo Deasti y el pintor Rolini lo fotografiaron. Antes ya lo habían retratado en la serena posición en que había expirado.

Superiores y médicos no consintieron que se obtuviese una mascarilla, para no profanar lo más mínimo la cara del amadísimo Padre. Rechazóse también la idea de embalsamarlo.

El doctor Fissore mismo dijo:

—¡Hace muchos años que conozco a Don Bosco; tengo tanto respeto a su cuerpo, que no me atrevería a profanarlo con el embalsamamiento!

Por la tarde, al difundirse la triste noticia, se cerraron los establecimientos y las oficinas de la ciudad con el letrero: "Cerrado por la muerte de Don Bosco." Muchísimas personas, con los ojos bañados en lágrimas, fueron a la portería solicitando ver los restos mortales. En atención a lo estrecho del lugar donde estaba, no se pudo dar entrada sino a las personas más conocidas.

El cadáver, revestido con los hábitos sacerdotales color violáceo, se acomodó en un sillón y se colocó en la pequeña galería contigua a la habitación donde había expirado. En la mano derecha le pusieron el crucifijo. A no ser por la palidez de la muerte, que contrastaba con lo morado de los ornamentos, se hubiera dicho que dormía plácidamente. Allí, durante todo el día, fueron sus hijos a rezar, besándole la mano y regándola con lágrimas, grupos de sacerdotes, patricios y señoras devotas. Todos, en vez de experimentar temor, sentíanse movidos de devoción y reverencia. Por la noche un grupo de Hijas de María Auxiliadora fue a besar la mano del Fundador.

En Turín eran arrebatados de las manos los periódicos que daban la triste noticia y hablaban de las obras realizadas por Don Bosco. Algunos hicieron varias ediciones, que se agotaron muy pronto; se leían en alta voz y con sentimiento, aun en la calle.

\* \* \*

Por la noche se reunió el Capítulo Superior de la Sociedad y deliberó que si se obtenía de la autoridad competente permiso para enterrar a Don Bosco en la basílica de María Auxiliadora o en el Seminario de las Misiones Extranjeras en Valsálice, se comenzarían inmediatamente en la basílica los trabajos de ornamentación que tanto interesaron a Don Bosco y que ya estaban en estudio por su iniciativa.

Al mismo tiempo se convirtió en capilla ardiente la iglesia de San Francisco. Apenas se abrió al público la iglesia, en un momento se movió toda Turín.

Después del mediodía aumentó tanto la muchedumbre de los devotos, que hubo que darles entrada por la cancela del Oratorio Festivo y salida por la puerta del Instituto. Eran señores y gente del pueblo, que movidos por los mismos sentimientos de piedad y de pena, se acercaban a contemplar el cadáver y rogaban a los sacerdotes que lo custodiaban, que tocaran en él medallas, rosarios, relojes, pañuelos y devocionarios. Hacia las cuatro de la tarde aumentó tanto la concurrencia, que fue preciso prohibir que tocaran objetos en el cadáver, para que la multitud no se detuviera, sino que desfilara ordenada, compacta y continuamente.

Cerca de las veinte se prohibió la entrada; pero hubo que permitirle a muchos que habían llegado de diversas partes del Piamonte para contemplar el semblante del Siervo de Dios, siempre inalterable y casi sonriente, como de quien duerme en plácido sueño. La escena más conmovedora de aquel día fue el adiós que después de la cena dieron al amado Padre los alumnos del Oratorio. Reunidos en la pequeña iglesia y aglomerados en parte en la puerta, rezaron las oraciones de la noche; después permaneciendo todos de rodillas, levantóse Don Francesia en medio de aquel solemne silencio para dar las "Buenas noches", y dijo:

—Ved aquí a nuestro amado Padre con la calma, la tran-

quilidad y la sonrisa que siempre afloró en sus labios. Parece que quiere hablarnos, y vosotros esperáis que se levante y os dirija la palabra. Pero ya no puede repetirnos aquellas santas enseñanzas que tantas veces nos dio; no puede hablarnos ya... ¿Y qué os diré yo desde este sitio donde Don Bosco hizo tanto por vosotros? No puedo hacer otra cosa que repetir las últimas palabras que os dedicó al preguntarle qué recuerdo quería dejar a sus jóvenes: "Decid a los jóvenes que los espero a todos en el Paraíso."

Había en la iglesia un recogimiento tan íntimo y profundo, que parecía oírse la afanosa respiración de los pobres jóvenes, a los cuales Don Bosco en su serena muerte, había bendecido para siempre. Cuando recibieron la orden de retirarse a sus dormitorios, todos permanecieron inmóviles, llorosos y a duras penas se alejaron después de haber contemplado una vez más de cerca al amado bienhechor.

Durante toda la noche velaron rezando sacerdotes, clérigos y coadjutores salesianos. Don Rúa oró mucho tiempo con profundo recogimiento.

El 2 de febrero, a las siete y media de la tarde, colocaron el venerado cadáver en una triple caja, revestido con los sagrados ornamentos pero sin cerrarla, para que varios Hermanos que habían de venir de lejos, según lo habían anunciado, tuvieran el consuelo de ver una vez más el amorosísimo semblante del Padre. Muchos, en efecto, llegaron de Italia y Francia, y entre ellos, Don Álbera y Don Bologna.

\* \* \*

Los funerales resultaron imponentes. Cerraron el féretro y fue sellado definitivamente a las catorce, estando presentes todos los miembros del Capítulo Superior. A las quince y media, cuando las campanas del Santuario dieron los primeros toques para el desfile del cortejo, cien mil personas estaban formadas a lo largo del trayecto, dos largas filas de clérigos, doscientos sacerdotes, más de cuarenta párrocos y

canónigos, y los Obispos Monseñor Cagliero, Monseñor Leto y Monseñor Bertagna precedían al cadáver, llevado a hombros por ocho sacerdotes salesianos. Al paso de la comitiva todos se descubrían respetuosamente, muchos se arrodillaban y otros conmovidos repetían las exclamaciones que el día anterior tantas veces dejaron escapar millares de labios trémulos de veneración: "¡Era un Santo! ¡Es un Santo!"

Inmediatamente detrás del féretro iba Don Rúa, abrumado por las dolorosas impresiones de aquellos días, y recogido en su inmenso dolor, entre los otros miembros del Capítulo. Seguía luego una multitud incontable de sacerdotes, de clérigos y de seglares, quiénes para rendir su tributo particular de veneración al ilustre finado, quiénes en representación de diversas entidades y personalidades de la ciudad. No faltaron tampoco numerosas representaciones del extranjero. A ambos lados de esta imponente comitiva fúnebre iban dos largas filas de lacayos vestidos de librea con los emblemas de armas de la Nobleza turinesa, precedidos de los pajes y maceros de la Corporación Municipal. Finalmente iban centenares de personas que rezaban devotamente el Rosario. ¡Nunca se había visto un concurso de gente tan numeroso y espontáneo! Don Bosco, hijo del pueblo, bienhechor del pueblo, recibía del pueblo la mayor de las demostraciones de afecto y reverencia. ¡Aquello no fue un entierro, fue un triunfo!

A duras penas se pudo entrar de nuevo en el Santuario, donde, con la asistencia de los Obispos de Mágida y Samaria, Monseñor Bertagna ofició las exequias. Pero he aquí que apenas dada la absolución al cadáver, el pueblo se precipita sobre el féretro para besarlo como se besan las cosas santas: las coronas de flores que estaban suspendidas de seis grandes candelabros son hechas pedazos, y así hubieran hecho con el paño mortuorio y aun la caja misma, si inmediatamente no se hubiera transportado el cadáver a la iglesia de San Francisco en espera de la inhumación. Al mismo tiempo, cuando entró en la casa la Comunidad, invadió todos los corazones

una paz y un gozo profundo e inusitado. Los que antes habían llorado tanto, se sintieron calmados como si Don Bosco no hubiera muerto, sino que realmente se encontrara entre sus hijos. Todo era entonces evocar dulcemente aquellas palabras santas y amables que tantas veces brotaron de sus paternales labios; aquellos rasgos más salientes y amables de su vida y, en fin, todo un conjunto de sonrisas y de sentimientos de placidez y de contento que no es fácil describir.

\* \* \*

Se recibió del ministro Crispi permiso para inhumar el cadáver en Valsálce; y a las cinco y cuarto del 4 de febrero, llegaba al Oratorio el coche fúnebre para el transporte del féretro. Antes que éste fuese depositado, Don Rúa lo besó llorando, y después en forma completamente privada se efectuó el traslado. En Valsálce esperaban en dos filas y con velas encendidas los clérigos y los sacerdotes de la casa, quienes lo acompañaron a la antigua iglesia, y allí Monseñor Cagliero cantó las exequias, a las cuales siguió el Oficio de Difuntos.

El día 6, estando ya preparada la tumba, Monseñor la bendijo, se renovaron las exequias y se hizo la inhumación. Finalmente, todos los presentes volvieron a la iglesia. Monseñor Cagliero, primicia del episcopado salesiano, tomó la palabra. Dijo que los Superiores confiaban a los clérigos de Valsálce el precioso depósito; les recomendó custodiarlo bien y recibir con fraternal amor a los salesianos de las otras casas que vinieran a visitarlo, confiando en que ellos serían los primeros en hacerlo para enervorizarse con la práctica de las grandes virtudes del Padre.

Don Rúa añadió unas pocas palabras para decir que la Divina Providencia confiaba a Valsálce el cuerpo de Don Bosco.

\* \* \*

El 1 de marzo celebróse un solemnisimo funeral de trigésima en el Santuario de María Auxiliadora, adornado con

grandes colgaduras de luto. No pudo ser mayor la concurrencia del pueblo. Hizo el elogio fúnebre el Cardenal Alimonda, el cual exaltó la obra divinizadora de Don Bosco en el siglo XIX, parangonándolo con San Vicente de Paúl y San Francisco de Sales. La voz elocuentísima del venerando purpurado se oía entrecortada por su inmensa emoción.

En la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de Roma también se celebraron funerales de trigésima.

Los antiguos alumnos del Oratorio quisieron igualmente rendir un tributo especial al amadísimo bienhechor el 8 de marzo en el Santuario de María Auxiliadora. El canónigo Ballesio, en una sentidísima oración fúnebre, habló de la vida íntima del Siervo de Dios en el Oratorio; es, por tanto, un documento preciosísimo de autenticidad incontrovertible. Ballesio vivió muchos años con él y lo mismo la mayor parte de sus oyentes.

Los funerales celebrados en muchos pueblos y ciudades de Italia, Francia, España, Argentina, Chile, Brasil fueron tantos y tan espontáneos y solemnes, por el concurso de las autoridades y el pueblo, que parecieron un imponente triunfo con que quiso el Señor glorificar a su humildísimo Siervo. Los más ilustres dignatarios de la Iglesia y los oradores más insignes lo llamaron un alma privilegiada de Dios, un insigne bienhechor del género humano, una gloria espléndida de la Religión, un émulo de San Vicente de Paúl, de San Jerónimo Emiliano, de San José de Calasanz y de San Juan Bautista de la Salle, un Santo sacerdote, plasmado según el corazón de Dios. El Cardenal Rampolla, al transmitir a Don Rúa el pésame del Papa León XIII, lo llamaba "un apóstol, cuya pérdida ocasiona un vacío, del cual se lamentaba la Iglesia". El Cardenal Richelmy, entonces Obispo de Ivrea, el Cardenal Massaia, el Cardenal Capeceletro y otros Cardenales, el Arzobispo de París y centenares de otros Obispos y Prelados expresaron el mismo dolor, la misma estima y la creencia de que ya estaba en el Cielo. El Obispo de Pamplona dijo que no se podía dudar de la dicha completa de Don

Bosco en el Paraíso. El Obispo de Barcelona, Monseñor Jaime Catalá y Albosa, además de llamarlo gloria de la estirpe humana, de los sacerdotes, de la Iglesia y de todas las Órdenes Religiosas, acababa diciendo:

—Hijos míos, hoy hemos honrado la memoria de un gran hombre; mañana levantaremos una iglesia a un gran Santo.

\* \* \*

También el Sumo Pontífice León XIII, que acostumbraba llamarlo "el Santo", hizo repetidas veces el mismo elogio en las primeras audiencias concedidas a Don Rúa, lamentando ser ya anciano y no poder así cooperar a su Beatificación.

A estas autorizadas voces y venerables testimonios se unió siempre, alto y sonoro, el coro de todos sus hijos espirituales, salesianos, alumnos, ex alumnos, Cooperadores y admiradores, próximos y lejanos, que fueron en piadosa peregrinación a su tumba. Sobre ésta se erigió una capilla. Los restos mortales se inhumaron a la altura del bajorrelieve en mármol, que lo representa; debajo se leía: *Hic compósitus est in pace Christi Joannes Bosco Sacerdos, orphanorum Pater. — Natus Castrinovi apud Astenses XVII Kal. Sept. MDCCCXV, obiit Aug. Taurin. pridie Kal. Februar. MDCCCLXXXVIII.*

(Aquí yace en la paz de Cristo el sacerdote Juan Bosco, Padre de los huérfanos, nacido en Castelnuovo de Asti el 16 de agosto de 1815, muerto en Turín el 31 de enero de 1888.)

## CAPÍTULO LXX

### La voz del Cielo

El Señor, inmediatamente después de la muerte de Don Bosco, continuó obrando por su intercesión aquellas mismas maravillas que por su mediación había multiplicado durante su vida. Con las visitas a su sepulcro, con la invocación de su nombre y la aplicación de sus imágenes y reliquias, curaron y curan personas atacadas de males inveterados e incurables.

"... El pueblo —aseguraba Don Rúa en el primer proceso de la Beatificación del Santo— tenía ya gran devoción al Siervo de Dios durante su vida. Esta veneración continuó después de su muerte y fue acentuándose con la continua demanda de oraciones para obtener su intercesión, lo mismo que con las incesantes visitas que se hacen a su tumba..."; y "son más bien personas instruídas y constituídas en dignidad, especialmente eclesiástica, las que demuestran fe especial en su intercesión. Son Obispos, Arzobispos, Cardenales, sacerdotes, canónigos, profesores, médicos, abogados y seglares de todas clases, los que acuden a aquella veneranda tumba y así demuestran su profunda devoción al Siervo de Dios, no rehusando alternar con personas de condición media y pobre, que también acuden allí en gran número".

Esta devoción creció y va creciendo cada día más por todas partes. Los que logran un pedacito de sus vestidos, los que poseen un autógrafo o cualquier objeto que él usó, los conservan cuidadosamente. Muchas familias tienen veneración por las habitaciones que ocupó en sus viajes. Se con-

servaron también como reliquias aquellos mismos ornamentos que usó, siquiera una vez.

Esta fama de santidad y esta gran veneración hacia el Siervo de Dios se extendió rápidamente por todo el mundo. En las mismas poblaciones indígenas de la Patagonia se repite el nombre de Don Bosco con veneración, debido a algunos hechos prodigiosos, como son frecuentes apariciones. El salesiano Don Evasio Garrone aseguraba haber visto muchas veces llegar al hospital de la Misión en Viedma, desde el centro del desierto o del pie de la cordillera, a pedir asilo a pobres indios necesitados de una operación quirúrgica o de especiales cuidados sanitarios. Al preguntarles quién los había encaminado hasta allí, respondían: "Un Padre, un misionero..." No había ningún misionero de viaje por aquellas tierras, pero ellos repetían que habían encontrado a un Padre muy bueno, que les había hablado con gran caridad y les había dicho: "Id, id al hospital de la Misión", y les había indicado el camino. Algunos, en los puntos más difíciles del viaje, cuando no sabían orientarse, lo habían visto de nuevo, ora a caballo, ora a pie, con su bondadosa sonrisa alentarlos para proseguir el camino, dándoles además precisas indicaciones para realizar el viaje. No pocos pastores de esos grandes rebaños de ovejas o caballos que había en las Pampas, lo vieron en un caballo blanco, viniendo para avisarles de las amenazas de las "indiadas" o de las tempestades de arena que solían asolar esas regiones, y así ponerlos en salvo.

Todos, al ver por vez primera el cuadro de Don Bosco en los corredores del hospital o en la sala de la farmacia, se alegraban al fijar los ojos centelleantes en él. "¡He ahí —decían—, he ahí el Padre que me ha hablado!" En la Tierra del Fuego, muchos de los dos mil y más indios que reposan en el camposanto de la Misión Salesiana, murieron confortados con la visión de Don Bosco y María Auxiliadora. "¡Ahí está, la Virgen, qué bella es, qué bella es! ¡Ahí está el Padre grande que me llama y me sonríe!" El Padre grande, según su modo de expresarse, era el Santo.

\* \* \*

Fue tan grande y espontánea la fama de santidad de Don Bosco después de su muerte, que el pensamiento de promover la Causa de su Beatificación nació simultáneamente en Turín, en todo el Piamonte, en Roma y en otras regiones y naciones. Desde febrero de 1888 el mismo Cardenal secretario de Estado Lucio María Parocchi escribió sobre esto a Don Rúa, y en las audiencias que el Papa le concedió, lo exhortó a promoverla cuanto antes, repitiéndole al despedirse: "Le recomiendo la causa de Don Bosco, le recomiendo la causa de Don Bosco".

El proceso ordinario sobre la fama de santidad, vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios, se inició en la Curia del Arzobispado de Turín el 4 de junio de 1890; la introducción de la Causa de Beatificación se hizo el 23 de julio de 1907; tanto tiempo se había necesitado para examinar la voluminosa documentación.

En todas partes se dieron gracias a Dios por el feliz éxito del examen de introducción, pero sobre todo en Turín, donde se hizo una peregrinación a Valsállice y una función solemnísima en el Santuario de Valdocco. Finalmente el 7 de agosto de 1907 Pío X lo declaró Venerable. El 30 de enero de 1908, el Eminentísimo Cardenal Pedro Maffi, Arzobispo de Pisa, conmemoró solemnemente en el Oratorio esta declaración de Venerable.

Las fiestas religiosas de Turín tuvieron eco en todo el mundo. Cardenales y Obispos pontificaron en las sagradas funciones de acción de gracias, y con prudentes pero efusivas expresiones rindieron un homenaje a la misión providencial del hombre de Dios, del Orientador de la juventud, del Apóstol de los nuevos tiempos.

\* \* \*

Después de haberse terminado los procesos de Revisión de los escritos, *super non cultu et super fama et virtutibus*

*in genere*; ultimando también el Proceso Apostólico *super virtutibus et super miraculis in specie*, se leyó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes el 26 de febrero de 1927.

Una vez concluido el Proceso apostólico sobre las virtudes y sobre los milagros, el 13 de octubre se hizo el reconocimiento canónico de los restos mortales. El Eminentísimo Cardenal Cagliero al ver las manos, exclamó con viva expresión: "¡He ahí las manos que tantas veces he besado yo!" Terminado el reconocimiento, se sellaron y cerraron las cajas y se colocaron en su sitio. Estuvo bastantes horas expuesto: estaba intacto, con sus ornamentos sacerdotales, algo gastada el alba en su extremidad inferior; y cuando se cerró de nuevo el ataúd para volverlo a su sepulcro, había empezado un proceso de momificación.

Finalmente, aprobados ya los milagros obrados por intercesión del Siervo de Dios, el 2 de junio de 1929 el Vicario de Jesucristo Su Santidad Pío XI proclamaba Beato al infatigable apóstol de la juventud, elevándole así a los honores de los altares.

He aquí algunas de las numerosísimas gracias que se examinaron en esos procesos, alcanzadas por intercesión de Don Bosco.

Sor Adela Marchese, Hija de María Auxiliadora, había sido atacada de total ceguera a consecuencia de gota serena y amaurosis, enfermedad que el especialista, doctor Bona, calificó de incurable.

A fines de 1887, hallándose ya enfermo Don Bosco, la Hermana aludida había manifestado varias veces el deseo de presentarse al Santo para recibir su bendición, esperando que así curaría; pero como el Siervo de Dios se había agravado, no se creyó prudente llevarla a su presencia. Cuando Don Bosco murió, la Religiosa sintió crecer su confianza. El 1 de febrero de 1888 por la tarde, mientras estaba expuesto el cadáver en la iglesia de San Francisco de Sales, fue llevada casi en peso a dicha iglesia llena de gente; pero como se sintió desfallecer, la condujeron a la enfermería con la condición de llevarla de nuevo al día siguiente. En efecto, el 2 por la mañana fue trasladada otra vez ante los restos mortales; la hicieron arrodillar, se le tomó una mano y se la pusieron sobre la del difunto. Ella la estrechó, la besó, la llevó a sus ojos, los frotó con ella, pues permanecía flexible, y también

se hizo con ella la señal de la cruz, como si él la bendijese; hecho esto, gritó:

—¡Veo a Don Bosco! ¡Veo a Don Bosco!

Instantáneamente recuperó la vista. Desde entonces en adelante, la vista de Sor Adela fue siempre perfecta; y aun parecía que sus ojos habían adquirido más viveza que antes; tan expresivos se tornaron y conservaron hasta la muerte.

El doctor Albertotti calificó esta curación de hecho excepcionalmente extraordinario.

Luisa Piovano, de Turín, estaba afectada de una enfermedad uterina declarada incurable por los médicos; los cuales apenas le daban algunos meses de vida. A su mal físico se agregaba otro moral; su marido no practicaba la Religión; hacía más de veinte años que no se había confesado ni siquiera con ocasión de su casamiento. Como la enferma, hondamente preocupada, ansiaba con su curación la conversión de su marido, aconsejada por personas piadosas, decidió hacer dos novenas a Don Bosco, en cuyo honor encendió también una lamparilla. Comenzó la doble novena el sábado antes del Domingo de Ramos de 1889, segura de que curaría. El tercero o cuarto día de la novena por la noche, después de no poder conciliar el sueño a pesar de los calmantes prescritos por los médicos, la sorprendió una somnolencia inenarrable, y soñando vio a Don Bosco revestido de roquete y estola, que le recomendó rezar. Le contestó la paciente que rezaba, pero que todavía no había obtenido la gracia. El Santo añadió: "Sí, sí; reza.", y la visión desapareció. Al despertarse se encontró con la frente bañada en sudor y le pareció ver a Don Bosco no ya en sueños, sino despierta. Desde entonces aumentó en ella la confianza de que el Santo le alcanzaría las dos gracias que solicitaba. El Sábado Santo por la noche se durmió; poco después se despertó sudando, pero completamente transformada. La mañana de Pascua, temprano, al sentirse enteramente curada fue a San Felipe a hacer sus devociones. Al volver a casa su marido le dijo:

—¡Qué aspecto tan agradable tienes hoy! ¡No pareces la misma de ayer!

Su mujer le respondió.

—¡Ciertamente debe de ser así, porque Don Bosco me ha curado antes de lo que yo creía.

El marido lo tomó a broma, movido de incredulidad; su mujer lloró y pidió con más fervor al Santo que convirtiese a su pobre esposo. Rezó dos horas, por lo menos, diciendo a Don Bosco:

—Hoy es el último día de la novena. ¿No veis qué endurecido está el corazón de mi marido? ¡Tocádselo y convertílo.

Por la tarde, después de rezar sus oraciones y el Rosario, le suplicó de nuevo que le concediese la gracia. Por la noche oyó que la llamaban por tres veces:

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Luisa!

Despertóse y vio a Don Bosco revestido de estola y en medio de una nubecilla de luz blanca, levantado en el aire y junto al lecho. Al reconocerlo la mujer, porque en vida del Santo le había hablado tres veces, exclamó:

—¡Oh Don Bosco!

Éste le respondió:

—Sí, sí; soy el mismo Don Bosco; ten mucha fe; yo te concederé lo que desees.

—¡Oh Don Bosco! Si me concedes la gracia de que mi marido cumpla con el precepto pascual, no lo olvidaré jamás.

Don Bosco, después de añadir: “¡Sí, sí, reza, reza!”, desapareció.

La mujer refirió al punto a su esposo la misteriosa entrevista, pero él no le prestó fe. A la mañana siguiente temprano la mujer vio que su marido se levantaba y salía; fue detrás de él, pero de lejos, para no ser vista; lo ve que entra en la iglesia de San Felipe y va a un confesonario; que se confiesa y recibe la Sagrada Comunión. Al llegar a casa enseña a su mujer la papeleta comprobante del cumplimiento pascual y le dice:

—¡Mira! ¿Estás contenta ahora? ¡Ya ves que he cumplido con la Iglesia! He querido complacerte. Te aseguro que mi contento es grande; no creía que recibiendo la Sagrada Comunión se experimentase tanto consuelo.

La conversión fue perfecta y ambos la atribuyeron a Don Bosco. Lo mismo que la conversión del marido, fue completo el restablecimiento de la mujer; después del día de Pascua no tuvo que guardar cama un solo día. El martes siguiente fue a hacer varias visitas y el médico le dijo:

—¡Vaya!, que está usted bien, y ya no tiene necesidad de venir.

\* \* \*

En Vesoul, Francia, diócesis de Besançon, una Hermana de la Caridad llamada María Constantina Vorbe, de treinta y seis años, estaba gravemente enferma hacía ocho meses con una o varias úlceras en el estómago, que le causaban vómitos de sangre y la obligaban a alimentarse sólo con leche. Al octavo día de una novena que hacía al Siervo de Dios, se sintió repentinamente curada, se levantó de la cama, comió con la Comunidad y como las otras Hermanas, volvió a sus trabajos

de la cocina y el día siguiente fue en peregrinación a pie, sin experimentar cansancio, a una ermita situada en la colina cercana. Desde entonces su salud, antes delicada, se volvió vigorosa y lozana.

\* \* \*

Sor María José, del Instituto de San José en Moriana Saboya, desde 1886 había sido desahuciada de tres médicos por una grave enfermedad en el pecho; tenía tos casi continua con frecuentes esputos de sangre y punzadas en el lado derecho. En 1889 se complicó su enfermedad con dolores intestinales y de cabeza. A consecuencia de una peritonitis tuberculosa, se le había formado un tumor o absceso que se abría y se formaba nuevamente. No era posible una operación a causa de su extraordinaria debilidad. La pierna derecha se le hinchó, enfrió y paralizó y el brazo del mismo lado empezó también a debilitarse. Como creyó que pronto iba a morir, recibió la Extremaunción. Le recomendaron que hiciera con la Comunidad una novena a Don Bosco y la comenzó con mucho fervor; el penúltimo día, después de una aparición del Santo, que le prometió que curaría, aumentó su confianza, hasta que el último día sanó instantáneamente.

\* \* \*

El sacerdote José Manaj, Rector de Zerfalin, diócesis de Oristán, hacía ya tres años que tenía una fistula en el ojo izquierdo, que a ratos se hinchaba y casi le impedía la visión. Pidió un objeto cualquiera que hubiera pertenecido a Don Bosco y aplicándoselo al ojo, desaparecieron en un momento la hinchazón y la fistula, hasta el punto de que no le quedó vestigio alguno de la enfermedad. Al aplicarse el pañito que le enviaron, se encomendó a Don Bosco diciéndole: “Padre Don Bosco, yo creo firmemente que estáis en el Cielo; haced por ello que el mal de mi ojo desaparezca.” Al referir esta curación, añadía: “Si no es un milagro esta curación instantánea, yo no veo qué otros milagros pueda haber.” El doctor Luis Denti de Oristán, que había calificado la dolencia de ese sacerdote de criocistitis crónica *retrudida*, encontró pocos días después que el ojo estaba perfectamente sano sin que se hubiera aplicado ningún remedio. Este hecho portentoso ocurrió poco después de la muerte del Siervo de Dios.

Estas y muchas otras gracias constan en el Proceso Ordinario y están confirmadas con otras no menos maravillosas en el Proceso Apostólico. El día mismo de la introducción de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, ocurrió también un hecho singular.

Sor Juanita Lenci, del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, se encontraba ya hacía mucho tiempo gravemente enferma y casi para morir. Uno de los médicos que la asistían declaró que se trataba de *disturbios nerviosos con apariencias de salpingitis sinistra*, y aún descubrió otros fenómenos cerebrales que le hicieron pensar en una localización meníngea de naturaleza tuberculosa. El mismo doctor confesó que habían resultado inútiles todos los medios terapéuticos puestos en práctica por los médicos de cabecera, y que la enferma sanó a consecuencia de prácticas piadosas el día en que fue discutida la Introducción de la Causa de Don Bosco en la Congregación de Ritos. Aquel día, 23 de julio de 1907, la enferma se encomendó con gran fe al Santo, lo vio aparecer junto a la almohada y la ayudó, tomando la mano, a sentarse en el lecho. Al instante desapareció el mal. Una hora después Sor Juanita fue al Santuario de María Auxiliadora y al día siguiente, con maravilla de todos, se encaminó a la tumba de Don Bosco en Valálice a dar gracias a su bienhechor.

\* \* \*

Los hechos prodigiosos atribuidos a la intercesión del Siervo de Dios son innumerables; hasta tal punto se han repetido y repiten. No pudiendo detenernos por más tiempo en señalarlos, nos contentaremos con referir como digno término de ellos los dos milagros solemnemente aprobados por la Iglesia en el curso de los procesos canónicos para la Beatificación y los dos de la Canonización.

El primero de los que sirvieron para la Beatificación se relaciona con una Hija de María Auxiliadora. Sor Provina Negro, perteneciente a la casa de Giaveno, tenía una úlcera gástrica, que sólo pudo diagnosticarse cuando no había remedio para tan terrible mal. Los dos meses que estuvo en Turín la enferma sometida a tratamiento médico, fueron dos meses de atroces sufrimientos: no podía ingerir ni siquiera una gota de líquido; la lengua y el paladar parecían como de leña seca; no le era posible movimiento alguno; decir una sola palabra le producía un tormento indecible y abrir las manos, una conmoción dolorosísima. Ya parecían perdidas para siempre las últimas esperanzas, a las que tenazmente se aferra el amor instintivo a la vida.

Pues bien, entonces precisamente se despertó en la atribulada alma de la abatida paciente la fe conmovedora de las grandes crisis del dolor, para obtener de Don Bosco el remedio que la ciencia médica impotente le negaba. Ardientes súplicas salieron de su corazón impe-

trando del buen Padre la curación suspirada; y a ellas por fin puso por remate un rasgo de enérgica y admirable resolución: con el supremo esfuerzo que le prestó una ciega confianza en la bondad y valimiento del Venerable, hizo una bolita de una estampa del Siervo de Dios, que tenía entre las manos; y después de breve oración y sin preocuparse de la imposibilidad de tragar cosa alguna, rápidamente la hizo pasar por la garganta.

Un pujante estremecimiento de vida la sacudió en el instante mismo; sintió como si una oleada de calor vital de la cabeza a los pies la inundase. Entonces se puso a gritar: "¡Estoy curada, estoy curada!" Llorando de conmoción se movía y revolvió sin experimentar la más leve molestia. Intentó abandonar el lecho y se sostuvo perfectamente; trató de andar y anduvo con firmeza. Aquella noche le pareció eterna. Al toque de levantarse se lavó, arregló su lecho y los objetos de uso personal y salió para asistir a la Misa con la Comunidad. ¡Cuánto costó vencer la prudente incredulidad de sus Superiores y Hermanas! Pero, finalmente, la evidencia triunfó de la incertidumbre que presentaba lo ocurrido como si fuera efecto de una simple y efímera sugestión. La instantánea curación, entonces completa, se conservó después. En 1929, Sor Provina contaba cincuenta y tres años de edad y se encontraba perfectamente.

El segundo milagro de los aprobados para la beatificación, no menos sorprendente que el primero, es por sus circunstancias más dramático aún.

Hacia ya veintinueve meses que en marzo de 1921 la enferma Teresa Callegaris yacía en el Hospital Cívico de Castel San Giovanni, cerca de Piacenza, atormentada de males y males. Primeramente padeció de una artritis aguda postinfecciosa que se concentró en la rodilla izquierda y en las vértebras; después, de bronquitis crónica, enterocolitis y marasmo. Nadie preveía la más remota posibilidad de salvarla, cuando en buena hora las Religiosas que la asistían, conocedoras, por haberlo leído en la Vida de Don Bosco, de un caso idéntico que se resolvió prodigiosamente después de la bendición del Siervo de Dios, hablaron de ello a la enferma. Esta, que no sabía nada de Don Bosco, tuvo la inspiración de encomendarse a él. Inmediatamente comenzó una novena con la Comunión diaria a este fin, de la cual participaron algunas compañeras de la sala. Pero los dolores en vez de disminuir, crecieron fuera de la medida de lo soportable, y tanto, que la pobre mujer, convencida de no alcanzar la gracia, conjuraba a Don Bosco para que la librara de tan terribles tormentos, haciéndola morir.

Entonces se presenta el capellán y la invita a comenzar otra vez

la novena. Al octavo día, 16 de julio, la enfermedad iba de mal en peor hasta temer un fatal inmediato desenlace; las Religiosas preparaban lo necesario para la Extremaunción y tenían dispuesto el vestido conveniente para amortajarla. Pero ya estaba próxima la hora señalada por Dios para glorificar a su fiel Siervo.

Sonaron las cuatro de la madrugada. La enferma, que tenía vuelta la mirada hacia el lado izquierdo, vio que se acercaba un sacerdote de mediana estatura vestido de negro y con los brazos cruzados. Estando ya a su lado, le preguntó:

—¿Cómo estás?

Ella, sorprendida, respondió:

—¡Ah!...

El sacerdote insistió:

—¡Levántate!

Respondióle:

—No me es posible.

—Entonces aquél añadió en piamontés:

—¡Muévete!

La enferma, que no había visto nunca un retrato de Don Bosco, tampoco había oído jamás aquella voz, pero comprendió que debía mover las extremidades. Intentó hacerlo y ambas obedecieron; y las rodillas, rígidas desde tanto tiempo, se doblaron. Al instante gritó:

—¡Hermana, Hermana, muevo las piernas!

La Hermana, acercándose al punto, exclamó:

—¡Teresa!, ¿estás loca? ¿Es posible?

Pero como la religiosa fuese corriendo, le dijo Teresa:

—¡Poco a poco, que va a tropezar con Don Bosco!

No tuvo tiempo para acabar la frase, porque vio que el sacerdote levantaba las manos con las palmas vueltas hacia ella y sonriendo siempre, retrocedió y se fue.

Cuando se rehizo del estupor, al sentirse dueña de sus miembros, se incorporó y se sentó en el lecho, entre las exclamaciones de las Hermanas y de las enfermas atónitas.

La voz de lo ocurrido recorrió el hospital como un relámpago y lo puso en conmoción. Quería que la llevaran a la iglesia en un cochecito; ¡hasta tal punto había perdido la costumbre de fiarse de sus piernas! Y como no la complacían, saltó decididamente y fue en dirección de una puerta que comunicaba con una habitación próxima, ocupada por una señora. Poco después oyó la Misa de rodillas, recibió la Sagrada Comunión en ayunas y comió con gran apetito la ración reglamentaria, que digirió perfectamente, como en sus buenos tiempos. Todos querían verla andar. Durante todo el día anduvo de una parte a otra repetidas veces en el hospital.

Después de regresar al seno de su familia, no volvió a padecer ya más de ninguno de sus antiguos males. Esta sorprendente curación se realizó en un momento.

El vecindario, como era de esperar, se impresionó sobremedida, porque la favorecida era persona muy conocida y todos recordaban mucho sus antiguos padecimientos. Sus hermanos, nada religiosos por cierto, abrieron los ojos y creyeron ante semejante milagro. La noticia del acontecimiento se difundió rápidamente fuera de Castel San Giovanni y dio motivo a consoladores y abundantes frutos espirituales.

\* \* \*

He aquí ahora los dos milagros que sirvieron para la Canonización:

La primera curación se verificó en Rimini. La señora Ana Maccolini, desde el mes de octubre del año 1930, padecía una bronconeumonía gripal, que le duró hasta el mes de febrero del año siguiente. Hacia la mitad de diciembre de 1930, a esta enfermedad se añadió una flebitis en la pierna y el muslo izquierdos que se extendió a toda la pierna, la cual se le había hinchado de tal forma, que parecía el doble de lo normal y le era de todo punto imposible el moverla.

Ahora bien: la flebitis, si es grave en las personas jóvenes, lo es mucho más en los ancianos, a causa del peligro de la gangrena por arterioesclerosis. Por esta razón los dos médicos de cabecera, que estuvieron de acuerdo al hacer el diagnóstico, teniendo en cuenta la avanzada edad de la enferma (78 años) y especialmente la afección gripal que padecía desde varios meses, emitieron un pronóstico desfavorable no sólo para la curación, sino para la vida de la enferma.

Todos los entendidos en Medicina dicen que es imposible la curación instantánea de la flebitis. Pues bien: la señora Marcolini, una de las últimas noches de aquel mismo año, después de haber invocado con un triduo al Beato Juan Bosco y de haberse aplicado una reliquia suya sobre la pierna enferma, curó instantánea y perfectamente de la flebitis y recobró la libertad de movimiento y de flexión de la pierna, desapareciendo la hinchazón y todos los dolores.

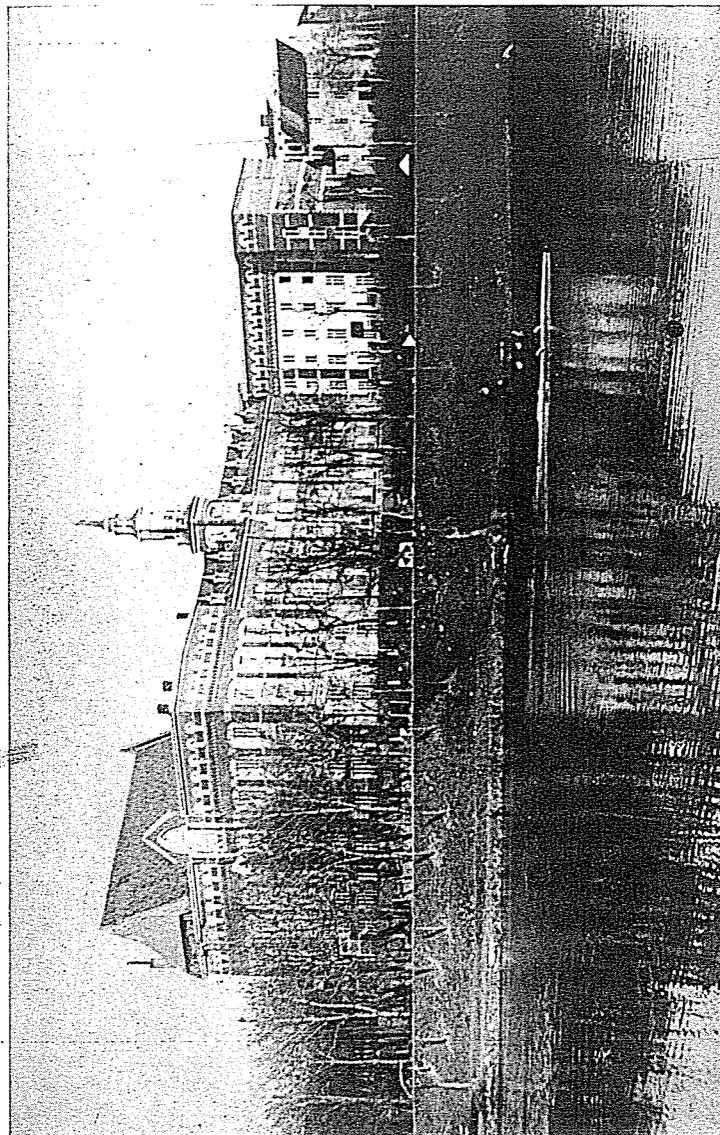
No menos evidente es el segundo milagro.

La señora Catalina Pilenga estaba enferma de diátesis artrítica. La artritis le había atacado especialmente a las rodillas y a los pies con lesiones orgánicas, y se presentaba en una forma gravísima, si no

para la vida de la enferma, sí ciertamente para todo lo referente al funcionamiento de los miembros afectados. Habiendo resultado ineficaces todos los remedios y tratamientos aplicados desde el año 1903, la enferma fue dos veces a Lourdes; pero no habiendo obtenido de la Santísima Virgen la curación tampoco la segunda vez, en mayo de 1931, antes de marcharse de Lourdes, dirigió a Nuestra Señora esta súplica: "Ya que aquí en Lourdes no he sido curada, concededme al menos, por la devoción que tengo al Beato Juan Bosco, que él pueda obtenerme en Turín la curación."

Es evidente tanto la invocación al Beato, como la confianza en una general mediación de la Santísima Virgen. Al volver de Francia, en las mismas graves condiciones, el 6 de mayo se detiene en Turín y se dirige a la Basílica de María Auxiliadora. Baja del carruaje, ayudada por una hermana suya y por el cochero; entra en el templo, se sienta delante de la urna que guarda el cuerpo del Beato y se pone a rezar. Después de un rato puede arrodillarse y permanece en esta posición por espacio de unos veinte minutos. Se levanta luego, va al altar de la Virgen y se arrodilla de nuevo. Entonces, como volviendo en sí, se da perfecta cuenta de que está completamente curada. Sin ayuda de nadie, en medio del estupor de todos los que habían visto que era incapaz de dar un paso, se mueve, va de una parte a otra, sube y baja expeditamente las escaleras y monta en el carruaje sin el menor impedimento.

La curación fue total y perdurable, como lo atestiguan los peritos médicos. El milagro fue reconocido y proclamado por los doctores que la habían asistido y por todos los testigos, como también por los peritos designados oficialmente por la Sagrada Congregación de Ritos.



*Oswiecim (Polonia). Parroquia y Colegio Salesianos.*



Su Santidad Pío XI, "el Papa de Don Bosco".

## CAPÍTULO LXXI

### La glorificación

Dos frases tenía siempre inseparables en sus labios Don Bosco: *la gloria de Dios, la salvación de las almas*. QUE ERAN EN REALIDAD EL PROGRAMA DE SU VIDA: la gloria de Dios como *fin*; la salvación de las almas como *medio*. Promover la gloria de Dios mediante la salvación de las almas lo fue todo en la vida de Don Bosco. Y Dios lo premió no sólo concediéndole la gloria eterna, sino también glorificación extraordinaria aun en la Tierra, ya en vida, pero especialmente después de la muerte.

Ante todo *la gloria del sepulcro*. Algo renuente andaba el Gobierno italiano a conceder el permiso de enterrarlo en una casa salesiana. Doña Dorotea, don Luis Martí Codolar, don Manuel y don Narciso Pascual anunciaron que partían con un furgón a traer los restos para inhumarlos en la casa de Sarrriá, sintiéndose España muy honrada con el depósito sagrado. Esto hizo que el Gobierno italiano se apresurara a conceder el solicitado permiso. Y lo dio, no para el Oratorio o el Santuario de María Auxiliadora, sino para Valsállice, que está fuera de la ciudad, y que... Don Bosco había visto: quizás también por esto había convertido en Seminario de sus vocaciones el colegio de los nobles patricios.

Pues bien, aquella tumba llegó a ser inmediatamente un lugar glorioso, meta de continuas peregrinaciones individuales y colectivas. El que fue Director de la casa por muchos años, el célebre teólogo Padre Luis Piscetta, declaró que,

hecho un cálculo aproximativo, subían allá diariamente cuarenta personas a rezar ante la tumba, a implorar gracias y a expresar su gratitud; y no eran poco frecuentes las peregrinaciones colectivas, algunas muy numerosas. Y esto no solamente de Italia y de Europa, sino de América, del África, de todos los continentes y de todas las naciones. Y no sólo personas humildes, sino personajes de todos los estamentos: cardenales, obispos, generales, magistrados, gentes de carrera. También llegaban cartas en gran número que, para no violar los decretos de *non cultu*, se retiraban al archivo. De año en año aumentaba el concurso de peregrinos hasta el día de la solemnísima traslación de los restos a la Basílica de María Auxiliadora en abril de 1929. Ésta fue "una apotheosis sin ejemplo". A los setecientos mil habitantes de la ciudad se unieron más de cien mil venidos de todas las naciones: ríos de gente encuadrados por hileras de prelados, de sacerdotes y de clérigos, desfilaron durante tres horas y media acompañando la urna entre hosannas, himnos, rezos y música; a intervalos convenientes veintitrés bandas llenaban los aires de armonía y en el cortejo figuraban príncipes de sangre real, ministros, generales, las autoridades de la ciudad, provincia y reino. Todos cantaban: "*Don Bosco ritorna.*"

Los restos, ahora ya preciosas reliquias, fueron colocados en la basílica que él había levantado a su Reina. La piedad, la devoción de los fieles reclamaba un altar digno del Santo. Y el altar se hizo, concurriendo el afecto, el arte y la riqueza, de modo que es un monumento que honra a una ciudad.

*Segunda gloria:* Como en vida, después de la muerte el Señor lo glorifica con *el don de los milagros*. Es cosa sabida que los milagros sólo Dios los hace; pero Él suele subordinar su acción a la intercesión de sus mejores amigos, que son precisamente los Santos.

La persuasión de que Don Bosco puede muchísimo ante el Señor es universal. Por esto, universal es el recurso de los fieles a su intercesión. Y no quedan defraudados. Gra-

cias y milagros se registran continuamente. Y es claro que todo esto contribuya a un acrecentamiento de fe y de fervor, y al incremento de la piedad cristiana y exaltación de la omnipotente bondad divina, que tales prodigios obra por medio de sus amigos los Santos.

*Tercera gloria: la del nombre.* El nombre de Don Bosco tiene una resonancia universal. Y en esto hay de notable dos cosas: en el mundo se han reavivado tan paradójicamente los nacionalismos, que hasta en el culto de los Santos influye: cada nación prefiere casi exclusivamente a sus Santos. Don Bosco parece una excepción. Sin tener en cuenta su origen italiano, los franceses lo miran como suyo, como lo miran los españoles, y los ingleses, y los colombianos, y los argentinos, y... todos los pueblos. Igual cosa sucede con las profesiones. ¿No lo han declarado Patrono el cine, el teatro, las escuelas profesionales, la prensa y hasta los ilusionistas? Y todos tienen razón. Y a todos él sonríe y ayuda. Añádese, y lo atestiguan constantemente sacerdotes, y oradores, y escritores de todos los países, que dondequiera que se cite su nombre o se hable de él, se determina inmediatamente un movimiento de atención y simpatía. Esto ha hecho decir que Don Bosco, pidiendo el día de su ordenación sacerdotal el don de la palabra lo obtuvo en tal medida, que alcanza también a los que hablen de él.

\* \* \*

Está después *la gloria de sus Obras*. Cuando él murió, entre salesianos y salesianas tenía a sus órdenes un millar de personas distribuidas en ciento sesenta casas. Pero poco hubiera servido aglomerar gente y multiplicar obras, si faltaba la fuerza de cohesión que hiciese de tantos miembros un cuerpo solo, sano, vigoroso, vital. Él tenía conciencia de haber, con la gracia de Dios, hecho mucho bien, y que su Congregación lo seguiría haciendo en el ancho campo que Dios le ha señalado ex profeso. Hubo, por cierto, en las

altas esferas, quien pensó diversamente, y aseguró que muerto él, desaparecería su Obra; hubo quien pensó hacer una obra santa proponiendo a la Santa Sede que fusionara los Salesianos con alguna otra Congregación. Los Salesianos tenían su misión específica en la Iglesia y en el mundo. El tiempo le dio razón a Don Bosco. Los Papas se la dieron también. La unión, que hace la fuerza, no nos ha faltado, y con la gracia de Dios, no nos faltará nunca. La Congregación se va difundiendo cada día más. ¿No ocupa, aun por el número de individuos y de casas, un puesto destacado en las milicias de Cristo, y su campo se ensancha cada día más y sus actividades aumentan? En 1881 Don Bosco tuvo un sueño sobre el porvenir de la Congregación. Un ángel amonestador, después de una serie de recomendaciones, lanzaba una mirada sobre el futuro de ella, y con palabras escriturales anunciaba: *Qui videbunt, dicent: A Domino factum est istud, et est mirabile oculis nostris*. Sí, "del Señor viene esto y es admirable a nuestros ojos".

Pero la glorificación que todas las comprende y supera es la de la Iglesia. La fama de santidad que durante su vida le rodeó, hizo nacer en todos la certeza de que la Iglesia lo elevaría cuanto antes *al honor de los altares*. Prelados insignes urgieron a los Salesianos a que introdujeran la Causa. Y así se hizo. La inmensidad del campo que hubo que explorar, requirió varios años de asiduo trabajo, antes de llegar al Decreto de la heroicidad de las virtudes. El examen de los milagros requeridos para la Beatificación, se llevó otro par de años, hasta que el 24 de abril de 1929 fue proclamada, y celebrada el 2 de junio. Jamás en Beatificación alguna había sucedido lo que en ésta: la inmensidad de la Basílica de San Pedro resultó insuficiente para contener el número de amigos que deseaban presenciarla; y por la tarde, cuando el Pontífice descendió a venerar las reliquias, una multitud ingente tuvo que contentarse con participar en el rito sagrado desde la plaza.

Otra novedad fue la *participación del Gobierno nacional*,

trasladando su famosa "girándola" celebrada siempre el día del Estatuto, para que pudiera tener lugar la esplendorosa iluminación de San Pedro, ordenada por el Papa. El año de la Conciliación entre la Iglesia y el Estado italiano, éste quiso tomar parte para honrar a quien tanto había trabajado para prepararla.

Todo esto no era más que un preludeo del triunfo mayor: el de la Canonización; nuevos milagros precedieron. El Papa escogió el día de Pascua de 1934, para llevarla a cabo. La elección del día, solemnidad de las solemnidades, la clausura del Jubileo de la Redención, la presencia del Príncipe heredero, Humberto II, en nombre suyo y en representación del Rey, su padre, a quien hacían corona el Rey de Siam y diez príncipes de sangre real; el cortejo papal atravesaba la plaza en medio de una multitud incontable que no había encontrado sitio en la basílica; la transmisión radiofónica de la ceremonia íntegra, que por primera vez se verificaba, en lo cual también fue un precursor, y la repercusión mundial del acontecimiento, todo, todo imprimió a la jornada una grandeza sin precedentes.

Por su parte el Gobierno, reconciliado con la Iglesia, le rindió al día siguiente los honores del Capitolio, como a los césares victoriosos. Intervino el Jefe del Gobierno, Mussolini, con todos los ministros, senadores y diputados. Asistieron tres cardenales acompañando al Secretario de Estado, Cardenal Gasparri. El Ministro de Instrucción Pública pronunció el discurso. La sugestión del lugar ponía un majestuoso sello de grandeza a esta conmemoración. De ella guardó un indeleble recuerdo Víctor Manuel y a ella aludió en el discurso de la Corona, pronunciado el 28 de abril. Todo esto constituía un hecho único en los anales de la Historia.

\* \* \*

Otras cosas merecen destacarse, por ejemplo el hecho característico de que durante el año Pío XI, además de los magníficos discursos de rúbrica, habló de Don Bosco en todas

las recepciones y audiencias que concedió, presentándosele cual modelo y protector a toda clase de personas y de profesiones. No sin causa se le aclamó, y él lo confirmó con agrado, como "el Papa de Don Bosco". Ciertamente en su entusiasmo influyeron los recuerdos personales que del Santo conservaba, habiendo vivido con él algunos días; pero más que todo, su aguda mentalidad de historiógrafo, que veía en el Santo el heraldo de una misión providencial. Será siempre conveniente y bello recrearse leyendo el discurso que dirigió a los dirigentes salesianos y alumnos el 22 de junio de 1922.

"Nos contamos, con profunda complacencia, entre los más antiguos amigos del benemérito Juan Bosco. Lo hemos visto a ese vuestro inolvidable Padre y Maestro; lo hemos visto con nuestros propios ojos. Hemos estado corazón a corazón cerca de él. Hemos tenido un no breve ni vulgar cambio de impresiones, de ideas, de pensamientos, de consideraciones. Lo hemos visto, a este grande propugnador de la educación cristiana, lo hemos observado en ese modesto puesto que él se asignaba entre los suyos, que era sin embargo un eminente puesto de mando, vasto como el mundo, y tan benéfico como vasto. Somos por eso admiradores entusiastas de la obra de Don Bosco y nos proclamamos felices de haberlo conocido y haber podido, con nuestro modestísimo concurso, ayudar a su Obra..."

\* \* \*

Esponáneas vienen a nuestro recuerdo las palabras que el Santo pronunció el 10 de junio de 1841, yendo a Castelnuovo a celebrar la fiesta del Corpus, el quinto día de su ordenación sacerdotal, pasando por el campo de sus primeros sueños: "¡Cuán admirables son los designios de la Divina Providencia! Verdaderamente Dios ha sacado de la tierra un pobrecito niño para colocarlo entre los primeros de su pueblo." Él quería expresar así su gratitud por su vocación sacerdotal y sin querer pronunciaba una verdadera profecía de alcance incalculable.

Al llegar a este punto, también nosotros nos postramos ante el altar del Padre, del Maestro y del Amigo dulcísimo de nuestras almas, no para despedirnos de él, porque su memoria estará eternamente esculpida en el corazón, sino para impetrar su bendición porque la bendición de Don Bosco es para nosotros prenda de la bendición de Dios.

"Quienquiera que —diremos con Monseñor Manacorda— estudie la historia del Siervo de Dios Don Bosco, su origen, su condición, sus medios de fortuna y la índole misma de su persona; y después repase y pese sus grandes Obras, no puede menos de exclamar: Dios es quien obra por medio de su Siervo; Dios es quien dirige sus pasos; Dios es quien inspira sus planes. El espíritu de Dios obraba en Don Bosco, inspiraba su mente, regía su voluntad e inflamaba su corazón, conservando siempre en él una calma inalterable y una constancia sin desmayo ni quebranto."

Pidámosle nos alcance de la Bondad Divina el vivir en la Tierra de su espíritu y participar en el Cielo de su gloria.

QUINTA PARTE

**La figura moral**

## CAPÍTULO LXXII

### El Santo en sí mismo y consigo mismo

#### I

Nos parece cosa útil esbozar un retrato psicológico de Don Bosco. El verlo, el contemplarlo de cerca, el examinar su índole, el conocer su figura moral, no será de poco provecho. No le aplicamos, sin embargo, ninguna de las clasificaciones de los técnicos. Probablemente él se reiría de ello bonachonamente.

Don Bosco, a primera vista, parecía un sacerdote cualquiera. De regular estatura, de miembros proporcionados y delicados, decoroso en su porte; y, de ordinario, con la cabeza un poco inclinada, estaba siempre recogido y este recogimiento interior le daba, también en lo exterior, un no sé qué de atrayente que, cualquiera que lo miraba, no tardaba en sentirse poseído de un sentimiento de simpatía y reverencia. La dulce sonrisa que iluminaba su semblante le favorecía algunas veces con una expresión tan bella, que no parecía de este mundo; sus ojos vivos y penetrantes, que reflejaban la grandeza y la bondad de su alma, los modales agradables que usaba con todos y le ganaban los corazones, obligaban a decir constantemente no sólo a los chicos, no sólo a viejecitos de Turín, sino también a los que vivían íntimamente con él: "Don Bosco se parece a Nuestro Señor."

Según los que le trataban a diario en la intimidad, a medida que ésta aumentaba, descubrían en él en vez de defectos,

nuevos actos de virtud que admirar. Monseñor Francisco Serenelli de Verona, que en 1884 fue huésped en el Oratorio y se propuso estudiarlo con interés, acabó por decir: "Por más que procuro buscar al hombre, no encuentro sino al Santo."

Ricos y pobres, conocidos y extraños, buenos y malos encontraban en él a un amigo, un consolador, un padre. Para todos tenía una buena palabra, recibía a todos con la misma amable actitud; por la calle y en el patio se detenía para acariciar a los niños con la misma gracia con que se presentaba al más encopetado personaje.

Su paciencia en escuchar las miserias ajenas no tenía límites, su caridad alentaba a que se las repitieran cada vez que era necesario. Manso, cortés y afable, estudiaba la manera de no descontentar a nadie. Cuando se le pedían cosas que no podía conceder, respondía con tanta caridad, que dejaba satisfechos a los que acudían a él, de tal modo que muchos decían: "¡Parece que Don Bosco no sabe decir que no!", porque ponía en práctica lo que frecuentemente aconsejaba: "Se debe procurar que todos los que traten con nosotros queden satisfechos; que cuantos se nos acerquen se hagan amigos nuestros." En las contradicciones y en las persecuciones no perdía la calma un punto, sino que siempre cedía, cuando la resistencia no era obligada; y cuanto más ásperas e insolentes eran las palabras del adversario, tanto más suaves y mansas eran las suyas. Cuando preveía que no lograría su objeto, se callaba.

\* \* \*

Su modo de obrar agradaba a todos, porque era humilde. Su presentación en cualquier importante reunión era siempre un acto de humildad. "Yo soy el pobre Don Bosco y no tengo otro título que el de jefe de los pilletes." Pero se apresuraba a honrar a los demás con el tratamiento que les correspondía, pues le gustaba, como a San Francisco de Sales,

prodigar estas demostraciones de respeto y estima, más bien que escatimarlas.

Usaba la misma cortesía con los pobres; nunca entraba en casa de éstos sin descubrirse la cabeza. Para él todos eran iguales, todos grandes, porque eran hijos de Dios, imagen suya y herederos del Cielo.

El pensamiento de Dios y de la eternidad le hacía introducir siempre en todas sus conversaciones alguna reflexión espiritual. "¡*Don Bosco prêche toujours!* ¡Don Bosco predica siempre!", decía el Marqués de Villeneuve Trans, en Marsella. Pero lo hacía con absoluta naturalidad, sin hacerse nunca pesado ni raro.

\* \* \*

El ideal de su vida era la gloria de Dios y la salvación de las almas; no pensaba, ni hablaba, ni obraba sino para esto. De su profunda convicción de este fin sobrenatural, sacaba una fuerza invencible, una calma maravillosa y una paciencia heroica en las dificultades, con lo cual triunfaba felizmente en sus empresas.

Estuvo en contacto con altos personajes políticos aun sectarios; algunos le trataban mal, pero acababan conquistados por su bondad; nunca conoció el respeto humano cuando se trataba de sostener los derechos de Dios y de la Iglesia.

De las nuevas ideas de su tiempo entendió que debía aprobarse lo que tenían de bueno y corregir pacientemente lo mucho que tenían de malo. Creyó que era humanamente imposible resistir directamente al torrente de la revolución, pues no sólo no se lograba efecto alguno provechoso; sino todo lo contrario. Por eso se dedicó a pasar con gran cautela por las orillas de aquella corriente; trató de salvar del naufragio a los desgraciados que iban a perecer; alejó de ella a muchos que se aproximaban con deplorable confianza; levantó diques en aquellos puntos donde se podía evitar un desbordamiento e indicó grandes remedios y recursos a los que

querían seguirle en la obra de salvación y restauración que los tiempos exigían.

“El mundo —decía— está todo él asentado en la malignidad; siempre ha estado así, y, envejeciendo, empeora. Hay que tomar a los hombres y las cosas no como debieran ser, sino como son, y tratar de hacerlos servir al bien del modo que sea posible.”

Un día de banquete entre personas de diversos partidos, cuando se llegó a los brindis, uno lo hizo en honor de Víctor Manuel II y de Cavour, otro por la libertad y por Garibaldi, y, finalmente, lo invitaron a él a brindar. Sin alterarse, se levantó, y dijo:

—¡Vivan Víctor Manuel, Cavour y Garibaldi, bajo la bandera del Papa, a fin de que puedan salvar sus almas!

Todos lo aplaudieron exclamando:

—Ya se ve que Don Bosco no quiere la muerte de nadie.

Había recibido de Dios gran ingenio, inteligencia aguda, memoria portentosa y una constitución física que resistía maravillosamente la fatiga. Todo lo consagró a Dios.

\* \* \*

Inteligencia aguda y pronta, habría dominado bien cualquier ramo de las Ciencias o de las Letras en que hubiera querido especializarse. Conocía bien el latín y el griego; leía el hebreo, hablaba el francés, comprendía y se hacía comprender también en otras lenguas, como el alemán; discurría sobre Teología, Filosofía, Derecho, Historia, Geografía y sobre todas las Ciencias sagradas y profanas con tal conocimiento de causa, que aun a los peritos pareció cosa maravillosa.

Tenía una memoria felicísima. Leer un libro y retenerlo en la memoria era para él la misma cosa. Leyó muchísimas obras científicas, históricas y literarias, principalmente cuando era estudiante y sacerdote joven; lo cual le permitió más tarde ayudar grandemente a sus hijos. “Es maravilloso

—atestiguaba Don Rúa en 1867— ver a Don Bosco en medio de los gravísimos negocios que lo asedian de continuo, recordar y recitar bellísimos pasajes de autores clásicos, griegos, latinos, italianos y especialmente del Dante, del cual sabe y recita cantos enteros, para recrear y entretener a la concurrencia.”

Semejante a la grandeza del talento, era el vigor de sus miembros. Joven sacerdote se encontró en Turín con dos furiosos mastines que eran el espanto de los transeúntes; asíó al más temible por el lomo y por el cuello, y lo sostuvo largo tiempo suspendido en el aire mientras el animal se revolvió y ladraba furiosamente y el otro huía espantado. A los sesenta y nueve años, enfermo en el lecho, el médico le midió la fuerza con el dinamómetro y éste señaló el máximo: sesenta grados.

\* \* \*

Pero a tanto vigor uníanse con frecuencia no ligeras indisposiciones de salud, como si Dios quisiera recordarle la fragilidad de nuestra envoltura terrestre. En los primeros años de sacerdocio tuvo de cuando en cuando esputos de sangre. En 1846 le comenzó la dolorosa hinchazón en las piernas, que fue creciendo con los años, y a la que llamaba su cruz. Se le agregaron otras graves dolencias: ardor en los ojos, palpitaciones, fiebres miliares, fuertes dolores de cabeza y de muelas. Y, en fin, el reblandecimiento de la médula espinal, le obligó a encorvarse bajo el peso de sus cruces.

A pesar de ello —observa Don Rúa—, “con tantas molestias no cedió nunca en la multiplicidad e intensidad de sus ocupaciones, excepto cuando la excesiva gravedad del mal le obligaba a guardar cama”. Su trabajo era tal, que a la posteridad parecerá casi increíble: confesiones, sermones, audiencias cotidianas, frecuentes viajes, componer libros, escribir cartas sin número (1), atender a las necesidades de sus hijos

(1) Se conocen veinte mil.

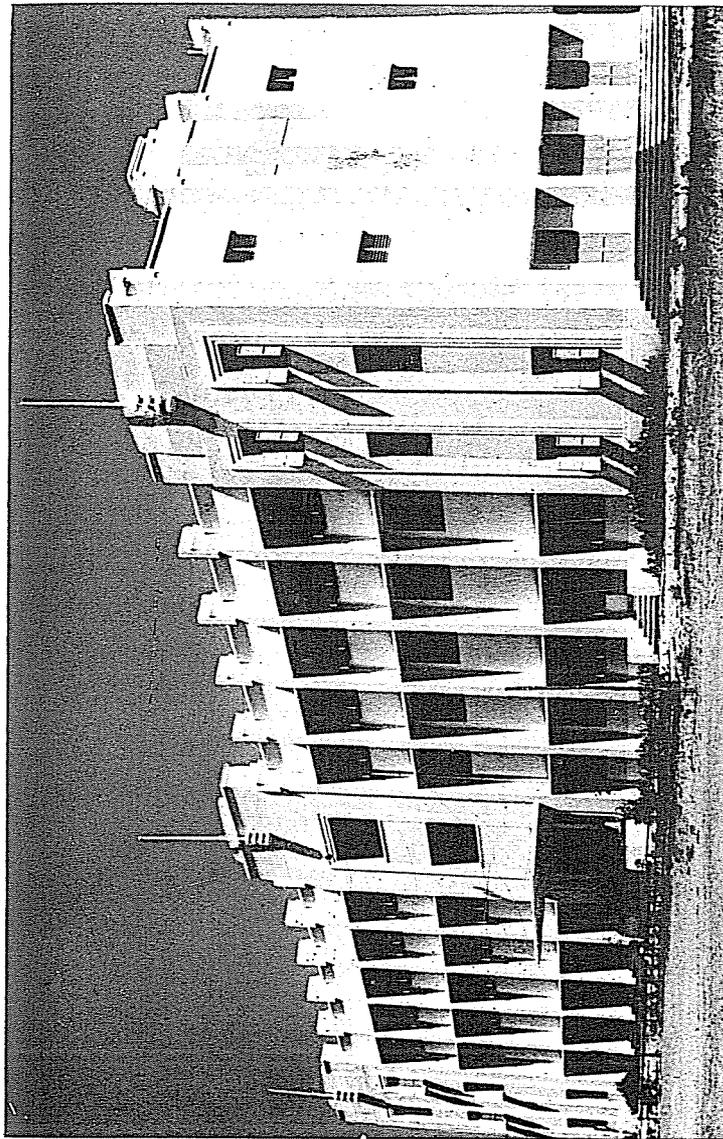
y emprender obras colosales. Acostumbraba decir: "El Señor me ha hecho así, que el trabajo es para mí un alivio en vez de causarme fatiga." No sabía lo que era el descanso. Al que viéndole desmejorarse le aconsejaba el descanso, le respondía: "Descansaré después, cuando esté algunos kilómetros más allá de la Luna."

Otro le decía: "Don Bosco, no emprenda tantas obras, no se fatigue tanto"; o bien: "No admita a tantos chicos; la bolsa de los buenos ya estará exhausta". Pero les respondía: "Hay que decirle al demonio que no engañe a tantos niños como atrae al infierno, para que yo cese de trabajar por ellos. Y como el demonio encuentra siempre nuevos medios para engañarlos, es preciso que yo invente nuevos modos para ayudarlos."

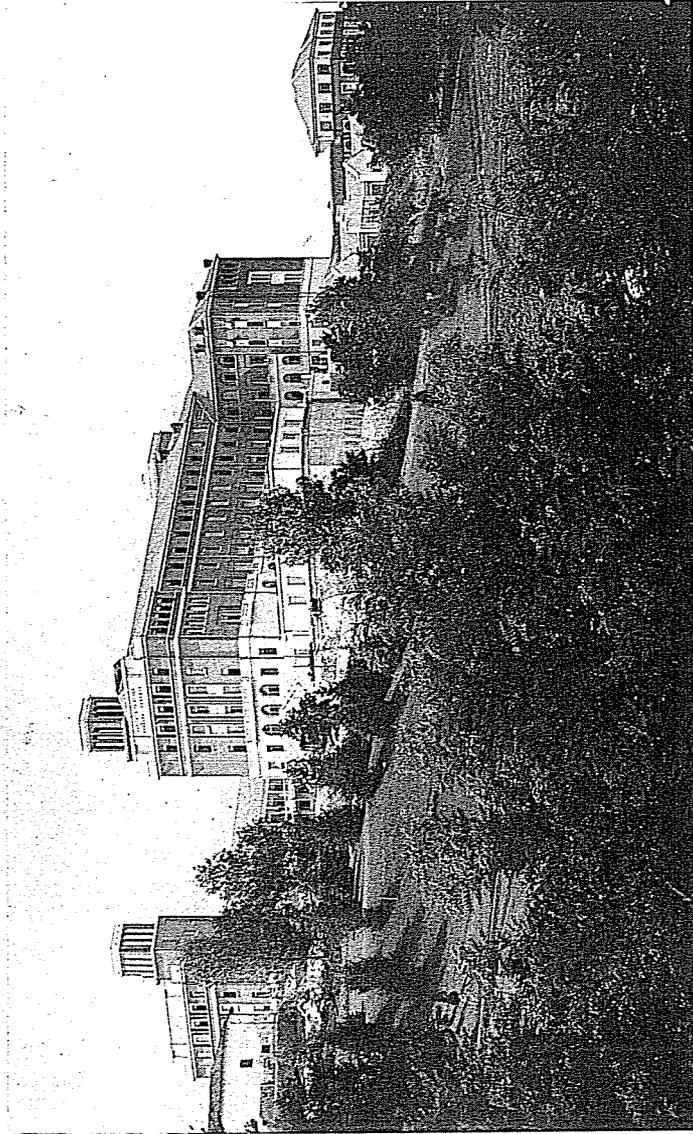
Sus últimos años especialmente fueron un ejemplo luminoso e incesante de heroísmo cristiano. Cuando le rogaban que desistiera al menos de hacer largos viajes, porque éstos a causa de los grandes desarreglos a que estaba sujeto le acortaban la vida, respondía: "Es preciso que acabe pronto las cosas que tengo entre manos; pues de lo contrario, me faltará tiempo." Y como le hiciesen observar que lo que perdiesen en intensidad, lo ganarían en duración, añadió con firmeza: "Bien, bien; pero si quiero salvar mi alma, es necesario que lo haga así."

\* \* \*

Sobre la puerta de su habitación había el siguiente letrero de gran tamaño: "Cada minuto de tiempo es un tesoro"; y aconsejaba a sus hijos espirituales: "Trabajemos como si debiésemos vivir siempre y vivamos de manera como si debiéramos morir cada día." En un precioso librito, donde dejó muchos avisos a sus hijos, subrayó estas memorables palabras: "Cuando ocurra que un salesiano sucumba y deje de vivir trabajando por las almas, entonces se deberá decir que nuestra Sociedad ha alcanzado un triunfo y que sobre ella descenderán copiosas las bendiciones del Cielo."



*Casa de Kotpady (India).*



*El Instituto de Artes Gráficas del Colle Don Bosco.*

Los médicos que le asistieron en las enfermedades de sus últimos años, atestiguaron que “los trabajos soportados, la violencia que a sí mismo se hacía debieron de ser tales, que su fortísima fibra y constitución quedaron consumidas”. Entonces caminaba inclinado y con los brazos levantados, a veces sostenidos por sus hijos. A pesar de ello, dice Don Cerruti: “Era cosa admirable y de gran consuelo para nosotros verlo tranquilo y sonriente en medio de los mayores disgustos, de las humillaciones más amargas, de los más graves trabajos, siempre firme y constante aun en aquellos momentos en que Dios lo sometía a pruebas inesperadas o se creía que la caridad pública le faltaba. Parecía un milagro que no sucumbiese, lo cual no sé explicarme sin reconocer la intervención directa de la Divina Providencia.”

“También me he asombrado varias veces —escribió el Cardenal Alimonda—, al considerar la índole moral de Don Bosco, siempre tranquilo, siempre igual a sí mismo, siempre imperturbable tanto en la alegría como en las penas. ¡Quedé asombrado al conocer el grado de perfección a que había llegado! Pero no me sorprendí porque por otra parte no ignoraba el origen de su perfección. Se mantenía imperturbable en medio del mundo porque se había arrojado en los brazos de Dios.”

Para ejercitar gran influencia moral y social sobre los demás, es necesario buscar heroicamente y en cada instante a Dios; pero esto es fruto de una gran mortificación. Don Bosco poseyó esta virtud en grado eminente.

El espíritu de penitencia de Don Bosco, por su ingeniosidad —y por ello con mayor mérito—, pasaba casi inadvertido para los extraños. Aun aquellos que habitualmente vivían junto a él no lo apreciaron debidamente, sino después de larga y atenta observación.

\* \* \*

Resumiendo —termina el Cardenal Cagliero—: “Su delicada salud, las incomodidades ocultas, el despego de las cosas

de la tierra, su durísima pobreza especialmente en los primeros veinticinco años de su Oratorio, la escasez de alimento, la privación de paseos, de distracciones y de toda clase de comodidades, y sobre todo sus trabajos continuos, corporales y mentales, nos permiten afirmar con toda certeza que Don Bosco llevó una vida tan mortificada y penitente, como sólo pueden llevarla las almas que han llegado a la más alta perfección.”

\* \* \*

El Siervo de Dios comenzó muy temprano a llevar esta vida tan estrecha. En el Seminario y en el Colegio Eclesiástico era extraordinaria su mortificación y su aplicación al estudio para mejor disponerse a la obra divina de la salvación de las almas. Quería él que veinte minutos después de haber comido no le impidiese la digestión volver a emprender sus ocupaciones mentales.

Durante muchos años se sujetó en el Oratorio a una alimentación tan sencilla y modesta, que causaba maravilla cómo un hombre, trabajando tanto, podía sostenerse. Aunque hubiese confesado durante varias horas y predicado, y cenara cerca de las once, nunca quiso que le sirviesen comida distinta de la de la Comunidad; comida que generalmente era arroz y judías, o arroz y castañas cocidas, preparadas para la cena tres o cuatro horas antes, y por eso, ordinariamente, fría. La tomaba con toda calma y hablando siempre de cosas amenas.

Su desayuno consistía generalmente en una pequeña taza de café de achicoria, donde dejaba caer alguna vez unas cuantas gotas de leche. Su comida, durante muchos años, consistió en uno de los platos arriba indicados con algunas legumbres.

Se abstenía de carne con la excusa de que teniendo mala dentadura no podía masticarla; solía decir que para él la porción de carne que más le gustaba era la más pequeña.

San Pío X recordaba con gran admiración la pobreza de la mesa del Oratorio, del que fue huésped una vez, en 1875, cuando no era más que un canónigo (1).

En la bebida Don Bosco era también modelo de templanza. Aunque era de una tierra o comarca donde se produce un vino excelente, bebía poco y solamente en la comida, y con agua. Muchas veces se olvidaba aun de beber, y los que estaban a su lado tenían que servirle; si el vino era bueno, buscaba al punto el agua, para hacerlo más bueno y repetía: “He renunciado al mundo y al demonio, pero no a las pompas” (en italiano pompa significa también bomba de pozos). Fuera de la comida, en casa nunca tomaba nada; en la de los otros aceptaba alguna vez unas gotas de vino con agua, por urbanidad. Nunca quiso en su habitación ni vinos ni licores; si se los regalaban, los mandaba a la dispensa o a la enfermería para los enfermos o se los enviaba a algún bienhechor.

“De cuando en cuando —observa Don Rúa—, algún bienhechor le invitaba a comer en su casa, y aceptaba sólo en interés de sus huerfanitos, confiando en que así le ayudarían. Hubo ocasión en que le presentaron este dilema: o marcharse sin recibir ningún auxilio o quedarse a comer y entregarle alguna cantidad. Entonces aceptaba, y con frecuencia lo primero que encontraba debajo de la servilleta era un sobre con unos cuantos centenares de liras para sus huerfanitos; otras veces, antes de salir le entregaban alguna cantidad que servía admirablemente para las necesidades de la casa.”

Todo esto ocurría porque era muy deseada su edificante y amable conversación.

---

(1) Contaba él mismo que a pesar de haberles hecho servir a él y a su compañero la “fritata” (tortilla) de honor, habían tenido que ir a completar la comida en un restaurante. Verdad es que lo habían pillado desprevenido. Y lo habían hecho de intento, para cerciorarse.

## II

Era mortificadísimo en el descanso. Nunca hizo siesta. Hasta la edad de cincuenta años no durmió más de cinco horas por la noche; además de que una vez por semana pasaba la noche entera escribiendo. Después de aquella edad, su mal estado de salud lo obligó a más largo reposo. En el verano, cansado por las malas noches y agotado por el trabajo, alguna vez dormitaba por breve tiempo en la mesa, sentado sobre la pobre silla e inclinando la cabeza sobre el pecho. Pero nunca ocurrió que tomase descanso en el lecho, ni aun en sus últimos años. Ordinariamente aquélla era la hora del día más pesada para él, cuando tenía que ir a Turín para negocios o en busca de auxilios.

Una vez que salió solo se encontró junto a la Consolación, y no sabía dónde estaba ni dónde iba. Un zapatero que vivía cerca, se llegó a él y le preguntó si se sentía mal.

—¡No —le respondió—, tengo sueño!

—Pues bien, venga conmigo, dormiré un poco y volveré a proseguir su camino.

Aceptó, entró en la tienda, sentóse en un banco y quedóse profundamente dormido desde las catorce y media hasta las diecisiete. Cuando se despertó se quejó con el zapatero porque no le había llamado.

—¡Oh!, amigo mío —le dijo el buen hombre—; lo vi a usted tan cansado y dormía tan profundamente apoyado en la pared, que lo miraba con devoción, pensando en los trabajos que pesarían sobre usted.

Mas no fue aquélla la única vez que descansó en una silla o en alguna tienda, dejando a los dueños edificadas. Por la noche se retiraba siempre el último y no se iba a descansar sino cuando el cansancio le obligaba, lo cual fue causa alguna vez de que se durmiera vestido.

El insomnio le atormentaba con frecuencia; entonces, du-

rante las escasas horas que estaba en el lecho rezaba y meditaba sus proyectos y el modo de ejecutarlos. Soñaba frecuentemente. No raras veces sus sueños eran sobrenaturales visiones, duraban horas y aun toda la noche y esto no sin gran fatiga para él. En algunos se le presentaban cosas horribles o veía que amenazaba algún peligro al Oratorio o a sus jovencitos, y entonces gritaba; acudía el que dormía en la habitación inmediata por temor de que le hubiese acometido algún mal; lo encontraba acostado, con las manos juntas sobre el pecho, tan bien compuesto, que parecía uno de aquellos Santos que se conservan en los altares dentro de urnas de cristal para la veneración de los fieles.

Durante el día observaba constantemente una actitud decorosa y recogida: si estaba sentado, no apoyaba la espalda en el respaldo de la silla o del diván, y nunca buscaba otra postura más cómoda. Cuando daba audiencia, su posición habitual consistía en tener las manos juntas sobre el pecho con los dedos cruzados. Su aspecto infundía respeto; al estar de pie o paseando era admirable su dominio sobre las pasiones y el corazón; así moderaba todos sus afectos para mayor gloria de Dios. Refrenaba también el deseo de ver y saber cosas, de suyo muy honestas y santas, cuando lo apartaban de su misión. En sus largos y frecuentes viajes no se entregaba a la curiosidad de visitar monumentos, palacios, museos o bibliotecas, a no ser por pura necesidad.

No leía ni se hacía leer periódicos, si no era para estar al corriente de los sucesos que atañían a la Iglesia o se relacionaban con algunas instituciones. Alguna vez preguntaba a alguno las noticias más importantes del día, especialmente en los momentos de mayor movimiento político, a fin de dar a otros una norma para juzgar los acontecimientos públicos y para no parecer ignorante en las conversaciones en que había de intervenir; pero se notaba que a ello no le llevaba la curiosidad indiscreta e inoportuna.

Se privaba de toda clase de diversiones, de festejos públicos y de espectáculos honestísimos, aunque lo invitasen

a ellos; si asistía a las representaciones del Oratorio, lo hacía por afecto a sus jóvenes o por atención hacia algún invitado; pero no por divertirse, lo cual se notaba sólo con mirarlo.

No olía las flores; si se las ofrecían, las aceptaba y agradecía; pero las enviaba a la iglesia al altar de la Virgen.

En una palabra, afirmaba el teólogo Don Luis Piscetta: "Don Bosco poseyó y ejercitó en grado heroico todas las virtudes; pero con tal asiduidad y empeño, que nadie pudo notar en él contradicción o relajamiento por donde pudiera deducirse que el hombre viejo prevalecía sobre el nuevo. Esto lo debía a la facilidad y naturalidad con que obraba, como si en él fuera innata la virtud; a su dulce manera de obrar en los actos de mayor mortificación, que le hacía aparecer alegre y sonriente y siempre dispuesto a pronunciar una palabra afectuosa. Su aspecto sugestionaba por su paternal expresión, aun en momentos difíciles, o en casos de mucho cuidado, por falta de recursos o en ocasiones temerosas por las frecuentes persecuciones de que era víctima o por agobios de excesivo trabajo; en resumen, todo esto lo llegó a conseguir por no haber cejado jamás en el divino ejercicio de la caridad y del celo por la salvación de las almas hasta su muerte."

Estamos persuadidos de que, algunas veces al menos, practicaba penitencias extraordinarias. En su lecho se encontraban varias veces guijarros, pedazos de hierro y de madera entre el colchón y la sábana; así, pues, aun de noche atormentaba su cuerpo ya tan quebrantado y hacía molesto el poco sueño que se permitía.

Parece ser también que usaba mayores austeridades en aquellos días en que visitaba a sus bienhechores más insignes, propietarios de vastos edificios donde se alojaba distante de las habitaciones de sus huéspedes y podía evitar investigaciones indiscretas. Pero ellos oyeron varias veces, pasando por delante de su habitación a hora avanzada de la noche, un ruido sordo, monótono y prolongado como de quien se azota con disciplinas. Estas penitencias no las recomen-

daba a los suyos; con los penitentes era todo bondad y compasión.

Cuando al confesarse alguna persona de constitución muy delicada, le pedía permiso para hacer penitencias corporales, no lo consentía, y al insistir sobre esto para imitar los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, le decía:

—Mira, los medios no faltan! ;El calor, el frío, las enfermedades, las cosas, las personas, los acontecimientos, el exacto cumplimiento de los deberes... son medios excelentes para vivir mortificados!

Entre sus hábitos uno de los más admirables era la atención constante que prestaba a los cuidados debidos a la conservación de la castidad.

En el trato con los hombres se dejaba besar las manos y nos decía que esto debía permitirse porque los sacerdotes están revestidos de un carácter y de una autoridad divina y sus manos están consagradas. A las personas del otro sexo les permitía alguna vez este acto de atención; pero por costumbre era reservadísimo con toda mujer, aunque fuese bienhechora, y no visitaba a ninguna señora sino cuando lo exigía la gloria de Dios o alguna grande necesidad. Si alguna señora lo invitaba a servirse de su carruaje y debían ambos ocuparlo, lo rehusaba con mucha delicadeza, a no ser que los acompañase otra persona, o iba en el pescante.

"En Marsella —refiere Don Albera— una dama, después de haberla bendecido Don Bosco, le tomó la mano y se la llevó a los ojos, porque padecía de ellos. El Santo, apenas lo advirtió, la retiró prontamente diciendo:

—;No sabe usted que el sacerdote no debe tocar nunca la cara de una mujer?

En uno de los últimos meses de su vida, fue a visitarle una señora, la cual viendo el esfuerzo que hacía para trasladarse de un sitio a otro, intentaba sostenerlo por un brazo; pero él con tono resuelto y festivo, le dijo, aludiendo al año de su nacimiento:

—;Cómo! Un granadero del quince como yo, ;cree usted

que tiene necesidad de que lo sostengan? ¡Eso no puede ser!

Su castidad era angélica. Pero se la tenía bien ganada.

Era cosa sabida en el Oratorio que, en peligro de tentación, bastaba acercarse a Don Bosco o tocarlo para que inmediatamente desapareciese toda inquietud.

Cuando le presentaban a un niño para que lo bendijese, le ponía amorosamente la mano sobre la cabeza y decía: "¡Dios te bendiga!" Pero cuando le presentaban una niña, se abstenía de este acto, contentándose con las palabras.

Exhortaba a los suyos a vivir como ángeles, y aun entonces prefería exaltar la pureza más bien que exponer la fealdad del vicio contrario, que sólo mencionaba con las expresiones más prudentes y reservadas; pero sabía inspirar grande horror contra él, no sólo con la palabra sino también con una mezcla de gracia divina, de persuasión y de afecto, que se derramaba de su corazón en el corazón de los demás.

Cuando hablaba del tesoro inestimable de la pureza o describía la belleza de un alma casta, y las delicias de que goza, y los premios que el Señor le tiene preparados en la Tierra y en el Cielo, su palabra producía un efecto mágico en sus oyentes, que exclamaban: "Solamente el que es puro y casto como los ángeles puede hablar de ese modo."

Parecía tener una celosa predilección por la castidad. "Tan dulce como era y fácil para perdonar a los jóvenes las faltas contra la disciplina, el silencio, la obediencia y el respeto debido a los Superiores, era, en cambio, riguroso —dice Don Rúa— para castigar a los que eran de escándalo para sus compañeros por su modo de obrar..." No solamente se mostraba exigente con sus hijos en esta materia, sino también con los extraños, a los que hacía algunas advertencias cuando se presentaba la ocasión. Una vez que fue a visitar a un bienhechor, vio en las paredes algún cuadro indecente y lo volvió del revés hacia la pared mientras esperaba que aquel señor lo recibiera. El dueño comprendió el aviso y se lo agradeció.

"En una conferencia a los salesianos —atestigua el teó-

logo Don Julio Barberis—, nos dijo que el Señor disolvería la Sociedad Salesiana si nosotros faltásemos a la virtud de la modestia." Otra vez habló así:

—Lo que debe distinguir a la Sociedad Salesiana es la pureza, como la pobreza caracteriza a los hijos de San Francisco de Asís y la obediencia a los hijos de San Ignacio.

Es un himno maravilloso el que muchos ex alumnos han entonado a coro en alabanza del Santo! "Estoy plenamente convencido —declara, entre otros, el canónigo Berrone— que Don Bosco ha llevado a la tumba la estola de la inocencia bautismal. Se leía la pureza en su mirada, en su aspecto, en sus palabras y en todos sus actos; bastaba mirarlo para sentir el aroma de esta virtud."

\* \* \*

Un aspecto poco estudiado en Don Bosco es el de su *sensibilidad exquisita*, por la cual, sin duda, se ha podido hablar de "Don Bosco poeta". Ante los espectáculos grandes de la naturaleza y los grandes panoramas, se exaltaba y se enternecía. Las mínimas atenciones le llegaban al alma, como le hacían sufrir ciertos detalles. En una de sus ausencias, el Prefecto del Oratorio cortó un árbol que para el mismo Oratorio tenía recuerdos; lo cortó porque realmente estorbaba. Al llegar él de su viaje y notar la ausencia del árbol querido, se detuvo pensativo, y se le saltaron las lágrimas. No dijo nada y subió entristecido a su habitación. Allí alguien trató de darle explicaciones.

—Es cierto —contestó—; pero ese árbol presenció los primeros tiempos del Oratorio, vivió nuestra vida, compartió nuestros sufrimientos y nuestras alegrías, y con sus ramas frondosas salvó la vida de Félix Reviglio cuando con un cuchillo lo perseguía su padre, entonces sectario furibundo.

Parecidos motivos le inspiraron la defensa del viejísimo clavicordio que "acompañó los primeros cantos de los niños del Oratorio". Sí, Don Bosco era poeta. No se puede ser educador o apóstol sin ser poeta.

## CAPÍTULO LXXIII

## El Santo con los demás

Del mismo modo que era mortificado y temperante consigo mismo, era caritativo para atender a las necesidades y socorrer las miserias ajenas. Tenía un corazón grande como el de Salomón: *latitudinem cordis quasi arenam quae est in litore maris* (Reg., IV, 29), como dijo el Pontífice en su Canonización.

El Oratorio formaba una gran familia; no menos de quince mil fueron los jóvenes que allí se educaron, durante su vida, y en número mucho mayor los catequizados e instruidos en los días festivos. Todos disfrutaron de su caridad.

“Las diligencias de toda clase que hacía en favor de sus hijos, no pueden expresarse en pocas palabras —decía Don Rúa—. Les procuraba empleo cuando no tenía comodidad para conservarlos en casa; él mismo les servía en el comedor y algunas veces les remendaba la ropa, les cortaba el cabello, y más que de padre, les hacía de madre. Si caían enfermos, los cuidaba con la mayor solicitud, los visitaba con frecuencia, los consolaba y cuando empeoraban, se pasaba junto a ellos horas y horas de día y de noche; y corría en boca de todos la expresión de que hubiera sido dulce morir en el Oratorio para ser asistido por Don Bosco.”

Los huérfanos y los desamparados, en caso de enfermedad, no hubieran tenido otro refugio que el hospital; pero Don Bosco deseaba curarlos en el Oratorio con solícitos cuidados como hijos de buena familia.

En cierta ocasión al saber una madre que se hallaba enfermo su hijo, corrió a asistirlo llevando una cesta de excelentes provisiones, creyendo que en el Oratorio el pobrecito no podía aspirar a grandes cuidados. Apenas lo vio, grave todavía, con más de cuarenta grados de fiebre, pero rodeado de las mayores atenciones, y se convenció de que no le faltaba nada, y supo que el médico lo visitaba dos veces al día, rompió a llorar y cayendo de rodillas exclamó:

—; Buen Dios, bendice a Don Bosco y a su casa!

Y besando a su hijo, añadió:

—; Y tú, hijo mío, quédate aquí! ; Quería llevarte a casa, pero allí no tendrías los cuidados que aquí; no te falta nada; ésta es verdaderamente la casa del Señor, y Don Bosco es un santo!

El Santo no tenía nada suyo; pero para sus hijos adoptivos, no ahorraba trabajo ni humillaciones a fin de suministrarles lo necesario. Solía decir con la sencillez acostumbrada:

—El hambre que obliga al lobo a salir de su guarida para buscar comida para sus lobeznos, obliga también a Don Bosco a salir de casa para procurar el pan a sus huérfanos.

Varias veces tuvo que soportar amargas repulsas; pero no se ofendía, ni disminuía el ardor de su caridad.

\* \* \*

Con todos y especialmente con los salesianos, su caridad se adaptaba admirablemente a las necesidades y a la índole de cada uno. “En 1866 —refiere el sacerdote Joaquín Berto, entonces clérigo, de índole sombría y solitaria—, un día mientras acompañaba a Don Bosco desde su habitación al teatro y pasando por la escalerilla del estudio me encontré a solas con él y me dijo:

—Mira, tú tienes demasiado temor a Don Bosco; tú crees que yo soy riguroso y muy exigente, y por eso parece que me tienes miedo. No te atreves a hablarme con libertad.

Siempre estás desasosegado, porque crees que no logras contentarme. Desecha todo temor. Tú sabes que Don Bosco te quiere bien; por eso si se las haces pequeñas, no se preocupa, y si se las haces gordas, te las perdona. E hizo su secretario.

Se tomaba por todos un interés verdaderamente paternal; tenía para todos un puesto de predilección en su corazón, y todos lo amaban de un modo extraordinario. "Permitidme que os lo diga —escribía a los de Lanzo el 3 de enero de 1876— y nadie se ofenda; todos vosotros sois unos ladrones; lo digo y lo repito; me lo habéis quitado todo: cuando fui a Lanzo me dejasteis embelesado con vuestra benevolencia y vuestra amabilidad. Vuestra piedad me ha arrebatado el pensamiento; todavía me quedaba este pobre corazón; pero, ¿qué ha sido de sus afectos? Me los habéis robado; en cambio vuestras doscientas manos amigas me lo devuelven ahora por medio de vuestra amable carta. Sólo queda ya en mi corazón un vivo deseo de amaros en el Señor, de hacerlos bien y de salvar vuestra alma."

No es posible expresar lo que Don Bosco amaba a cada uno de sus hijos. Una vez que estuvo a punto de morir, suscitó una porfía entre los que le rodeaban por creerse todos preferidos en este amor. Todos alegaron pruebas; cada cual creyó vencer; pero al cabo todos se convencieron de que Don Bosco había amado tanto a cada uno, como si cada uno hubiese sido su único hijo.

\* \* \*

Mientras pudo, es decir, hasta 1884, todos los años escribía de su propio puño una carta a cada uno de los misioneros, sacerdotes, clérigos y coadjutores que se hallaban en América; ¡y con cuánto afecto! A Don Cagliero regularmente le enviaba dos cartas al mes. El 16 de febrero de 1876, tres meses después de la partida, le escribía afectuosamente: "Ayer tuvimos función en el teatro y se representó la famosa "Disputa entre un abogado y un ministro protestante",

que resultó muy lucida. Mino cantó el "Hijo del desterrado" (1) con gran éxito; pero el pensamiento de que el autor de la música estaba tan lejos, me conmovió profundamente; por eso durante el canto y la representación no hice otra cosa que pensar en mis queridos salesianos de América."

Este afecto paternal tan profundo creció con los años. Desde 1884 preparó una carta testamento ternísima, que debía enviarse a todos sus hijos, después de su muerte. "Os recomiendo —decía— que no lloréis mi muerte. Ésta es deuda que todos debemos pagar. Recordad que después serán recompensados largamente todos los trabajos hechos por amor a nuestro Maestro, nuestro buen Jesús. En vez de llorar, tomad firmes y eficaces resoluciones para permanecer fieles a la vocación hasta la muerte." En 1886, discurriendo sobre la sensibilidad de su corazón, confesaba que no podía recordar nominalmente en la Misa a los misioneros por la excesiva emoción que experimentaba, tanto, que se sentía sofocado. "Entonces —decía bromeando— me veo obligado a pensar en "Gianduia" y a buscar alivio distrayéndome" (2).

\* \* \*

Después de los suyos dirigía sus más delicadas atenciones a sus bienhechores, entre los cuales contaba a los padres de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora; sentía por ellos paternal benevolencia; les aseguraba las bendiciones de Dios hasta la tercera y cuarta generación; si padecían estrecheces, los socorría como podía, y cuando se incapacitaban para el trabajo, los acogía en el Oratorio, donde formaban como una sola familia aparte. También el padre de

(1) *Il figlio dell'ésule*. Una inspirada romanza compuesta por Cagliero con letra de Francesia, para que el jovencito Tamagno luciera su voz.

(2) Gianduia era un célebre payaso, conocido entonces de todo el mundo en Piamonte.

Domingo Savio acabó así tranquilamente sus días a la sombra del Santuario de María Auxiliadora.

Para las madres de los salesianos abrió un Instituto o Casa en Mathi Torinese, que tituló "Santa Francisca de Chantal", y que existe todavía, confiado a la dirección de las Hijas de María Auxiliadora, con una sola recomendación: proveerlas de todo. Un hermoso episodio irradia una luz paradisiaca sobre esta obra del Santo.

En mayo de 1857, Margarita Poutrianne, a las dos de la tarde, fue a ver al cura de Ars, en la iglesia parroquial, detrás del altar mayor, y le expuso el deseo de hacerse religiosa. El Santo le respondió:

—¡Pobre viejo! ¡Qué necesidad tiene de su hija!

La joven, que no le había manifestado que desde los quince años tenía enfermo a su padre, quedóse sorprendida, pero insistió:

—¡Es que yo no quisiera morir en el mundo!

El Santo Cura levantó los ojos al cielo, y después de algunos instantes, repitió por tres veces:

—¡Santa Chantal! ¡Santa Chantal! ¡Santa Chantal!

La joven le preguntó:

—Así, pues, ¿debo entrar en la Visitación?

El Santo respondió:

—¡Hija mía, no morirá usted en el mundo; pero la casa religiosa donde usted debe morir no existe todavía!

Y estrechándole amablemente la mano, se despidió de ella diciéndole:

—¡Hija mía, qué cruces, qué cruces! ¡Ánimo, ánimo!

Margarita volvió a casa, asistió a su padre hasta la muerte, y seguidamente ingresó en nuestra casa de Saint-Pierre de Canón, cerca de Marsella, para desempeñar allí los más humildes servicios a imitación de Mamá Margarita. Cuando ocurrió la supresión de los Religiosos en Francia, Margarita, juntamente con los salesianos expulsados, refugióse en Italia, y fue enviada por Don Rúa a Mathi. "Sólo entonces —escribió ella—, cuando me encontré en el Insti-

tuto de Santa Francisca de Chantal, comprendí plenamente las palabras del Santo Cura de Ars".

Don Bosco estaba lleno de caridad aun con los extraños. Todos los que se veían reducidos a lastimoso estado de alma o de cuerpo, ocupaban su atención. Ya hemos indicado los cuidados que se tomaba por los presos y por los condenados a muerte, sus visitas cotidianas a los hospitales, y la asistencia que prestaba a los moribundos. Se solicitaba su ministerio para con los enfermos, porque sabía infundirles una gran confianza en la infinita misericordia de Dios. La misma compasión tenía con los pobres. Una vez llegóse a él un decidido demócrata, el cual, encontrándose en grave necesidad, le pidió una pequeña cantidad, al menos tres francos, para comprarse una camisa, asegurándole que se los devolvería. Echó mano al portamonedas, y lo encontró vacío; volvió los ojos a la cama y al ver una camisa nueva que habían regalado y estaba preparada para él la tomó y se la dio diciendo: "¡Vaya! *¡Aurum et argentum non est mihi, quod autem habeo, hoc tibi do!*" (No tengo oro ni plata; pero te doy lo que tengo.)

El pobre hombre le miró con aire estupefacto y le dijo:

—¿Y usted?

—No se preocupe por esto: ¡la Providencia que le provee hoy a usted, sabrá proveerme mañana a mí!

El necesitado quedó tan conmovido, que rompiendo a llorar se arrojó a sus pies, exclamando:

—¡Oh, cuánto bien puede hacer un sacerdote!

Mientras la Casa Real y los Ministerios tuvieron residencia en Turín, muchos pobres solían recurrir a las primeras autoridades con súplicas para aliviar sus miserias y como no sabían escribir, acudían a Don Bosco. Él escuchaba pacientemente sus cuitas y los satisfacía cumplidamente. Durante cinco o seis años, él mismo y gratuitamente hizo este trabajo, las más de las veces después de comer. Más tarde, cuando pudo dedicar una habitación para que sirviese de portería, dispuso que a ciertas horas hubiese alguno de la casa

allí para recibir a aquellos pobrecitos y despacharles debidamente sus solicitudes. ¿No era ello una verdadera oficina de "servicio social"?

En sus viajes, cuando alquilaba carruajes públicos, era bastante generoso en dar propinas a los cocheros, aprovechando la ocasión, decía él, para dar una pequeña limosna a aquella gente, sin humillarla, y dirigirles algunas buenas palabras, de las que tenían tanta necesidad.

Esta clase de limosnas no se reducían a pocos céntimos o pequeñas propinas. Cuando se trataba de personas, cuya moralidad peligraba, o estaban en decadencia, daba mucho más: billetes de cinco, de veinte y a veces hasta de cien liras.

\* \* \*

Monseñor Morganti dijo que en ningún otro Siervo de Dios había encontrado tan viva y tan profunda la virtud de la gratitud como en Don Bosco. Nunca dejaba de dar gracias a quien le hacía algún donativo, aunque fuese de pocos céntimos. Siempre usaba las más delicadas expresiones para los Cooperadores y Cooperadoras Salesianos: repetía que sólo con la caridad de ellos podía mantener y hacer un poco de bien a tantos pobres niños; rezaba y hacía rezar por ellos todos los días a sus alumnos, recomendaba comuniones, celebraba y hacía celebrar Misas y todos los días se rezaba un Pater, Ave y Gloria por todos los bienhechores.

Al principio del año empleaba un mes entero en remitir a todas partes cartas autógrafas de felicitación, a las cuales con frecuencia añadía como obsequio alguna de sus obritas. A los más cercanos les enviaba otros regalos. Si recibía como donativo cosas raras y de gusto delicado, en vez de destinarlas a la casa, las distribuía entre los bienhechores más insignes.

Durante muchos años obtuvo del Papa o del Rey para sus grandes bienhechores condecoraciones y distinciones especiales. Era muy solícito en impetrar para sus bienhechores

y sus familias favores espirituales de indulgencias y bendiciones del Sumo Pontífice, y otras gracias semejantes. Por la misma razón, les prestaba cualquier servicio, aunque le fuera gravoso.

Para él, un simple deseo de sus bienhechores y conocidos era una orden. Una señora, para contentar a sus niños, buscaba algunos pajaritos, y Don Bosco le envió un nido de ellos, todavía sin plumas. Quedó aquella familia tan conmovida por el inesperado obsequio, que poniéndose todos de rodillas en torno de la mesa sobre la cual estaba el nido, empezaron a rezar por el Santo. Después crió a los pajaritos y cuando pudieron volar les dio libertad, enviando al mismo tiempo una limosna al Oratorio.

Durante los años en que hizo los estudios de Latín en la ciudad de Chieri, varias veces, como ya se ha dicho, debido a la pobreza de su familia, hubo de padecer hambre; los compañeros, de quienes era muy querido, lo notaban, y entre ellos, un tal José Blanchard, tuvo que regalarle varias veces frutas y pan.

—Pues bien —decía el buen Blanchard, ya viejo—, no se olvidó de mí, ni se avergonzó de confesar lo que había hecho yo por él, aun siendo tan poco, cuando era joven y necesitado. Lo había perdido de vista, y si lo hubiese encontrado, quizás no me hubiera atrevido a saludarlo, ni a acercarme a él, pues tenía por cierto que no me habría reconocido. ¡Cuánto me engañé! Un día, mientras en una mano llevaba yo un poco de comida, y en la otra una botella de vino, lo encontré en Chieri en medio de muchos sacerdotes, que habían ido a saludarlo a la puerta de casa de Bartinetti, donde se había hospedado. Apenas me vio, dejó la compañía y vino a saludarme. Yo traté de componerme, porque iba mal arreglado, y con mi comida en las manos; no me atrevía a tratar con tanta confianza a Don Bosco, que me parecía ya un gran personaje; pero él se entretuvo conmigo con mucha amabilidad, y volviéndose a todos aquellos sacerdotes que lo acompañaban, exclamó, señalándome:

—¡Señores, aquí les presento a uno de mis primeros bienhechores!

Y después de haber referido por qué, estrechándome la mano, añadió:

—Siempre que vayas a Turín, ven a comer conmigo.

¡Oh, qué gratitud sentía por todos sus bienhechores! Para varios de ellos en particular escribió desde 1884 algunas cartas que se les habían de enviar después que él hubiera pasado a mejor vida.

\* \* \*

Aun para con aquellos que lo ultrajaron brilló de un modo extraordinario la caridad de Don Bosco. Eran los primeros tiempos del Oratorio, y “un domingo después de las funciones —refiere José Brosio—, como no vi a Don Bosco en el patio, le busqué por todos los rincones de la casa, y, finalmente, lo encontré en una habitación, triste y casi lloroso. Insistí en que me dijera el motivo de su aflicción, y me contestó que un joven lo había ultrajado sobremano.

—Si se tratase de mí —dijo—, no me importaría, pero lo que más me duele es que ese tal se encuentra en camino de perderse.

Me impresionaron tanto aquellas palabras, que temblando de rabia, pensé vengarme de aquel ingrato. Don Bosco advirtió mi alteración, y sonriendo, me dijo:

—Tú quieres vengar a Don Bosco, y tienes razón; pero la venganza la tomaremos juntos, ¿estás contento?

—Sí —le respondí.

Pero la ira que me dominaba en aquel momento no me dejaba ver que la venganza de Don Bosco era el perdón y el pedir a Dios por él. En efecto, me condujo a rezar por el compañero y empleamos en ello bastante tiempo. Debí de orar también por mí, porque cambié de sentimientos en un instante, y la ira contra aquel compañero se trocó en amor. Al salir me dijo que la venganza del verdadero cristiano es el perdón y el rezar por las personas que nos ofenden.

Habiendo caído en manos de la Justicia uno que había atentado contra la vida de Don Bosco, éste fue llamado a declarar contra el procesado; pero logró obtener su perdón y la condonación de la pena; “sólo recomendó al tribunal —refiere Don Rúa— que se le protegiese contra nuevos atentados; lo cual se efectuó expulsando a aquel peligroso individuo de la ciudad de Turín. Este hecho lo supe por Don Bosco mismo y por quien lo había acompañado al tribunal”.

Pudo, pues, con razón recomendar en su lecho de muerte a sus hijos: *Diligite inimicos vestros et benefacite his qui oderunt vos!* (Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os odian.)

## CAPÍTULO LXXIV

## El Santo con Dios

En una conferencia con el Papa San Pío X, Monseñor Salotti decía que “al estudiar el voluminoso proceso de Turín para la introducción de la Causa de Don Bosco, más que la magnitud y exterioridad de su obra colosal”, le había impresionado “aquella vida interior del espíritu, de la cual nació y se alimentó todo su prodigioso apostolado”. Al notar que de Don Bosco “muchos conocen solamente la obra exterior” e “ignorán, en gran parte, el edificio grande y sublime de perfección cristiana que había erigido pacientemente dentro de su espíritu, ejercitándose todos los días, y en todo momento en todas las virtudes de su estado sacerdotal”... proseguía: “Padre Santo, si todos tuviesen conocimiento íntimo y completo de este otro aspecto de la figura de Don Bosco, ¡cuánto mejor se apreciaría a este hombre que, aun sin ello, goza de una estimación tan profunda y universal!” Y el Santo Pontífice opinaba que la admirable obra de penetración realizada por los Salesianos en casi todas las partes del mundo, aun en las más difíciles e inhospitalarias, “no podía explicarse de otra manera sino conectándola con la santidad del Fundador”.

Él era todo de Dios. “Puede afirmarse —dice Don Rúa— que en toda la vida de Don Bosco el amor de Dios fue el motor de todas sus obras, el inspirador de todas sus palabras, el centro de todos sus pensamientos y afectos...”

Don Bosco vivía habitualmente de fe. En cualquiera cir-

cunstancia, aun en medio de ocupaciones materiales muy diferentes, “su mente y su corazón se elevaba a Dios”. “Algunas veces, prosigue Don Rúa—, al acompañarlo nosotros por la noche, tarde, a descansar, se detenía a contemplar el cielo estrellado y nos entretenía, olvidándose de su cansancio, hablándonos de la inmensidad, omnipotencia y sabiduría divinas. Otras veces ponderaba en el campo la belleza de los sembrados y de los prados, la variedad y riqueza de los frutos, y por este medio, terminaba hablándonos de la bondad y providencia divina, de modo que muchas veces se nos ocurría exclamar como los discípulos de Emaús: *Nomme cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?* La bondad de Dios, el amor a Dios y el servicio de Dios eran los puntos predilectos de sus conversaciones. “¡Qué bueno es el Señor y cuánto cuidado se toma de nosotros!” “Dios es un buen Padre, que no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.”

“Dios es un buen amo, que no deja sin recompensa, ni siquiera un vaso de agua dado por su amor.” “Hagamos todo lo que podamos a la mayor gloria de Dios.” “Todo por el Señor; todo por su gloria.”

Aun en sus escritos, tanto en sus obras impresas como en sus cartas familiares, tenía siempre presente la gloria de Dios. No conocemos una sola carta suya en que no entre el nombre de Dios, de Jesucristo o de su Divina Madre.

Con el andar de los años, su fe se hizo más viva y se manifestó de un modo más luminoso. En los últimos, al recordar la primera educación cristiana que había recibido, se conmovía hasta verter lágrimas. “¡Qué gran suerte es —repetía con insistencia— el pertenecer a la Iglesia Católica! Doy gracias al Señor porque me ha hecho nacer en el seno de la Iglesia Católica y por haberme concedido una madre cristiana!”

\* \* \*

Inculcaba con frecuencia el pensamiento de la presencia de Dios, y con tal acento, que se conocía que él siempre estaba ante ella. "Recordad bien que Dios os ve de día y de noche, que os ve siempre."

Durante el Proceso de Beatificación, un Cardenal se permitió decir delante de Pío XI:

—Con tanta actividad exterior, ¿cuándo oraba Don Bosco?

A lo que el Papa, que lo conocía muy bien, por haberlo tratado y por haber seguido con asiduidad la documentación, contestó rápidamente:

—Eminencia, digamos más bien, ¿cuándo no oraba Don Bosco?

Su confianza en Dios era paralela a su unión con Él, esto es, íntima y continua. En sus frecuentes necesidades, y ante la amenaza de carecer de lo necesario, exclamaba con dulce sonrisa: "Don Bosco es pobre; pero Dios todo lo puede. Procurad solamente no cometer pecados, y Aquél que alimenta a los pájaros del aire, nos dará a nosotros la comida." "¡Ah, hombres de poca fe! —decía otras veces—, ¿cuándo nos ha faltado algo? Estad tranquilos; el Señor proveerá." O bien: "¿Creéis que le faltan a Dios medios para ayudarnos? Confiad y veréis."

En todos los momentos difíciles solía consolarse con el pensamiento del Paraíso: "Allá arriba —decía— nos está esperando un gran premio." "Las espinas de acá abajo se cambian en rosas allá arriba." "Los padecimientos de esta vida son momentáneos; pero los goces del Cielo son eternos." "Animémonos; allá arriba descansaremos eternamente."

El pensamiento del Cielo lo estimulaba a padecer y trabajar más por el Señor. "¡Qué hermoso será ver a Dios cara a cara!" "¡Qué hermoso es el Paraíso!; pero no se ha hecho para los holgazanes." "No se va al Paraíso en carruaje."

"El Paraíso es un gran premio, naturalmente que cuesta su trabajo."

El amor de Dios y el deseo de encenderlo en todas las almas le hacían sentir habitualmente un odio implacable al pecado; le hacía guerra sin cuartel. "Yo estoy hecho así —decía—; si veo la ofensa a Dios, no cedo, aunque tenga un ejército en contra." "Con este fin —indicaba Don Rúa— fundó los hogares (internados para aprendices), porque decía: "Para ciertos jóvenes abandonados, y para todos los que reciben escándalo en su casa, no basta la instrucción que se les da en los días festivos; si queremos salvarlos, hay que alejarlos del peligro también durante la semana."

"Cuando sabía que se había cometido algún sacrilegio u otros graves delitos, se le veía entristecerse y padecer grandemente."

\* \* \*

No podía tolerar la ofensa de Dios. "Al oír una blasfemia —decía—, experimento más pena que si recibiese una bofetada; me impresiona de tal manera, que temo desmayarme."

Alguna vez, después de haber intentado en vano todos los medios de corrección que juzgaba más adecuados, al ver que ciertos alumnos eran incorregibles, recurrió a otros extraordinarios que dejaron memoria, como el del 6 de septiembre de 1876. Después de las oraciones de la noche, subió tranquilamente como siempre a la pequeña tribuna que había debajo de los pórticos, ante la imponente y acostumbrada reunión de sacerdotes, clérigos, coadjutores, estudiantes, artesanos y fámulos, para dar las "Buenas noches".

Comenzó narrando todo lo que el Divino Salvador había hecho y padecido por la salvación de las almas y sus amenazas contra los que escandalizaban a los niños; habló de lo que había hecho y hacía él mismo en cumplimiento de la misión que le había confiado la Divina Providencia, recordando los sudores, los trabajos, las humillaciones y las privaciones que

había padecido por la eterna salvación de los jovencitos; después dijo que en el Oratorio había lobos, asesinos, demonios que habían venido a robarle las almas que se le confiaban, y añadió:

—¿En qué he ofendido o qué daño he hecho yo a esos tales para que me traten así? ¿No los he amado bastante? ¿No los he considerado como hijos míos? ¿No les he dado todo cuanto podía darles? ¿No los he admitido a la confianza de mi amistad? ¿Qué instrucción podrían haber recibido en el mundo, ni qué manutención, educación ni esperanzas podían formarse para lo por venir, si no hubiesen venido al Oratorio?

Después de enumerar los beneficios que habían recibido, prosiguió:

—Esos desgraciados creen que no son conocidos; pero yo sé quiénes son, y podría nombrarlos en público... Si yo quisiese nombrarlos, podría decir: "Eres tú, A (y pronunció el nombre y el apellido), un lobo que te deslizas entre tus compañeros, los alejas de los Superiores, poniendo en ridículo sus consejos. Eres tú, B... un ladrón que con tus conversaciones empañas el candor de la inocencia... Eres tú, C..., un asesino que con ciertos papelitos, ciertos libros y ciertos escondrijos arrebatas del lado de María a sus hijos. Eres tú, D..., un demonio que corrompes a los compañeros y les impides con tus burlas que frecuenten los Sacramentos..."

Seis fueron los nombrados. Su voz era tranquila y clara. Cada vez que pronunciaba un nombre, se oía un grito sofocado, o un sollozo, o un ¡ay! del culpable nombrado, que resonaba en medio del silencio de sus compañeros aterrorizados. ¡Parecía aquello el juicio universal!

Cuando hubo acabado de hablar, todos se retiraron conteniendo la respiración. Sólo quedaron sollozando los seis aludidos, unos apoyados contra las pilastras y otros contra la pared. El Santo se detuvo en medio de pórtico. Los sacerdotes y los clérigos formaban corrillos a cierta distancia y nosotros fuimos con ellos espectadores de una escena conmovedora. Aquellos seis pobrecitos se le acercaron, le tomaron las manos y se las besaron; otros se le asieron de la sotana. Él los miró, mientras unas lágrimas de conmoción le corrían temblorosas por las mejillas. Nadie hablaba; finalmente, des-

pués de decir a cada uno algunas palabras de consuelo, subió a su habitación. Al día siguiente uno salió del Oratorio, y otros, que eran estudiantes, cambiaron de sección y dos de éstos, después de un período de prueba, fueron admitidos de nuevo a continuar sus estudios. Los que continuaron en el Oratorio mudaron de conducta de tal manera, que emularon a los mejores, y se hicieron excelentes cristianos (Lemoine).

"La vida de Don Bosco —escribió Don Álbera— podía llamarse "una oración continua, una no interrumpida unión con Dios. Era indicio de ello aquella inalterable igualdad de humor que se transparentaba en su semblante invariablemente sonriente. En cualquier momento que recurriéramos a él en busca de consejo, parecía interrumpir sus coloquios con Dios para darnos audiencia, y que Dios le inspiraba los pensamientos y exhortaciones al bien con que nos obsequiaba."

"En cuanto a mí —dice a su vez Don Cerruti—, estoy íntimamente persuadido y lo he oído a otros que lo conocieron de cerca, que su vida, sobre todo en sus últimos años, fue una continua oración."

Era sencillo y embelesador también su recogimiento, mientras oraba. Derecho e inmóvil, con las manos juntas apoyadas sobre el reclinatorio contra el pecho, la cabeza ligeramente inclinada, la mirada fija y la cara sonriente, no tenía nada de afectado; pero quien lo veía, no podía por menos de sentirse estimulado a rezar bien, observando cómo se reflejaba en su frente el resplandor de la fe y del amor de Dios.

\* \* \*

Tenía fe absoluta en la eficacia de la misión sacerdotal, tanto en el ejercicio de la predicación como en la administración de los Sacramentos y en la misma presencia del sacerdote. De aquí su celo por promover las vocaciones.

Era necesario verlo celebrar la Misa. Cuando bajaba a la iglesia para el Santo Sacrificio, si encontraba a alguno que

lo saludaba, correspondía al saludo con una sonrisita, se dejaba besar la mano, pero no decía una palabra; tan absorto estaba en el pensamiento del acto divino que iba a realizar.

Cuando debía emprender un viaje por la mañana temprano, anticipaba la Misa, abreviando el descanso de la noche. La aplazaba para hora muy avanzada cuando el viaje era largo y no podía llegar temprano a su destino.

Estaba tan compuesto, tan recogido y tan devoto en el altar y hacía las ceremonias con tal exactitud, que causaba la mayor edificación. Algunas veces la cara se le bañaba de lágrimas o se detenía no sabemos si arrobado o por otros fervores extraordinarios. En la Consagración, no raras veces cambiaba de color y adquiría tal expresión, que evidenciaba la caridad que ardía en su alma. Al elevar la Hostia, especialmente, se le contemplaba en toda su santidad. ¡Oh, con qué fe adoraba a Jesús Sacramentado! Alguna vez ocurrió verlo levantarse de la tierra y permanecer arrobado por algún tiempo, como si viese cara a cara a Nuestro Señor Jesucristo.

Tenía gran fe en el Santo Sacrificio. A los suyos, por regla, y a todos los demás por consejo, les recomendaba que asistieran a la Santa Misa todos los días, recordando las palabras de San Agustín que "no perecerá de mala muerte quien escuche devotamente y con asiduidad la Santa Misa".

Profesaba un culto ternísimo al Santísimo Sacramento. Todos los días iba a visitarlo. No obstante su avanzada edad, y los males que le aquejaban, y aunque por la extraordinaria hinchazón de las piernas sufriese arrodillándose, se postraba hasta el suelo para adorarlo. Decía continuamente a todos:

—¿Queréis que el Señor os conceda muchas gracias? Visitadlo con frecuencia... ¿queréis que os conceda pocas? Visitadlo pocas veces. ¿Queréis que el demonio os asalte? Visitad poco a Jesús Sacramentado. ¿Queréis vencer al demonio? Acudid con frecuencia a los pies de Jesús. ¿Queréis ser vencidos? Dejad de visitar a Jesús. ¡Queridos hijos, la

visita al Santísimo Sacramento es un medio eficacísimo para vencer al demonio! Id, pues, con frecuencia a visitar a Jesús y el demonio se retirará vencido.

Apóstol de la comunión frecuente y cotidiana, recomendaba a todos que se conservasen en tal estado de conciencia, que pudiesen, con el consejo del confesor, acercarse a la Mesa Eucarística todos los días; y no vacilaba en dar este permiso a cuantos mostraban tal deseo. Quería que los niños, apenas fuesen capaces, fueran admitidos a la comunión, a fin de que, decía, el Señor pueda posesionarse de su corazón antes que el pecado los corrompa. Cuando hablaba de la Comunión sacrilega, lo hacía con tal acento, que los jóvenes sentían helárseles la sangre, y concebían verdadero espanto de tan enorme pecado.

\* \* \*

Después de Jesús Sacramentado, su más tierno amor era la Virgen, a la cual profesaba una devoción filial, que procuraba inculcar a todos, en el púlpito, en el confesonario, en las conversaciones familiares, y con tanta ternura, que se le reflejaba en el rostro. Cantaba con transportes de gozo, y las hacía cantar, las alabanzas de María. Si entonaba aquella que comienza: "Somos hijos de María", como si la voz no le bastase, alzaba las manos en señal de alegría y con santa sencillez llevaba el compás. Atestigua Monseñor Anfossi: "¡Cuántos himnos recuerdo yo haber cantado en su compañía! Era tanto el entusiasmo que inspiraba por la Virgen, que un domingo por la tarde, volviendo al Oratorio del Ángel Custodio en el barrio de Vanchiglia, seguido de un grupo numerosísimo de jóvenes, entre los cuales me encontraba yo, entonó el canto "Veces mil bendita seas, oh dulcísima María", que nosotros cantamos en alta voz atravesando la plaza de Manuel Filiberto, llena de gente, que se contagiaba de nuestro entusiasmo.

Atribuía el éxito de todas sus empresas a la Santísima

Virgen, y en los sermones, en las conferencias y en las conversaciones no se cansaba de repetir que todo lo que pudiera hacer y había hecho el pobre Don Bosco, todo debía atribuirse a la bondad de María.

Era tan grande su devoción a María Auxiliadora y tan frecuentes y señaladas las gracias que obtenía de Ella, que aunque procuraba desviar de sí la curiosa admiración de que era objeto, atribuyendo todas las gracias a María Auxiliadora, el pueblo no tardó en comprender las cosas de manera que respetando su humildad, sintió la necesidad de llamar a María Auxiliadora "la Virgen de Don Bosco".

\* \* \*

Por ser Esposo de la Virgen, Padre nutricio de Jesús y Patrono de la Iglesia, le tenía devoción especialísima a San José. Le dedicó en el Santuario de María Auxiliadora el altar más hermoso después del de la Virgen y le dio al pintor la idea del cuadro que lo preside; fomentó la devoción de los Dolores y Gozos de San José y le dedicó una oración especialísima en el ejercicio de la Buena Muerte.

"Entre la multitud de los santos de nuestra Santa Religión —escribe de él el Cardenal Alimonda—, lo atrae uno sobre todo: es San Francisco de Sales. Gusta a Don Bosco aquella fortaleza unida a la incomparable suavidad del Obispo de Ginebra, aquel espíritu compasivo, aquella vida de sacrificio y de apostolado en que resplandece el santo prelado. Ansía que aquel astro descienda hasta él y lo llama para apropiárselo en la plenitud de la luz. La conjunción se realiza, porque Don Bosco se eleva hasta el astro mismo y en él se sumerge. ¡Rara es la humildad de Don Bosco; no quiere que sus hijos tomen su nombre! Pero los sacerdotes salesianos, reproduciendo en sus acciones, en sus tareas regeneradoras, la mansedumbre, la suavidad, la fortaleza heroica del Obispo de Ginebra, reproducirán también con esto mismo

la fortaleza, la mansedumbre y la suavidad de Don Bosco."

De su devoción a los ángeles custodios el lector ha visto muchas pruebas a lo largo de estas páginas.

\* \* \*

El amor de Don Bosco al Vicario de Cristo no pudo ser más vivo y activo. "En sus pensamientos y en sus palabras, en los afectos y en la acción —dice Monseñor Manacorda—, Don Bosco era el retrato del hombre humilde. Todo en él era humildad, pero ésta se revestía de amor entusiasta y festivo apenas sonaba en sus oídos la palabra sagrada: "¡Romano Pontífice!"... Se encendía, adquiría vida y hablaba con calor."

En las normas confidenciales que dejó para la elección de su sucesor, o mejor dicho, de sus sucesores, entre los requisitos del candidato puso éste: que "sea conocido por su adhesión a la Santa Sede y a todas las cosas que de alguna manera se relacionan con ella." Dispuso también que el elegido Rector Mayor "dé inmediatamente al Padre Santo la noticia de su elección y se ofrezca con la Sociedad Salesiana a las órdenes y a los consejos del Supremo Jerarca de la Iglesia".

La devoción de Don Bosco a la Iglesia y al Papa estaba reconocida aun por los mismos enemigos de la Religión, los cuales lo llamaban "el Syllabus ambulante", el Garibaldi del Vaticano" y le ponían motes por el estilo.

"Su sueño dorado —atestigua Monseñor Costamagna— era tener tiempo para acabar una Historia Eclesiástica Universal, en la cual demostrar que el Papa fue y continúa siendo el centro de todos los grandes acontecimientos mundiales, los cuales no han sido, según él, sino otros tantos radios que parten del centro de una circunferencia." Había comenzado a escribir una grande Historia con este criterio. ¡Lástima grande es que en sus viajes se hayan perdido algunos voluminosos cuadernos que había dedicado a este trabajo y que sus ocupaciones, siempre tan grandes y frecuentes, no le haya permitido continuarlo!

Todos sus ex alumnos, especialmente los sacerdotes, están de acuerdo en afirmar que de él aprendieron a amar al Papa. "Había infundido en nosotros —dice el teólogo Reviglio— tanto amor a la Iglesia, que nos sentíamos dispuestos a defenderla aun a costa de la vida" (1).

Al despedirse de Pío IX, en la última audiencia, le rogó le dijera una palabra para transmitirla en su nombre a todos sus hijos.

Muy amable el Padre Santo, respondió:

—Sí que tengo una palabra o un recuerdo que puede hacer bien a todos y que debe procurar usted inculcar en el alma de los suyos, tanto de los salesianos como de los alumnos. Recomiende a todos que prometan obediencia y fidelidad al Vicario de Jesucristo.

A estas palabras, el Santo enseñó a Pío IX la nota que tenía en la mano donde constaban las cosas que había de tratar con el Padre Santo en aquella audiencia y le hizo ver que la última era precisamente esta declaración:

—Aseguramos la obediencia y fidelidad al Vicario de Jesucristo.

El Padre Santo, contento al ver aquella coincidencia de sentimientos, y aun de palabras, exclamó:

—Preciso es que reconozcamos en ello una inspiración del Señor; considerémosla, pues, como un tesoro.

La misma veneración deseaba que proporcionalmente se tuviera a todos los ministros sagrados, de un modo particular a los Obispos, en los cuales veneraba la plenitud del sacerdocio, y así es que con gran fe solicitaba sus visitas. Cuando tenía la fortuna de hospedar a un Obispo en el Oratorio, lo anunciaba primero, lo esperaba en la puerta y lo presentaba

---

(1) "En Don Bosco —escribía *La Gazzetta di Torino* de 15 de agosto de 1879— el arte de enamorar del Papado lo es todo; y en esto puede decirse que vale por mil maestros clericales y mil periodistas católicos."

a los chicos siempre con el bonete en la mano para inculcar en ellos el mismo respeto.

Con igual espíritu de fe consideraba también a los simples sacerdotes. Sentía la más profunda veneración por su dignidad y el sagrado carácter de que estaban revestidos y usaba con ellos las más delicadas atenciones. A todos y especialmente a los suyos decía frecuentemente:

—Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo; así, pues, comportaos de manera que se cumplan las palabras del Salvador; procurad que los hombres vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los Cielos."

¡La gloria de Dios era el anhelo continuo de su alma! (1).

---

(1) No podemos menos de recomendar la lectura del precioso ensayo de Ceria "Don Bosco con Dios". Está traducido al español por el Padre Alcántara. Librería Salesiana. Barcelona, 1956.

## CAPÍTULO LXXV

## Celo por la salvación de las almas

## I

Tenía Don Bosco escritas dos sentencias en su habitación: una eran las palabras que solía repetir San Francisco de Sales: *Da mihi ánimas, caetera tolle*; es decir: "dadme almas y quedaos con lo demás"; otra eran las palabras de Jesús: "Una sola cosa es necesaria: ¡salvar el alma!" ¡Salvar el alma! He aquí la gran palabra que solía repetir a todos; a los jóvenes y a los viejos, a los pobres y a los ricos, a los doctos y a los ignorantes, y aun a los mismos sacerdotes.

Cuando recibía a algún alumno en el Oratorio, después de haberle ganado el corazón con joviales preguntas, tomaba el aspecto entre serio y sonriente que le era característico y le decía en voz baja:

—¡Hola, hola! Ahora hablemos de lo que más importa. Quiero que ahora seamos amigos, ¿entiendes? ¿Quieres ser amigo mío? ¡Yo quiero ayudarte a salvar tu alma!... ¿Cómo estamos de alma? ¿Eras bueno en casa? Pues aquí te harás mejor. ¿No es verdad?... ¿Entiendes lo que quiero de ti? ¡Quiero que vayamos juntos al Paraíso!

El jovencito sonreía, aprobaba con la cabeza y respondía con algún monosílabo, o bajaba los ojos y se ruborizaba, según como eran las preguntas, las cuales nunca eran insistentes ni esperaban respuesta. Don Bosco, al mismo tiempo, con ojo escrutador, lo penetraba enteramente, adivinaba su

indole, su ingenio, su corazón. La salvación del alma era el pensamiento que repetía, sobre todo cuando se inclinaba al oído de sus hijos y bajando la voz les decía unas palabritas "*palabritas al oído*". Las palabritas al oído eran como el eco de la palabra de Dios: "viva, eficaz y más aguda que cualquier espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu... y discierne aun los pensamientos y las intenciones del corazón". (Cfr. Hebr., IV, 12.)

¿Qué eran estas palabritas al oído? Pues palabras confidenciales.

Ordinariamente eran dardos de fuego que penetraban en el corazón y en él quedaban clavados de modo que no podían arrancarse: "¿Podrías hacerme una florecilla para la Virgen?... Estudiar un poco mejor la lección. Jesús te espera en la iglesia para una visita. Corrígete de esa costumbre de poner las manos encima a los demás. ¿Te has confesado bien? ¿Por qué no vas a comulgar con más frecuencia? ¡Ay, aquellos compañeros! ¡Ánimo, invoca a María y te ayudará! ¡Si pudieses ver el estado de tu alma! Continúa así, ¡la Virgen está contenta de ti! ¡Acuérdate bien: Dios te ve! ¡Antes morir que pecar! Hazte bueno y nos encontraremos juntos en el Paraíso. Procura hacer una buena confesión y experimentarás gran alegría. ¡Ayúdame a salvar tu alma! ¡Alégrate!, un día estaremos juntos con el Señor." Y otras cien frases, que variaban según la necesidad. Un ojo experto podía observar algunas veces el efecto inmediato: acercarse a los Santos Sacramentos, mayor recogimiento en la oración, más exactitud en los deberes; vencer ciertas envidias, ciertos modales violentos, inurbanos o molestos para con los compañeros. Algunos llegaron a tal fervor, que el Santo los tuvo que contener.

\* \* \*

Si alguno procuraba huir de él porque no tenía valor para soportar su mirada, él le seguía los pasos y de repente, sin dejarse ver, se acercaba y delicadamente le tapaba los ojos

con las manos y le sujetaba la cabeza de modo que no pudiese ver quién le gastaba aquella broma. El jovencito, muy ajeno de pensar que fuese el Siervo de Dios y creyendo que era un compañero, intentaba adivinarlo, hasta que después de un momento, las manos se alzaban.

—¡Oh, Don Bosco! —decía casi temblando el jovencito ruborizado, con la cabeza baja e inmóvil.

—¿Por qué huyes? —decíale el Santo.

—¡Yo, no!

—¿Conque seremos amigos?... ¡Escucha una palabra!

Y le hablaba al oído.

Alguna vez, mientras conversaba tranquilamente con otros, seguía con la mirada por todos los sitios del patio y de los pórticos a algún joven; al cabo los ojos de éste se encontraban con los de Don Bosco, y al leer en aquella mirada tan limpia el deseo de hablarle, corría a preguntarle lo que deseaba; y en efecto, se lo decía al oído.

Ocurría también que, mientras confesaba en la sacristía, pasaba un joven sin ninguna intención de confesarse, aunque lo necesitara. Si Don Bosco lo miraba, se detenía indeciso, daba un paso hacia la puerta, volvía atrás, se acercaba al Santo, caía de rodillas y esperaba su turno para confesarse.

Valga por muchos un hecho ocurrido en el Santuario de María Auxiliadora el 24 de mayo de 1884. Don Bosco estaba confesando en la sacristía, cuando un hombre de unos treinta años se detuvo a mirarlo; y aunque no tenía ganas de confesarse, sintió dentro de sí una fuerza que lo retuvo allí parado como una estatua. Don Bosco, luego que hubo escuchado la confesión del último muchacho, se volvió hacia el desconocido, y adivinando que era un alma movida por la gracia de Dios, invitó a arrodillarse. Lo que ocurrió entre él y el penitente sólo Dios lo sabe, pero alguien que estaba en la sacristía, oyó sollozar a aquel señor como un niño, y lo vio levantarse con la cara bañada en lágrimas. Preguntáronle qué le había ocurrido y respondió:

—¡Oh, qué bueno es Dios! Es la Virgen quien me ha

hecho venir aquí; y desde aquella imagen tan hermosa me ha tocado el corazón.

Y fue a arrojarle a los pies de la Virgen Auxiliadora y no acababa de rezar y de llorar.

## II

¡Oh, qué poder tenía la mirada de Don Bosco! Cuenta Don Álbera que una señora de Marsella, a quien daba grandes disgustos un hijo suyo de diecisiete años, esperaba que la bendición de Don Bosco contribuiría a mejorarlo, y así, lo llevó al Oratorio de San León con otros hijos suyos. Creyó que no sería muy difícil acercarse a Don Bosco y hablarle; pero hubo de esperar en vano hasta el mediodía, cuando indicaron al Siervo de Dios que suspendiera las audiencias. La pobrecita, prorrumpiendo en llanto, se lamentó de no haber podido hablar con Don Bosco después de cinco horas de espera. Él, sin cuidarse aparentemente de ella, dirigió una mirada al hijo, y poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo: “Carlos, ya es tiempo de que des algún consuelo a tu mamá.”

Después, volviéndose a ella, le aseguró que el hijo cambiaría de conducta, y lo bendijo. La señora quedó como fuera de sí, porque Don Bosco, sin que ella le hablase, había leído en su corazón y había llamado al hijo por su nombre. Tres años después, llena de gratitud, atestiguaba que el joven desde aquel día en que el Santo lo bendijo, había cambiado de conducta.

No había niño ni joven que pudiera resistir el influjo de su fascinador atractivo. “Varias veces —narraba Don Rúa—, durante algunos años tuve que acompañarlo por las calles de la ciudad. Los niños, al verle, corrían, unos para besarle la mano y otros para pedirle medallas, y formaban un gran corro en torno suyo. Una vez una turba de mozalbetes lo insultó villanamente con palabras soeces. Detúvose tranquilo, invitólos a acercarse, dirigióles una amorosa co-

recepción, los obsequió con magníficos melocotones, que compró en un puesto de fruta, y llamándolos amigos, se despidió de ellos, invitándolos amablemente a ir al Oratorio. La mayor parte comenzaron a frecuentarlo. Desde los primeros años de su sacerdocio se había trazado, entre otras, esta norma: "Es sumamente importante y útil hacer de modo que jamás un niño se vaya de nuestro lado descontento."

\* \* \*

La salvación del alma era la primera palabra que decía a un jovencito cuando entraba en el Oratorio y era también la última que le repetía cuando se marchaba, o cuando volvía a verle después de algunos años. "Tú antes eras bueno... ¿lo eres también ahora?..." "¿Has cumplido con la Iglesia?..." "¿Hace mucho tiempo que no te has confesado?" ¡Con qué gusto lo escuchaban!

No sólo a los alumnos, sino a todos les repetía aquella gran palabra. El 6 de enero, al responder a las felicitaciones de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora, les escribía: "Agradezco esas preciosas palabras, a las cuales como padre responderé simplemente que os las agradezco con todo mi corazón y que haréis la cosa más grata del mundo para mí si me ayudáis a salvar vuestra alma. Vosotros sabéis, mis queridos hijos, que os he aceptado en la Congregación y os he prodigado todos los cuidados posibles para vuestro bien y para aseguraros la salvación eterna; por eso, si me ayudáis en esta gran empresa, haréis todo cuanto mi corazón desea de vosotros."

\* \* \*

Empleaba las mayores finezas, para hacer llegar al oído de alguno que la necesitaba, una buena palabra.

Delante de la iglesia de Santo Domingo, en Turín, se encontró un día con un albañil, el cual, habiendo resbalado, estuvo a punto de lesionarse. El Siervo de Dios lo sostuvo, y el viejo, agradecido, le dijo:

—¡Oh, si no hubiera sido por usted, me habría roto una pierna!

—¡Ah, si pudiera sostenerlo y evitar que cayera usted en el infierno!... —le contestó el Santo.

Estas palabras hicieron tanta impresión en el obrero, que, tocado de la gracia, se aterrorizó del estado de su alma y fue inmediatamente a confesarse con él.

En cierta ocasión, el Conde Cibrario, Ministro de Estado y de edad muy avanzada, le dijo que tenía el presentimiento de que no viviría ya mucho tiempo.

—Señor Conde —le respondió él—; usted sabe que le quiero y estimo mucho. Pues bien, si su vida no puede ser ya muy larga, recuerde que antes de morir tiene alguna cuenta que ajustar con la Santa Sede.

La expresión de la voz y sobre todo aquella inesperada conclusión, lo dejó aturdido. Púsose serio, bajó la cabeza, estuvo un instante pensativo, después tomó la mano del Santo y estrechándosela, dijo: "Tiene usted razón, he pensado en ello; lo haré; le aseguro que lo haré; ¡y pronto!"

\* \* \*

Sentía un especial interés por los sacerdotes. Convencido de que un sacerdote jamás va al Paraíso o al infierno solo, cuando veía que alguno no respetaba su sagrado carácter, experimentaba por ello vivo dolor, y varias veces le vieron llorar por esta causa: hubiera querido ocultarlo a los ojos de todos. Varios de éstos le fueron recomendados por algunos Obispos y Vicarios Capitulares. Pródigo en ardiente caridad y respeto para con ellos, procuró rehabilitarlos, exhortándolos, celebrando con ellos largas conferencias y socorriéndolos pecuniariamente. Su celo obtuvo una gran recompensa, porque pudo reponerlos a casi todos en el honor sacerdotal perdido, ante Dios y ante los hombres. Aun algunos que habían caído en la herejía, hicieron edificante retractación.

¿Qué no hizo para promover las vocaciones eclesiásticas?

Tuvo toda su vida gran solicitud por dar a la Iglesia muchos y buenos sacerdotes. En malas condiciones estaba el Clero del Piamonte. Si la archidiócesis de Turín y las otras diócesis del Piamonte durante la clausura de Seminarios contaron con los sacerdotes necesarios para el sagrado ministerio, en su mayor parte lo deben al celo y a la caridad de Don Bosco. Abiertos de nuevo los Seminarios, pronto se llenaron con alumnos salesianos que, al presentarse a sus Obispos, podían afirmar con toda razón: "Hemos venido a trabajar por la salvación de las almas; Don Bosco es quien nos manda."

En 1883 se le oyó exclamar:

—¡Estoy contento! He encargado que se haga una minuciosa estadística, y se ha comprobado que más de dos mil sacerdotes han salido de nuestras casas y han ido a trabajar a diversas diócesis. Sean dadas rendidas gracias al Señor y a su Santísima Madre, que nos han proporcionado abundantemente los medios necesarios para hacer tanto bien.

Aquel cálculo no era exacto. Otros quinientos ingresaron en el Clero antes de su muerte; y otros muchos, cuya vocación había fomentado, escogieron por su herencia en la viña del Señor el sagrado ministerio después de la partida de Don Bosco de este mundo. Añádanse a éstos los que pasaron de las otras casas salesianas a los Seminarios y los muchos que, por su consejo, fueron a poblar las casas religiosas. No se olvide que le corresponde también el mérito de haber, por otros caminos, acrecentado con nuevas fuerzas las milicias católicas. Puede decirse que por su ejemplo, y tal vez debido a sus instancias y a su cooperación, se abrieron y se sostuvieron los Seminarios menores; no pocos Directores de éstos y de los Seminarios mayores, no sólo de Italia, sino también del extranjero, aprendieron de él la manera de cultivar a los alumnos con amorosa y paternal asistencia, mediante la piedad, y de un modo especial, con la frecuente comunión.

Alguien, que hizo estadísticas exactas, eleva a seis mil el número de sacerdotes que le debieron a Don Bosco el serlo.

## CAPÍTULO LXXVI

### El Oratorio y sus primeros alumnos

Como el granito de mostaza, el Oratorio de pequeñito se hizo gigante.

Con sus vastos edificios y sus patios, que resonaban con las alegres voces y cantos de numerosos niños, el Oratorio era la primera casa que la Virgen le había indicado en aquellos sueños o visiones, alentándolo para su misión; y aquella casa se sostenía, como hoy, con la ayuda providencial de la Virgen.

También había querido la Providencia que en sus principios fuera palestra-escuela de esa forma de Orden Terciaría, que es la Cooperación salesiana.

Resumamos unas páginas de Lemoyne en el tomo III de las Memorias Biográficas:

"Cuando al lado del Oratorio Festivo Don Bosco pudo organizar el Hogar, se hizo necesario el concurso de generosas cooperadoras que hicieron de madres a los huerfanitos. Margarita trabajaba mucho, muchísimo. Pero como no podía llegar a todo, María Auxiliadora le trajo ayudantas, como la Marquesa Fassati y doña Margarita Gastaldi y alguna otra dama de la Corte, y las dotó de un corazón tan grande, como era necesario para esa obra. Ellas proveían de ropa a los chiquillos, la hacían lavar, la remendaban. Cada mes cambiaban la lencería de las camas. Una de ellas pasaba revista todos los domingos a todos los niños para ver si se habían cambiado la ropa, si se habían lavado, peinado, cortado las

uñas y examinaba también las camas. No lo hubieran hecho mejor con sus propios hijos.

Y cuando alguno enfermaba, lo atendían como a sus propios hijos.

Desde el año 1847 el Oratorio tuvo su propio médico. Prestóse con gran cariño a serlo el doctor J. Vella, a quien Don Bosco guardó perpetua gratitud.

Este facultativo y algunos prohombres se prestaron también a enseñar Catecismo y dar algunas clases, y de diversas maneras colaboraban o cooperaban con Don Bosco en la educación de la juventud menesterosa. Por lo que alguien pudo decir con verdad que "los hijos del pueblo eran tratados como los hijos de los grandes señores". Son los milagros de la caridad.

El Oratorio era, y es, realmente la Casa de María Auxiliadora.

*Haec est domus mea!*... Don Bosco no se cansaba de repetirle a los alumnos exhortándolos a reflexionar sobre la grandeza del favor recibido, con sólo haber sido llamados.

A la luz y al calor de esta fe y de esta íntima gratitud, la vida que se hacía en el Oratorio era una vida de fervor, una continua aspiración al Cielo. Temor y amor de Dios, trabajo y estudio incansable y una santa alegría la hacían universalmente grata. Se realizaba así de la manera más hermosa el "*Servite Dómino in laetitia*"; y Don Bosco era el alma de esta vida.

—Hijos míos —solía repetir con San Felipe Neri—, jugad, saltad, divertíos cuanto queráis, con tal que no pequéis. Don Bosco es el hombre más bueno de este mundo, pero frente a la ofensa de Dios es inexorable.

En la sucesión de honestas y pacíficas diversiones, Don Bosco veía para los jóvenes un manantial de tranquilidad y de paz.

Siempre se le encontraba en medio de sus muchachos. "Con frecuencia, —recuerda Don Rúa— personajes distinguidos, al ir al Oratorio, atraídos por la fama de sus obras,

quedábanse maravillados en extremo, al verlo en medio de una multitud de niños, sentado con ellos y entreteniéndolos con edificantes narraciones, o cantando canciones sagradas."

Esto ocurría sobre todo en los primeros años del Oratorio. Crecido éste y después de organizado como colegio, todavía por muchos años, continuó el Santo siendo el alma de las diversiones. El que no lo ha visto, difícilmente podría formarse una idea de la vivacidad, de la alegría, de la animación que reinaba en los recreos. En el patio todo era correr y saltar; y como los alumnos sabían que el buen Padre siempre que podía tomaba parte en los recreos, de cuando en cuando miraban a su habitación, y al verlo aparecer sobre el antepecho, lanzaban gritos de gozo, y muchos acudían al pie de la escalera para esperarlo. Entonces el juego se animaba y con frecuencia acababa con un desafío general a correr. El último en que tomó parte ocurrió en 1866, cuando, a pesar de la hinchazón de las piernas, se le vio correr con tanta rapidez, que dejó atrás a más de quinientos jóvenes, entre los cuales había muchos de una agilidad no común.

Cuando era grande el número de jóvenes que lo rodeaban y no le era posible conversar con todos, solía proponer en alta voz problemas que daban lugar a vivas discusiones, hasta que él mismo resolvía la cuestión.

\* \* \*

Tanta alegría en los recreos hacía más explicable la seriedad y el recogimiento a que había acostumbrado a los alumnos en el cumplimiento de sus deberes en el estudio, en la clase y en el taller. Era sorprendente ver a doscientos, trescientos y después a más de quinientos alumnos estudiar en la misma sala en perfecto silencio. Rezado el "*Actiones*" (oración al Espíritu Santo) y el Avemaría, cada cabecita se inclinaba sobre los cuadernos y los libros, sin cuidarse de mirar quién entraba y quién salía. La aplicación era perfecta.

Don Bosco de cuando en cuando admitía a algún ilustre

huésped a contemplar aquel espectáculo, verdaderamente digno de admiración.

Un día se presentó el ministro inglés Lord Palmerston. Don Bosco se lo enseñó todo; quedóse grandemente impresionado y creció su maravilla cuando supo que en todo el año no se habían oído palabras de desorden ni había habido motivo para reñir o castigar.

—¿Cómo es posible obtener tanto silencio y tanta disciplina? —preguntó.

Y Don Bosco respondió:

—El medio que se usa entre nosotros no puede emplearse entre ustedes.

—¿Por qué?

—Porque son arcanos revelados solamente a los católicos.

—¿Cuáles?

—La frecuente Confesión y Comunión y la Misa cotidiana bien oída.

—Verdaderamente que debe de ser así; nosotros carecemos de esos poderosos medios de educación. ¿No puede suplirse con otros recursos?

—Difícilmente. Si no se emplean los medios sobrenaturales, hay que recurrir a las amenazas y al palo.

—¿Tiene usted razón! ¡Tiene usted razón! O Religión o palo! Lo referiré en Londres.

A la aplicación en el estudio correspondía el provecho en las clases, gracias a la ayuda paternal que prestaba a los maestros el Siervo de Dios. Increíble es el trabajo que tomó a su cargo e innumerables las dificultades que hubo de vencer.

Pero la gloria del Oratorio era su vida de fe, su firmeza en la piedad, su amor a las prácticas de la Religión. El vivir siempre ocupados, las funciones de iglesia conscientemente vividas, el estudio y el trabajo manual ejecutados por conciencia, la alegría y vivacidad en los recreos alejaban los pensamientos importunos y la morbosa melancolía de la mente y del corazón de los alumnos, predisponiéndolos a la aplicación, con deseos, en continua renovación, de cumplir con los deberes de la clase y del taller, hacían la vida agradable y creaban los hábitos que habían de informar la existencia toda. Una satisfacción íntima le llenaba al ver

este resultado; sistema que es base de la educación de la voluntad, mediante el cual, aun las almas tiernas recogen frutos maravillosos, cuando están avalorados por la gracia divina.

Don Bosco no exigía de los suyos prácticas extraordinarias; pero lo poco que pedía lo quería bien hecho; todos los días el rezo de las oraciones de la mañana y de la noche, la Santa Misa y la tercera parte del Rosario. En cuanto a la frecuencia de los Sacramentos, la recomendaba continuamente; grande y cotidiana la comodidad para recibirlos; pero ninguna obligación; la más amplia libertad. En ningún día del año, ni aun en las mayores solemnidades, se consideraba obligatorio confesar y comulgar. En materia de tanta importancia como ésta para la formación de la personalidad, brilló luminosísima la prudencia de Don Bosco.

Éste es el sistema que rige en el Oratorio, el mismo que después se extendió a todas las casas salesianas, donde Don Bosco ha prohibido también la comprobación pública, que quizás se observa todavía en algún sitio y que consiste en hacer salir para la Santa Comunión a los alumnos banco por banco, so pretexto de orden y disciplina. Esto le parecía una tentación fuerte y peligrosa de respeto humano casi al revés, que podría incluso coaccionar moralmente a algunos a acercarse a la Sagrada Mesa sin las debidas disposiciones, y, por consiguiente, un peligro para multiplicar los sacrilegios. Fruto de este método prudente y caritativo es una frecuencia, como mayor no se puede desear, en la recepción de los Santos Sacramentos.

“Así —atestigua el canónigo Balleio— gobernaba él nuestro querido Oratorio: con el santo temor de Dios, con el amor y con la eficacia del buen ejemplo. Quizás alguien llamará teocrático a este gobierno. Nosotros lo llamamos el gobierno de la persuasión y del amor, y el más conforme con la dignidad del hombre. No hay que decir cuán admirables eran los efectos de este régimen... ¡Cuántas veces personajes de la aristocracia de la ciudad llevaban a sus hijos al Oratorio a espejarse en los hijos del pueblo, convertidos por su piedad en no-

bles y grandes... Florecieron en el Oratorio dulces y hermosas virtudes: la inocencia, la sencillez, la felicidad cristiana, ni más ni menos que sucedió con Santo Domingo y San Francisco de Asís y sus discípulos en los albores de sus obras. Y esto que un profano llamaría leyenda, es historia, y muy verdadera.”

\* \* \*

Una vida tan alegre y serena, informada por el estudio continuo, el trabajo y la piedad, en un verdadero ambiente de familia, no tardó en encender en el corazón de los más generosos, un férvido deseo de no separarse de su bienhechor, para dispensar a otros estos mismos beneficios: que no hay mejor propaganda ni estímulo a la vocación que el ver cómo viven felices y apostólicamente activos los religiosos y los sacerdotes. El amor a Don Bosco y el atractivo de su santidad fueron los vínculos que espontáneamente ligaron a los primeros que formaron el generoso grupo de los que dieron su nombre a la Sociedad Salesiana, y que fueron moldeados por Don Bosco, poco a poco en la vida religiosa, con breves conferencias, que les daba después de las oraciones de la noche, porque durante el día faltaba tiempo para ello. Verdaderamente fue así; en las horas robadas al descanso y en la humilde habitación donde el Padre trabajaba, recibía y descansaba, un grupito de jóvenes educados por él, dio principio a la Sociedad Salesiana, haciendo los primeros votos temporales y perpetuos.

A la cabeza del generoso grupo estaba un digno sacerdote, Don Víctor Alasonatti, de Avigliana (1812-1865), del cual hemos hablado varias veces. Durante seis años fue el único sacerdote que tuvo Don Bosco a su lado, y por diez, su fiel y laborioso ayudante en la parte de la administración y de la disciplina, pues el famoso teólogo Borel no vivía en el Oratorio.

El afecto de Don Alasonatti a Don Bosco y al Oratorio fue providencial. Pero aún antes que el buen sacerdote de Avigliana conviviese con Don Bosco, Dios puso al lado de éste

al que, andando el tiempo, había de ser su primer sucesor, continuador y completador de su obra: Miguel Rúa, a quien ya conoce el lector.

Evidentemente el Señor había manifestado a Don Bosco la ayuda que Don Rúa debía prestarle.

En efecto, éste veinte años antes de ser nombrado Vicario de Don Bosco, empezó a compartir con él la dirección del Oratorio y por voluntad del Santo e imprescindibles exigencias de su método educativo, le sustituyó enteramente en algunas cosas. Don Bosco no quiso nunca hacer papeles severos; en medio de los suyos fue siempre “el padre”; y las cosas estrictamente disciplinarias las confió prudentemente a Don Rúa. Por eso el maestro y el discípulo obraban a medias, de tal modo, que en el Oratorio y en el gobierno de la Sociedad Don Bosco sin Don Rúa no hubiera podido ser realmente Don Bosco. Él mismo declara que no sabía qué dones pedir a Dios para su sucesor, porque veía que Don Rúa los poseía ya todos.

Con Don Rúa se habían agrupado en torno de Don Bosco otros corazones generosos, que debían ayudarle grandemente en el desarrollo de la Sociedad. El primero que debe mencionarse es el Cardenal Juan Cagliero. Ya lo conocemos: índole franca y jovial, de gran ingenio y corazón, en poco tiempo llegó a ser el alma de la santa alegría; orador de altura, granjeó la estima de muchos pueblos y Comunidades Religiosas. Gran músico y buen compositor, creó en el Oratorio aquella celeberrima escolanía que tanto entusiasmo suscitó en Italia y fuera de ella. En el Oratorio era el ídolo de todos, especialmente de los jóvenes más vivos, que lo tenían por amigo y confidente, y a los cuales hacía un bien inmenso. Jefe de la primera expedición de misioneros salesianos (1875), Vicario Apostólico de la Patagonia (1882), Obispo titular de Mágida (1884), Arzobispo titular de Sebaste (1904), Nuncio Apostólico, impulsó vigorosamente la expansión de la Obra de Don Bosco en la América Meridional y Central con rapidez y prudencia; dirigió la evangelización y civilización que se

llevó a cabo en pocos lustros en las regiones misionales de la República Argentina. Elevado a la Sagrada Púrpura en 1915, centenario del nacimiento de Don Bosco, acabó santamente su laboriosísima vida en Roma el 28 de febrero de 1926. Siempre sintió por Don Bosco profunda veneración y acendrado y filial afecto.

Otro hijo afectuosísimo de Don Bosco, cuyas virtudes jamás se cansó de predicar, es el sacerdote Don Juan Bautista Francesia. Fue contemporáneo y compañero del Cardenal Cagliero y el primero de los salesianos que se licenció en la Facultad de Letras. Poeta y literato, escritor inspirado y orador fácil, popular e interesante, vivió en el Oratorio en los tiempos más bellos de éste, del cual fue Prefecto de estudios, y adonde volvió, después de haber sido Director en Cherasco, Varazze y Valsálice, para alegrar con su afecto los últimos años del Siervo de Dios y enfervorizar a las nuevas generaciones con las narraciones de la edad heroica.

Digno de especial mención es también el genovés Don Juan Bautista Lemoyne (1839-1916), quien, ya sacerdote, se sintió llamado por una misteriosa voz a la Congregación de Don Bosco. Historiador nato, previendo muy pronto el gran porvenir reservado a la Sociedad, recogió con diligentísimo cuidado un gran caudal de memorias biográficas del Siervo de Dios, imprimiéndolas en edición privada y reservada, desde el nacimiento hasta la muerte del amado Padre. De esta fuente se sacaron los diecinueve tomos de *Memorie Biografiche*, cuyos nueve primeros tomos redactó también.

\* \* \*

Don Juan Bonetti fue a un tiempo martillo y corazón.

Otro digno discípulo de Don Bosco fue el doctor don Francisco Cerruti.

Su grata memoria vivirá perennemente entre los hijos de Don Bosco, no sólo por las obras literarias que publicó, sino por la veneración que tuvo siempre al Fundador, por la insis-

tencia con que inculcó su sistema educativo y por la actividad desplegada en dar a nuestras escuelas una organización definitiva, según la mente de Don Bosco, por el gran prestigio de que gozaba, entre nosotros y fuera de nuestras casas, que le permitió realizar un vasto trabajo de perfeccionamiento y de penetración: todo era fruto de grandes virtudes religiosas.

Atrás hemos dedicado un capítulo a delinear, aunque brevemente, la figura de los primeros ayudantes de Don Bosco, imitadores fieles del maestro en alguna de sus virtudes características, y todos llenos de gran afecto hacia él. Él se los había formado a su imagen y semejanza. A ellos se debe la progresiva realización de los sueños de Don Bosco, merced a la actuación de su programa de caridad y de cultura. Sus biografías merecen leerse y meditarse.

\* \* \*

También sería oportuno poner de manifiesto las dificultades que encontraron los primeros discípulos para no separarse del maestro, y las oposiciones y luchas increíbles que algunos sacerdotes y clérigos tuvieron que sostener por haber dado su nombre a la Sociedad Salesiana.

Don Pablo Álbera, natural de None Torinese (1845), viose expuesto a duras pruebas. ¡Cuántas cosas no le dijo su párroco! ¡Qué no hizo su Obispo para que dejase a Don Bosco y el Oratorio y se alistase en el clero diocesano! Una vez Monseñor Ferré, Obispo de Casalmoferrato, preguntó a Don Bosco si aquel alumno suyo había salido victorioso en medio de tantas oposiciones, y Don Bosco respondió:

—Don Álbera no sólo ha vencido esas dificultades, sino que vencerá otras y será mi segundo...

No concluyó la frase claramente, pero pasándose una mano por la frente, se quedó como absorto en una visión lejana, y después prosiguió:

—¡Oh, sí; Don Álbera nos ayudará mucho!

Esto sucedía en un almuerzo, y Don Felipe Rinaldi, seglar todavía, hallábase presente y entrevió lo que significaban esas palabras.

\* \* \*

A pesar de esto, no pocos de los favorecidos por Don Bosco y de los cuales podía haberse prometido valiosa ayuda en la Congregación, lo dejaron, aunque no lo abandonaron, pues habiéndose hecho sacerdotes diocesanos le conservaron perpetuo agradecimiento; pero la decisión y el afecto del grupo fiel lo compensó con usura.

Alegraba en verdad el Oratorio un grupo de almas santas que, circundando a Don Bosco, hacía más veneranda su figura. Entre los chicos, los había muy buenos, piadosos y fervorosos, como Domingo Savio, y puros como ángeles, a los cuales Don Bosco miraba y trataba con cierto temor ante la idea de su responsabilidad; y así procuraba que se conservasen humildes.

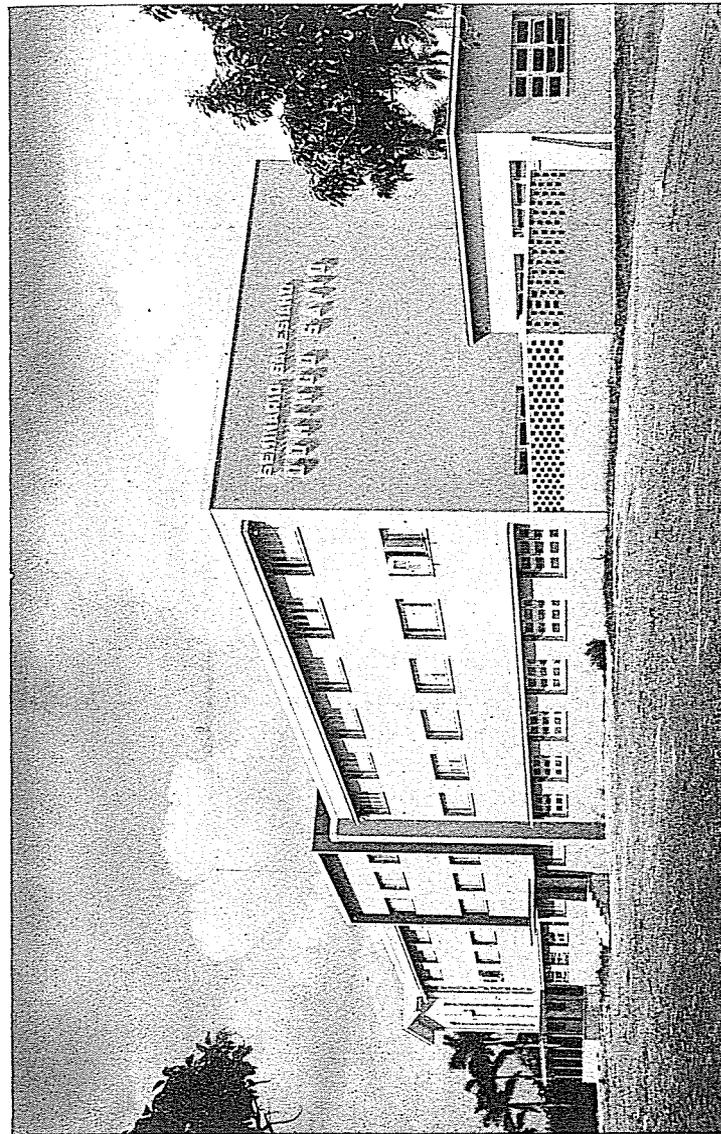
Varias veces el Señor habló a Don Bosco por boca de estas almas bellas. Un día que le preocupaba un negocio grave, al decir la Misa y en el momento de la elevación, se le presentó claramente el modo de resolver la dificultad. Vuelve a la sacristía, y el muchacho que le había ayudado en la Santa Misa, se le acerca y le dice:

—Don Bosco, siga usted la idea que se le ha ocurrido en el momento de la elevación; viene de Dios.

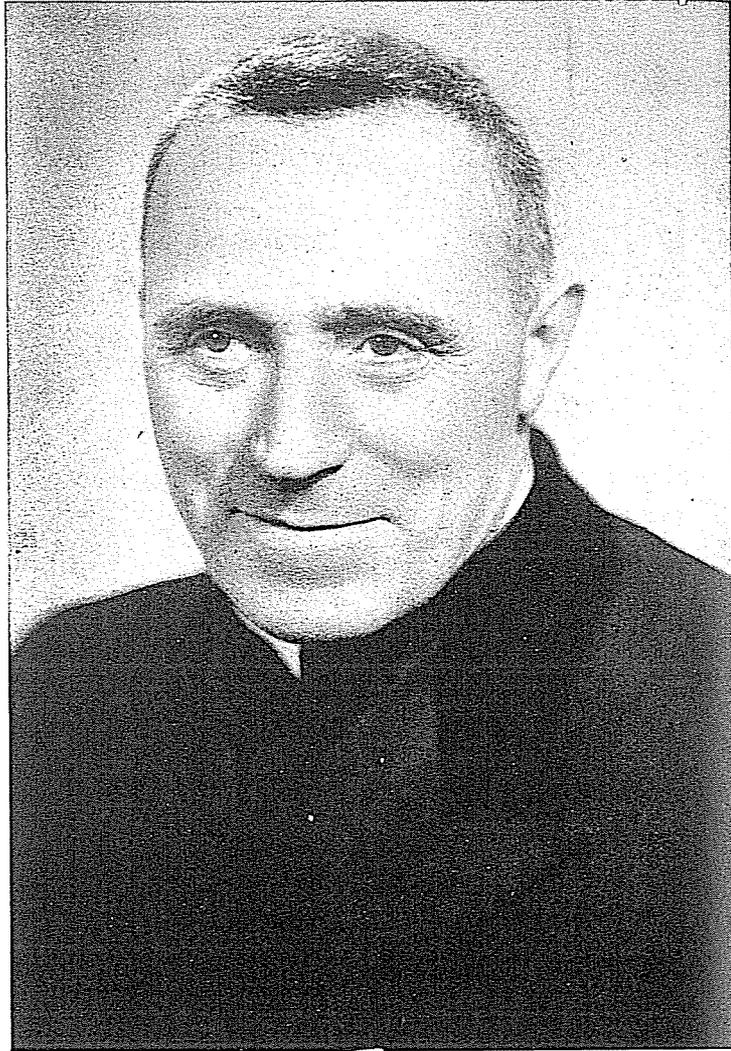
El Siervo de Dios quedóse como estupefacto. Al interrogar poco después al niño para precisar más lo ocurrido, le oyó decir:

—No recuerdo si le he dicho algo de eso esta mañana; no sé si he hablado con usted de eso después de la Misa.

Don Bosco refirió también de alguno de sus jóvenes que lo había visto levantado en el aire ante el Sagrario, en un raptó extático. Cuando refería estos hechos, añadía humildemente:



Arroyo Naranjo (Cuba). La casa del Aspirantado.



*El Rvdmo. Don Renato Ziggotti, actual Rector Mayor de la Sociedad Salesiana.*

—Don Bosco es un pobre sacerdote del montón; pero tiene muchos jovencitos que le procuran las simpatías de los buenos y las bendiciones de Dios.

Y se complacía en atribuir a la bondad y a las oraciones de los alumnos la prosperidad del Oratorio y todo el bien que él mismo hacía, y lo afirmaba con tanta convicción, que ordinariamente le hacía verter lágrimas.

Toda casa salesiana está llamada a ser como aquélla. El Oratorio es un paradigma.

## CAPÍTULO LXXVII

## El sistema educativo. Líneas generales

## I

La crónica del Oratorio dice que un día el Santo se expresó así: "El Señor me ha suscitado para los chicos; por eso es necesario que a ellos me consagre enteramente y conserve mi salud para ellos." Sus predilecciones fueron efectivamente para los niños y jóvenes, que por eso sintieron por él una atracción misteriosa e irresistible.

Cuando iba a la ciudad, todos los muchachos corrían hacia él con el corazón candoroso y sonrientes de alegría. El año 1853, el día de Todos los Santos, al volver con los internos de la visita al cementerio, junto a la Porta Palazzo, todos los limpiabotas, los vendedores de cerillas y los des-hollinadores que se encontraban en la plaza, al verlo, lanzaron un grito y volaron alegres a rodearlo.

También en los paseos y excursiones de otoño, los jovencitos de los pueblos por donde pasaban, que lo veían por primera vez, cautivados por su mirada y por la dulzura de sus modales, corrían en su busca como los niños de Palestina en torno de Jesús, y no acertaban a separarse de su lado. Algunos se agregaban a la caravana del Oratorio hasta el fin de la jira, y ya en Turín, no querían volver a sus casas.

Hasta en otros colegios no suyos despertaba su presencia sincero entusiasmo seguido de generosos propósitos. En Marsella, los pocos días que estuvo en un gran colegio, hicieron

el efecto de una tanda de Ejercicios Espirituales. Los niños de las familias principales eran también los primeros en saludarlo y en correr a su encuentro. Tal sucedió, por ejemplo, en el "Stanislás" de París.

Había en Turín un muchacho de gran talento, que iba a las escuelas públicas, se sometía difícilmente a la disciplina y descuidaba en absoluto sus deberes. El padre, al hablar de ello con varios amigos, enteróse de que había un sacerdote que había abierto un instituto de educación en Valdocco; pero como el lugar le pareció demasiado humilde, respondió que su hijo no se sometería a eso; mas el muchacho replicó vivamente:

—Papá, póngame usted allí y ya verá si estaré bien.

Por la noche el niño tuvo un sueño. Le pareció estar en un patio con papeles en la mano y ver a muchos jóvenes que aplaudían a un sacerdote que estaba sobre el antepecho de la ventana de una casa, y subían presurosos y alegres las escaleras para ir a besarle la mano. Mas el padre no se decidió aún hasta pasados algunos meses. El chico entró, pues, en el Oratorio, donde, sin pensar en el sueño, trataba de adaptarse a la vida del instituto, porque en realidad para él era bastante pobre. Todavía no había visto a Don Bosco, que estaba fuera de Turín. Un día el maestro le dio un fajo de papeles para llevarlos a otro Superior. Mientras bajaba las escaleras, oyó prolongados aplausos; corrió al patio, aplaudiendo y gritando él también "¡Viva Don Bosco!" Éste, de vuelta de su viaje, estaba ya sobre el antepecho, según el sueño. Vio además reproducirse todas las otras circunstancias: ¡el patio, la multitud de jóvenes, la casa idéntica, el mismo sacerdote y también a sí mismo: el muchacho con los papeles en la mano y el besar la del sacerdote. Y aquel beso fue una protesta de perpetuo afecto, como él mismo, después de muchos años, al referir el hecho, lo afirmaba conmovido.

\* \* \*

Un padre de familia, que se había hecho protestante para recibir los pocos cuartos con que en Turín se pagaban las apostasías, pretendía que su mujer y su hijo hicieran otro tanto. Por fortuna la mujer se mantenía firme en la fe católica, y también el hijo. Eran saboyanos. La pobrecilla lloraba y rezaba. El hijo tuvo un sueño. Parecióle que lo arrastraban al templo protestante y que en vano se resistía contra aquella violencia. Mientras estaba luchando así, se presentó un sacerdote que lo libró y se lo llevó consigo. Por la mañana refirió el sueño a su mamá, la cual no comprendió nada. Buscó todos los medios posibles para colocar a su hijo en algún colegio, porque el padre no quería desistir de su propósito. Por suerte suya encontróse con una persona que le aconsejó se presentase a Don Bosco en Valdocco. Fue allá con el muchacho un domingo por la mañana y al saber que era hora de función en la iglesia, entró en ella, cuando Don Bosco salía a celebrar. El niño, apenas lo vió, se puso a gritar como fuera de sí:

—*C'est lui, maman!, c'est lui même!... s'est lui même!* ¡Mamá, es él, es el mismo!

Había reconocido en Don Bosco al sacerdote del sueño. Al volver el Santo a la sacristía, el niño corrió a abrazar sus rodillas, diciéndole:

—¡Padre mío, sálveme!

Don Bosco lo aceptó, y el saboyanito estuvo varios años en el Oratorio.

\* \* \*

“Tendría yo quizás a la sazón unos diez años —dice un salesiano—. Hacía días que me preocupaba el pensamiento de mi porvenir, cuando durmiendo vi a un sacerdote en la puerta de un jardín magnífico. Me acerco a la cancela y el sacerdote me toma por un brazo y me invita dulcemente a entrar.

—Sé prudente —me dijo—; aquí pasarás bien tu vida.

Me hizo tanta impresión aquel sueño, que durante varios días viví más recogido y devoto y frecuenté la iglesia con más asiduidad. Cuando después fui al Oratorio, vi en aquél que me acogió paternalmente al sacerdote del sueño y comprendí muy pronto que el jardín que había soñado era la Sociedad Salesiana.”

“Me encontraba aún con mi familia —atestigua otro salesiano—, y tenía poco más de catorce años, cuando llegué a conocer a Don Bosco por medio del *Boletín Salesiano*. Leí con avidez los números que pude procurarme, y apenas distinguí el nombre del Santo, me sentí dominado

por un oculto sentimiento de irresistible simpatía. Volvía ansioso a leerlos y cada vez que encontraba su nombre no podía dejar de besarlos, mientras una voz interior me decía: “Será tu bienhechor.” Al punto me sentí movido a hacerme salesiano. Es verdad que resistí largo tiempo, pero al fin tuve que ceder; y cuando me presenté a él, sin conocerme, me recibió como a un antiguo conocido, nombrándome uno por uno a todos los de mi casa, y dándome una medalla para cada uno de ellos. Al fin me dijo sonriendo:

—No sólo te acepto a ti, sino que puedes escribir a tu madre, a tu hermano, a tu hermana y a tu tía, que si quieren venir, Don Bosco los acepta y los haremos a todos salesianos.

Don Bosco nunca me había visto y no podía de ningún modo conocer a mi familia.

\* \* \*

Pero no solamente era una misteriosa fascinación la que atraía a los jóvenes hacia Don Bosco; en su aspecto, en su mirada, en sus palabras, en todo su modo de obrar, se notaba algo de inefable, que subyugaba. “Hacia varios meses, hacia 1855 —refiere Don Rúa—, una partida de mozos holgazanes merodeaban en torno del Oratorio insultando a los que entraban y salían, y algunas veces tirando piedras y otros proyectiles a los transeúntes; especialmente en los días de fiesta arrojaban guijarros al patio de recreo, con grave riesgo de los muchachos que allí se recreaban. Don Bosco encontró un día a una docena de ellos que se divertían del modo indicado; detúvose junto a ellos y preguntóles amablemente por qué no iban a trabajar; respondieronle que ningún patrono los quería. Entonces los invitó a acompañarle, para proveerles de todo y enseñarles un oficio. Aceptaron la invitación; y así, Don Bosco, con su caridad, libró al Oratorio de las molestias de aquella cuadrilla y tuvo el consuelo de formar otros tantos buenos obreros; porque unos permanecieron allí seis meses, otros un año, algunos dos años y unos cuantos, cuatro o cinco; pero todos salieron después de haberse instruido en nuestra santa Religión y haber aprendido un medio honroso de ganarse la vida. Uno de ellos, después de muchos años, volvió de América, y la primera visita que

hizo fue al Oratorio, recordando con gratitud la caridad que Don Bosco había tenido con él y sus compañeros.

Otra vez se encontró en las cercanías del Oratorio con un muchacho con aspecto de pillo redomado. Saludóle sonriente el Siervo de Dios.

—Buenos días —respondió aquél, inclinando la cabeza.

El Santo se detuvo y le dijo:

—Me alegro mucho de haberte encontrado; tienes que hacerme un favor.

—Si puedo, con mucho gusto.

—Sí que puedes; vente a comer conmigo.

—¿Yo a comer con Don Bosco?

—Sí, tú; hoy estoy solo.

—Pero usted se equivoca; me ha tomado por otro.

—No, no... ¿no eres tú fulano?...

—Sí, señor.

—Pues ven.

—Pero, ¿va usted a molestarse por mí?

—Vamos, dejémonos de cumplidos... Es cosa decidida... ven.

—No me atrevo a ir así como estoy, con este traje tan sucio.

—No importa, no importa; estoy solo.

—Pero quizá... mi madre me está esperando...

—Le enviaremos un aviso.

El jovencito, obligado a ceder, comió con Don Bosco. Y desde aquel día cambió de vida y fue un hombre honrado.

\* \* \*

“Cuando un joven se le presentaba por primera vez —escribe el canónigo Balesio—, mientras con su habitual bondad le inspiraba respeto y confianza, con mirada escrutadora penetraba en su interior y adivinaba su natural, su inteligencia y su corazón. Era opinión general entre nosotros que esto era en Don Bosco un don connatural en él. Una vez

conocida la capacidad del alumno, se lo atraía dulce y fuertemente, y el alma del jovencito bajo tan experta mano, como dulce arpa daba suavísimos sonidos. Lo encendía con la noble llama que ardía en su pecho, y con la intimidad de un amigo, haciale partícipe de su gran misión. Así es que entre esos mismos hijos encontraba asistentes para los dormitorios, jefes de banco en el estudio, profesores y encargados del repaso en las clases.

¡Cuántas veces brotaban de los labios de Don Bosco estas palabras: “¡Alégrate! ¡Ánimo!” Y cuando las pronunciaba, tenían un efecto mágico. Disipaban la tristeza y aquel joven que poco antes se había presentado triste y hosco, se volvía radiante de alegría, y con el semblante iluminado de gozo corría presuroso a cumplir sus deberes.

Este admirable influjo, cuyo secreto poseyó Don Bosco, por haberlo aprendido de San Felipe Neri, hacía nuestra vida, aunque escasa de facilidades materiales, alegre, entusiasta y, para casi todos, de una dulzura inefable.”

En 1858, cuando fue por vez primera a Roma, el Cardenal Tosti lo invitó a dirigir algunas palabras a los jóvenes del Asilo de San Miguel, y tratando con Su Eminencia sobre el mejor sistema para educar a la juventud, expuso con toda franqueza al Cardenal que le disgustaba el sistema represivo que empleaban en aquel instituto, y así le dijo:

Es imposible educar a los jóvenes si éstos no tienen confianza en los Superiores.

—Mas, ¿cómo se puede ganar esta confianza? —le preguntó el Cardenal.

—Procurando que se acerquen a nosotros y suprimiendo todo motivo que los aleje.

—Pero, ¿cómo acercarlos a nosotros?

—Acercándonos nosotros a ellos, adaptándonos a sus gustos, haciéndonos semejantes a ellos. ¿Quiere que hagamos una prueba? Dígame Su Eminencia: ¿En qué parte de Roma podremos encontrar un buen número de muchachos?

—En la Plaza Términi... en la Plaza del Pópolo...

—Pues bien, vamos a la Plaza del Pópulo.

Dirigiéronse allá. Don Bosco bajó del carruaje y el Cardenal se puso a observar. Había allí, efectivamente, un grupo de jovencitos, al que Don Bosco trató de acercarse; pero los pilluelos, al ver un sacerdote, huyeron. Llamólos con buenas palabras; y ellos, después de vacilar un poco, se fueron acercando. Entonces los obsequió con algunas cosillas, les preguntó por sus familias, preguntóles a qué jugaban, los invitó a que lo atraparan y tomó parte con ellos en el juego. Otros jóvenes, que miraban de lejos, corrieron hacia aquel sacerdote, el cual los recibió amablemente y tuvo para todos ellos una buena palabrita y un regalito. Cuando se dispuso a marcharse, le siguieron hasta el carruaje. El Cardenal vio y comprendió.

“Para hacer el bien —acostumbraba decir— es necesario tener un poco de valor, estar dispuestos a sufrir cualquier mortificación, no molestar a nadie y ser siempre amables. Con este sistema se obtienen efectos magníficos, que cualquiera puede conseguir, siempre que tenga la franqueza y la dulzura de San Francisco de Sales.

—¿Cómo haremos, querido Don Bosco, para reunir algunas niñas y dar comienzo a nuestro Oratorio? —preguntaron las Hijas de María Auxiliadora que fueron de Mornese a Turín en 1876.

—La Virgen os las enviará; salid e id por las calles y seguramente que encontraréis niñas; acercaos a ellas y preguntadles su nombre, dadles una medalla de María Auxiliadora e invitadlas a que vayan a veros con otras compañeras. ¡Ya veréis!, ¡ya veréis!

“Los hechos confirmaron sus palabras —escribe Sor Elisa Roncallo—. Un paseo por la calle “Regina Margherita” nos proporcionó el encuentro con tres o cuatro niñas muy pobres; les ofrecimos una medallita, dos caramelos y alguna naranja que nos habían regalado. El primer domingo, ¡cosa inesperada!, fueron unas diez, el siguiente treinta. Continuó creciendo el número y dieron, con su correspondencia a nuestros

cuidados, abundantes frutos de bien.” Y éste fue el origen de la que hoy es Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora.

## II

Preguntaron una vez a Don Bosco, de propósito, qué método seguía para encaminar tan felizmente a los jovencitos por el camino de la virtud, y respondió:

—¡El Sistema Preventivo, la caridad!

Ensanchando el campo de investigación, anotaremos que el Rector del Seminario de Montpellier, recordando su visita al Seminario y las conversaciones con los seminaristas, en el año 1886 le escribió preguntándole su opinión sobre los métodos ascéticos y el modo de llevar las almas a la perfección; si era el de San Felipe Neri o el más sencillo de San Francisco de Sales, y le contestó: “El santo temor de Dios.” “Pero el santo temor de Dios no es más que el principio de la sabiduría, le replicó volviéndole a escribir el Rector del Seminario. Dígnese explicarme el secreto, a fin de que yo pueda aprovecharme en bien de los seminaristas.” Y el Santo, desahogándose con los suyos, decíales:

—Pero, ¡si yo mismo casi no lo sé! Siempre he ido adelante como el Señor me ha inspirado y las circunstancias lo han exigido (1).

Esto en cuanto a la ascética. Pero en cuanto a sistema y métodos propiamente educativos, vindicaba para sí el Sistema Preventivo, del cual dejó a sus hijos una verdadera legislación; y bien copiosa por cierto.

Las primeras inspiraciones se las infundió el Señor cuando todavía era de muy tierna edad. Tenía sólo cinco

(1) No sabemos por qué a este episodio se le han dado tantas explicaciones, algunas verdaderamente absurdas.

años, cuando decía a su madre que iba de propósito con ciertos compañeros para que estuviesen más quietos, para que fuesen más buenos y no dijese ciertas palabras; porque estando con ellos, lograba que hicieran lo que él quería y no riñesen; así es que, desde entonces, el reunir a los niños para hacerles bien, le había parecido la principal cosa que debía hacer sobre la Tierra.

La norma fundamental le vino de lo alto un poco más tarde. En la visión que tuvo a los nueve años, el Señor, que le ordenó se pusiera a la cabeza de aquella multitud de niños que se divertían malamente, dijo: "*No con golpes ni palabras duras, sino con la mansedumbre y la caridad, deberás ganarte a estos amigos tuyos.*" Fueron palabras que jamás olvidó.

Al dedicarse al apostolado entre la juventud, tomó estas resoluciones: *Hacer de modo que ni un niño siquiera se vaya descontento de nosotros.* Al contrario, hay que darle siempre algún regalillo, prometerle algo o decirle alguna palabra que lo anime a venir a saludarnos y a buscarnos. *Se deben cumplir siempre las promesas hechas a los niños o al menos dar alguna explicación de no haberlo hecho.* Para corregir con fruto *no se debe reprender a los niños en público, sino en privado. Trata de hacerte amar; así te harás obedecer con toda facilidad...*

La caridad era, pues, la inspiradora de todo.

En 1854, su método estaba ya bastante delineado.

Conversando por primera vez con el Ministro Urbano Rattazzi declaró que su método para educar era el preventivo y no el represivo.

—Aquí se procura infundir en el corazón de los niños el santo temor de Dios; se les inspira amor a la virtud y horror al vicio, con la enseñanza del Catecismo y con instrucciones morales apropiadas; se los dirige y se los mantiene en el camino del bien con oportunos y benévolos avisos, especialmente con las prácticas de piedad y de Religión. Además de

esto se los rodea en lo posible de una asistencia amorosa en los recreos, en la clase, en el trabajo; se los alienta con palabras de benevolencia, y apenas olvidan sus deberes, se les recuerdan con buenos modos y se los trae a mejor camino. En una palabra, se usan todas las industrias que sugiere la caridad cristiana, a fin de que practiquen el bien y huyan del mal, guiados por su conciencia iluminada y formada por la Religión.

Exhortó también al Ministro a que introdujese la Religión en los establecimientos penitenciarios, asegurándole que los guardianes casi no tendrían ya nada que hacer. El Ministro Rattazzi lo escuchó con interés, se convenció de la bondad del sistema y al año siguiente tuvo una prueba maravillosa.

Hoy el Sistema Preventivo de Don Bosco es el vigente en todos los Reformatorios del mundo; y, como ha sucedido con los de la Psicología Experimental, se ha extendido a todos los colegios y escuelas: empezando por lo anormal, cobija lo normal.

Varias veces fue invitado Don Bosco a expresar algunos pensamientos con respecto al llamado Sistema Preventivo, que se suele emplear en nuestras casas; pero por falta de tiempo no pudo satisfacer por escrito este deseo hasta 1877. En aquel año, memorable por causa de la convocación del primer Capítulo General de la Sociedad Salesiana, dio a la imprenta el REGLAMENTO PARA LAS CASAS SALESIANAS, precedido de una "breve idea sobre el Sistema Preventivo en la educación de la juventud". Esto, en su deseo, era "como el índice de una obrita que meditaba únicamente para ayudar en el difícil arte de la educación de la juventud".

La indicación, en efecto, es esquemática y se limita a explicar meramente "en qué consiste el Sistema Preventivo; por qué debe preferirse; su aplicación práctica y sus ventajas". La exposición detallada debía venir luego. Nunca tuvo tiempo de hacerla.

He aquí textualmente los puntos más salientes:

“Dos son los sistemas usados en todos los tiempos en la educación de la juventud: el preventivo y el represivo. El sistema represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos y después vigilar para conocer a los transgresores y aplicarles, cuando sea necesario, el castigo merecido. En este sistema las palabras y el aspecto del superior deben ser siempre severos y más bien amenazadores, y aun él mismo debe evitar toda familiaridad con los que dependen de él... Este sistema es fácil, menos trabajoso y sirve especialmente para el ejército y en general para las personas adultas y razonables, que por sí mismas deben saber y recordar lo que es conforme a las leyes y a las demás prescripciones.

Distinto, por no decir opuesto, es el sistema preventivo. Consiste en hacer conocer las prescripciones y los reglamentos de un instituto y vigilar después de modo que los alumnos estén siempre bajo la mirada vigilante del director o de los asistentes, que, como padres amorosos hablen, sirvan de guía en todos los casos, den consejos y corrijan amigablemente, que es lo mismo que decir: PONER A LOS ALUMNOS EN LA IMPOSIBILIDAD MORAL DE COMETER FALTAS.

Este sistema se apoya completamente en la Razón, en la Religión y en el Amor; por eso excluye todo castigo violento y procura alejar aun los castigos suaves.

El sistema represivo puede impedir un desorden, pero difícilmente hará mejores a los que han faltado; se ha observado que los jovencitos no olvidan los castigos recibidos y ordinariamente conservan de ellos un amargo recuerdo con deseo de sacudir el yugo y aun vengarse...

El sistema preventivo dispone y persuade de tal modo al alumno, que el educador puede siempre hablarle con el lenguaje del corazón, lo mismo durante la educación que después de ella. El educador, una vez ganado el corazón del educando, podrá ejercer sobre él un gran imperio, prevenirlo, aconsejarlo y también corregirlo, aun cuando se encuentre ya colocado en empleos, en cargos públicos o en el comercio.

Alguien dirá que este sistema es difícil en la práctica. Pero haré observar que para los alumnos resulta bastante más fácil, más satisfactorio y más ventajoso. El alumno estará siempre lleno de respeto para el educador y siempre recordará con gusto la educación recibida y considerará como padres y hermanos a sus maestros y a los superiores. Estos alumnos, adondequiera que vayan, son, por lo general, el consuelo de su familia, útiles ciudadanos y buenos cristianos.

Cualesquiera que sean el natural, la índole y el estado moral del alumno en la época de la admisión, los padres pueden vivir seguros de que su hijo no podrá empeorar; y se puede afirmar que siempre se obtendrá algún mejoramiento. Más todavía, ciertos niños que por mu-

cho tiempo fueron el azote de sus padres, y aun fueron rechazados en los correccionales, tratados después según estos principios, cambiaron de manera de ser, llevaron una vida arreglada y al presente ocupan puestos honrosos en la sociedad, convertidos así en sostén de su familia y ornamento del lugar donde viven. Los alumnos que, por desgracia, entraren con malos hábitos en un instituto de educación, no podrán perjudicar a sus compañeros. Tampoco los niños buenos podrán recibir daño de aquéllos, pues no tienen tiempo ni oportunidad, porque el asistente, a quien se supone siempre presente, pondría pronto remedio.

Por parte de los educadores, el sistema encierra algunas dificultades, las cuales, con todo, pueden disminuirse si el educador se dedica con celo a su misión. *El educador es una persona consagrada al bien de sus alumnos; por eso debe estar dispuesto a afrontar toda clase de molestias, toda clase de trabajos, para conseguir su objeto, que es la educación moral, científica y ciudadana de sus alumnos.*

Pongamos fin a este capítulo con un detalle importante. El sistema preventivo es la mejor demostración del celo sacerdotal del Santo. “Con su método educativo —dice Don Álbera en el proceso sobre la fama de santidad del Siervo de Dios— tuvo Don Bosco por objetivo poner a los alumnos en lo posible, en la imposibilidad de ofender a Dios. Solía decir: ¿Qué importa reprimir los desórdenes después que han ocurrido? ;YA SE HA OFENDIDO A DIOS!” Estas palabras explican también la misma inspiración del Sistema Preventivo: la fe vivificada por la Caridad.

## CAPÍTULO LXXVIII

## El sistema educativo. Aplicación práctica

## I

El sistema educativo respecto del cual Don Bosco escribió metódicamente pocas páginas, pero en compensación dejó un tesoro de consejos y ejemplos que valen más que cualquier tratado, es una de las más hermosas manifestaciones de la caridad, aplicada a la educación, y una de esas ideas madres de fecundidad incalculable, que dan frutos abundosos en todos los climas y en todas las estaciones, perpetuándose, aun inesperadamente, hasta los tiempos que la imaginación no alcanza. Su humilde confesión: "He ido adelante como el Señor me lo inspiraba y las circunstancias lo exigían", expresa que se dejaba guiar enteramente por la caridad de Jesucristo.

Ni en la magnitud de los vastos y numerosos hogares abiertos para los hijos del pueblo ni en las cantidades invertidas en educarlos gratuitamente, hay que buscar el exponente de su obra; sino en la manera con que se dirigió a los hijos del pueblo, en haber fraternizado con ellos para elevarlos a la dignidad de hijos de Dios. El apostolado al cual se dedicó no era nuevo en la Iglesia; pero el método sí era nuevo, y le fue inspirado únicamente por la caridad. Bien podía él hablar de su Sistema.

No es fácil exponer la teoría y la práctica de este sistema, porque es una "vida" y la vida es muy difícil definirla; porque

la tradición genuinamente salesiana, además de ser un conjunto de pequeñas reglas escrupulosamente vividas y observadas, forma un hábito de intuición hereditaria, que no es posible definir, pero que, en realidad, resuelve felizmente mil cosas imprevistas y libra de cuidados al educador en las dificultades más diversas. ¿Es esto una disposición individual una vez abrazada esta vocación? ¿Es el sentido práctico que brota espontáneo del ambiente? ¿Es la bendición perenne de María Auxiliadora o del Santo Don Bosco sobre sus hijos, que quieren seguir las huellas del Padre? No lo sabemos; por otra parte, no estamos escribiendo un tratado sobre el sistema educativo de Don Bosco, que esto ya lo hemos hecho en otros trabajos (1), sino diciendo, conforme a los hechos, cómo lo aplicó el Maestro.

Prácticamente el sistema se aplica de esta manera. El Director es el padre; los otros Superiores son otros tantos hermanos mayores; los alumnos son los hermanos menores. El afecto y la confianza que unen a los miembros de una familia ligan, por vocación y fácil correspondencia, a Superiores y alumnos, porque aquéllos educan paternalmente y éstos se sienten guiados por amor. Los medios son los más naturales y eficaces: la RAZÓN, la RELIGIÓN y el CARIÑO. Por eso los frutos son los más duraderos. Aunque vaya envejeciendo un padre, siempre es padre; un hermano, hermano. Para los alumnos de Don Bosco, los maestros, los educadores, siempre son padres y hermanos después de muchos años.

Dentro de esta concepción inspirada por la caridad, "el Director tiene la dirección de toda la marcha escolar, espiritual y material" del colegio; pero su autoridad es esencialmente paternal; los otros superiores, formando con él un solo corazón, dirigen y ejecutan las diversas actividades:

(1) *El Sistema educativo de Don Bosco...* SEI. Madrid. *La Pedagogía Social de Don Bosco*, Consejo de Investigaciones Científicas, Madrid.

religiosa, escolar, económica, y todos sin restricción trabajan por el aprovechamiento espiritual y material de los alumnos, pues para secundar la misión paternal del Director, Don Bosco quiso que compartiera su responsabilidad con un consejo compuesto de tres miembros: el Catequista, el Consejero Escolástico y el Prefecto. Se ha confiado al primero la intervención en las cosas espirituales, al Consejero Escolástico la inspección de los estudios y de las clases y al Prefecto la administración de la parte material y la disciplina general de los alumnos, y se le ha encargado, "de acuerdo con el Consejero Escolástico y con el Catequista", la supervigilancia de los maestros, de los jefes de taller y de los asistentes, para asegurar el exacto cumplimiento del Reglamento y la buena marcha de la casa.

Todos los superiores tienen su personalidad y responsabilidad en sus cargos, cada uno en su campo. Un maestro, por ejemplo, manda en su clase; fuera, más que maestro es un amigo de sus alumnos. Pero todos están obligados a ayudarse mutuamente y de modo fraternal; deben formar un solo corazón y una sola alma con el Director.

—¡Ay! —decía Don Bosco—, cuando en una casa se forman dos centros; serían como dos campos, como dos banderas que, si no son contrarias, están divididas al menos.

La jefatura de la casa debe estar a cargo del Director, como centro regulador y unitivo.

La recomendación constante de Don Bosco, tanto con el ejemplo como con la palabra, era: impedir la ofensa de Dios y procurar su gloria, aficionando a los jóvenes desde su más tierna edad a su santo servicio y ayudándolos a cumplir, dócil y generosamente, todos sus deberes. La caridad que ardía en su pecho le hacía repetir: ¡VIGILAD! Pero es una vigilancia paternal sin la más remota apariencia de espionaje ni de acrimonia: es ASISTENCIA.

Y daba el ejemplo. Cuando veía ciertos corrillos en donde presumía que se murmuraba o se tenían conversaciones algo inconvenientes, llamaba a uno de aquellos jóvenes y le decía:



ESCUDO DE LA CONGREGACIÓN SALESIANA

*La estrella radiante, el áncora, el corazón inflamado simbolizan las virtudes teológicas; la figura de San Francisco de Sales recuerda al Santo Patrono; las altas montañas, las cumbres de perfección a que debemos tender los socios; las palmas y el laurel son emblemas de vida sacrificada y virtuosa; el lema: "Da mihi animas, caetera tolle", el ideal con que debemos trabajar. El dibujo es del pintor Boidi.*



ESCUDO DEL INSTITUTO  
DE LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

*La paloma simboliza el Espíritu Santo, fuente de todo bien; María Auxiliadora, la Madre y Protectora del Instituto; la estrella, la fe; el áncora, la esperanza; el corazón ardiente, la caridad; el lirio, la pureza; la rosa, el amor de las almas. Lema: el mismo de los Salesianos.*

—Tengo necesidad de que me hagas un favor; toma la llave, ve a mi cuarto y busca en el estante tal libro y tráemelo.

Enviaba a otro a la portería a ver si había venido un forastero, a un tercero a buscar a un compañero, a un cuarto a llevarle un recado al Prefecto y a otros a hacer diversos recados; y los jóvenes, contentos de hacerle estos diversos recados y prestarle estos servicios, no se enteraban del fin con que los ocupaba, aunque los inteligentes acababan por comprenderlo, y se lo agradecían.

\* \* \*

Aficionadísimo a la gimnasia rítmica, alguna vez formaba de dos en dos a los muchachos, que se agrupaban en torno suyo; se hacía así una gran fila o columna, entonaba una canción en piemontés y echaba a andar con ellos; ya salía al aire libre, ya entraba en los pórticos, ora tomaba la derecha, ora la izquierda; bien subía las escaleras y pasaba por un corredor, bien bajaba por otra escalera; y al mismo tiempo marcaba el ritmo con las manos, o hacía con el brazo gestos en el aire, saltaba sobre un pie o doblaba las rodillas, y los muchachos tratando de imitarlo daban de cuando en cuando alguna voltereta. Los otros se quedaban observando entre risas y aplausos. De pronto Don Bosco daba el “alto” y podía observarse que las columnas formaban letras y frases como “¡Viva el Papa!” “María Auxiliadora”. Don Bosco era un gran maestro de gimnasia.

Algunas noches daba así con ellos muchas vueltas en torno de todas las pilastras de los pórticos, en los rincones apartados y más escondidos del patio y en los sitios adonde no llegaba la luz de los faroles; y así cantando y riendo, se aseguraba con sus propios ojos de que nada anormal ocurría. Aunque nadie lo advirtiese, improvisaba una patrulla exploradora.

Su pensamiento, su corazón, su mirada y su palabra se dirigían a todos y a todo. Decía a los maestros:

—Sed los primeros en encontraros en la clase y los últimos en salir de ella.

A los asistentes y prefectos de disciplina les repetía:

—Vigilad continuamente a los chicos en cualquier lugar en que se encuentren, poniéndolos en la imposibilidad de cometer faltas, especialmente por la noche después de la cena.

Pero él se reservaba el trabajo mayor. Hacía que los maestros y los asistentes le entregaran las notas semanales y mensuales de todos los alumnos, tanto las referentes a los estudios y al trabajo del taller como las de conducta. Había tantas listas como maestros, comprendidas también las de las escuelas nocturnas, las de los jefes de dormitorio y las del taller. Cada uno firmaba la lista que entregaba y no dejaban de anotar al margen algunas observaciones.

\* \* \*

#### *La historia de Don José.*

En noviembre de 1876 llegó al Oratorio un sacerdote recién ordenado, con el propósito de hacerse salesiano. Don Bosco lo aceptó y le hizo hacer su aspirantado allí mismo, como ayudante de Don Rúa. El domingo siguiente nuestro aspirante estaba encargado de una clase de Catecismo en una sección de alumnos. Estos eran ciento veinte; el aula, bastante capaz.

Se preparó muy bien académicamente: su exordio, tres puntos, uno que otro ejemplo, como hacía en la parroquia desde el púlpito. Los diez primeros minutos, muy bien. Luego el "auditorio" empezó a moverse, algunos charlaban por lo bajo; el "orador" lograba restablecer momentáneamente el silencio, mediante algún ejemplo; pero desde la media hora en adelante la charla de los muchachos era casi general. Terminó su clase como pudo, y enteramente desalentado y desconsolado, fue a desahogarse con Don Rúa.

—Vengo a un colegio pedagógico y no soy capaz de dar una clase ni siquiera como lo hago en mi parroquia.

—No se apure usted. Es un noviciado que pagan casi todos los nuevos. Es que todavía no conoce usted a los chicos. ¡Son más buenos...!

Y el sacerdote aspirante volvió a cobrar ánimos. La segunda clase fue un poco mejor; pero tampoco pudo llegar tranquilo al final.

Esta vez fue a desahogarse con Don Bosco. El Santo lo escuchó pacientemente y luego le respondió:

—Mire, Don José, todo esto cesará cuando usted y los chicos se hayan conocido.

—Pero, ¿cómo haré para conocerlos?

—Pues mezclarse con ellos, hablar con ellos... Vea, desde hoy váyase a la bomba cuando ellos vayan a merendar.

—¿A la bomba?

—Sí, a la bomba, y obsérvelos.

Llegó la merienda; los chicos con su "pañota" en la mano iban a la bomba y sacaban agua para beber. No extrañaron lo más mínimo la presencia de Don José, y mientras comían y bebían, hablaban de sus cosas: deberes de clase, notas y cuadernos, juegos, partidos y algún saludo al nuevo "asistente". A los pocos días había intimado con varios de ellos y hasta se aventuró a hablarles de sus clases de Catecismo.

—Es que la mayor parte no entendemos; además, sólo los que están en los primeros bancos le oyen bien...

Don José Vespignani —pues nada menos que él era el sacerdote aspirante— siguió yendo a la bomba y hablando con los chicos e interesándose en sus cosas, y... aprendió más pedagogía en esos días que si Froebel o Pestalozzi le hubieran dado un curso. Desde aquel día no sólo el Catecismo procedía a las mil maravillas, sino echó las bases de esa formidable ciencia pedagógica que luego desarrolló en Argentina y en Chile y difundió, puede decirse, en toda América, mediante sus maravillosas circulares.

\* \* \*

Además del registro oficial de las notas de conducta, Don Bosco tenía otro particular con los nombres de los alumnos, donde, cuando oía alguna observación, alguna falta leve, de aquellas que ponen en guardia a un hombre prudente, o alguna sospecha grave sobre la conducta de alguno, al lado del nombre ponía uno de los signos convencionales que él solo entendía y que especificaba la cualidad de la falta o defecto. Ocurría alguna vez que en un mes un solo nombre tenía diez o quince signos, que quizás indicaban la misma cosa. De cuando en cuando repasaba atentamente este registro. De cien jóvenes, noventa no tenían ningún signo, pero diez o doce tenían su nombre señalado varias veces; entonces dedicaba toda su atención a estos últimos, indagaba más detenidamente su conducta, los ponía bajo especial vigilan-

cia, se informaba de quiénes eran sus compañeros, los interrogaba y era muy difícil que sus pacientes cuidados no tuviesen éxito.

"Vigilad hoy, mañana y siempre", era su santo y seña. Quería que todos los alumnos tuviesen señalado con criterio preventivo su puesto en el estudio, en la iglesia, en el refectorio, en las clases y en el paseo. No permitía que ningún alumno tuviese dinero consigo, para evitar la ocasión de cometer una infinidad de faltas, fáciles de comprender. Al principio del año, los obligaba a presentar todos sus libros al Director, para eliminar y sustituir los malos y aun aquellos que, siendo en sí buenos o indiferentes, podían resultar peligrosos.

## II

Una vigilancia tan estrecha hubiera resultado pesada, y aun insoportable para cualesquiera jóvenes, si se hubiese limitado a comprobar e impedir infracciones del Reglamento y exigir la observancia de la disciplina; pero Don Bosco quería que esta vigilancia se les hiciera a los muchachos amable y agradable, por la persuasión que se formaba en ellos, de estar inspirada por la más sincera demostración de la más industriosa caridad, como la de una buena madre de familia que sólo busca el bien de sus hijos. Así, ellos mismos eran colaboradores de la disciplina, del orden y armonía de la casa, estando equipados en decurias y grupos responsables.

Como ya lo hemos indicado, Don Bosco solía recomendar a los salesianos ayuda recíproca; y la misma caridad recomendaba para con los alumnos y a éstos entre sí.

"Procuren todos hacerse amar, si quieren hacerse respetar" —escribe en el Reglamento para las Casas Salesianas, donde da prudentes normas para tratar con las diversas clases de niños. "Para los buenos basta una vigilancia general y la explicación de las reglas disciplinarias. Los de índole ordinaria algo voluble e inclinada a la indiferencia

tienen necesidad de breves, pero frecuentes recomendaciones, avisos y consejos. Es necesario alentarlos al trabajo, aun con pequeños premios, demostrando tener gran confianza en ellos, sin descuidar la vigilancia.

Pero los esfuerzos y los cuidados especiales deben dedicarse a los niños difíciles y aun malos. El número de éstos puede calcularse en uno por quince. Cada Superior haga lo posible por conocerlos, infórmese de su vida pasada (1), muéstrese amigo suyo y déjelos hablar mucho; pero él debe hablar poco y sus conversaciones deben ser ejemplos breves, máximas, episodios y cosas semejantes. No se los pierda nunca de vista, sin dar lugar por eso a que crean que se desconfía de ellos. Cuando hay que reprender a éstos, avisarlos o corregirlos, nunca se haga en presencia de los compañeros."

Verbalmente indicaba después como peligrosísimos tres clases de niños: los ladronzuelos, los de costumbres corrompidas y los despreocupados, a quienes les gusta ocultarse a los ojos de los superiores, alejándose fácilmente de los lugares a donde los llama el horario. Y añadía, además, que no hay que fiarse de la apariencia de timidez o de índole solitaria, o ligereza o ingenuidad. Estos tales saben fingir y fácilmente encontrarán quien los eche a perder. "Recordad bien que estos individuos son peligrosísimos."

\* \* \*

Tiene también otra página que rebosa de solicitud personal y de aquel espíritu de fe en el cual quería que estuviesen inspiradas todas las acciones de los suyos; y es la dedicada a los maestros de las clases. Les recomienda la puntualidad para encontrarse en la clase, cuidadosa preparación de las lecciones, imparcialidad con los alumnos, solicitud especial para los menos inteligentes y los negligentes; prohíbe que por castigo se eche fuera de la clase a un alumno; y añade otras muchas normas prudentes, entre las cuales es importante ésta:

(1) Este es hoy canon de la Psicopedagogía moderna.

"El maestro tendrá cuidado de deducir de los clásicos sagrados y profanos, y demás asignaturas, consecuencias normativas cuando la oportunidad de la materia presente la ocasión; pero con pocas palabras y sin afectación ninguna. Cuando haya alguna novena o solemnidad, diga alguna palabra de aliento, pero con toda brevedad; y... si se puede, con algún ejemplo. En las clases de Humanidades (Bachillerato), una vez por semana se debe dar una lección sobre un texto latino de autor cristiano."

Es decir, observar y enseñar a observar.

No menos prácticos y paternales eran los medios o las santas industrias que usaba y aconsejaba para su aplicación. Indicaremos sólo las principales por el orden con que él mismo las compendia en estas palabras: "El sistema se apoya enteramente en la razón, en la religión y en el cariño ("amoveleza")."

1.º Lo que dice la razón.

Primero: Procure el Director que se conozcan bien las reglas, los premios y los castigos señalados por las leyes de la disciplina, a fin de que el alumno no pueda excusarse diciendo: No sabía que esto estaba mandado o prohibido. Por ello, al principio del año escolar, estando presente el personal directivo y docente, léase en público el Reglamento, comprendida la parte que determina los cargos de los Superiores, para que los alumnos comprendan que aquéllos también están sujetos al Reglamento y no obran a su arbitrio, sino que cumplen su deber cuando exigen su cumplimiento."

Interesaba tanto a Don Bosco la observancia del Reglamento, que deseaba se anotasen en un cuaderno a propósito (el "cuaderno de la experiencia") todas las variaciones que imponían las circunstancias, para saber regularse y orillar los inconvenientes, porque él no era inflexible, sino que sabía acomodarse admirablemente a las exigencias de tiempo y lugar y precisamente porque su amor al Reglamento y a la vida que éste garantiza era grandísimo; temblaba al pensar en la posibilidad de que llegara un día en que la disciplina de un colegio se cifrara en la frialdad de un reglamento. El Reglamento es un auxilio, una norma, una vía y una *vida*.

Como tal, tiene perennidad y espíritu de adaptación. Nada más fijo y al mismo tiempo más flexible y racionalmente adaptable que el Reglamento de Don Bosco.

Quería que a su tiempo y en su lugar se repitiesen a los alumnos las prescripciones del Reglamento con cristiana bondad y paciencia inalterables. "Hay que repetir —decía— las cosas a los jóvenes cien veces, y aún no basta; de aquí la necesidad del método preventivo" (1). La llamada al cumplimiento del deber ha de ser continua, siempre paciente, y, si es posible, en forma nueva, es decir, inesperada, para hacerla más eficaz. Prevenir, en el sistema de Don Bosco, no quiere decir solamente impedir el mal o castigarlo, sino que significa "poner al alumno en la imposibilidad moral de cometerlo, exigiéndole con amabilidad el cumplimiento del deber. Por eso dispuso que al comenzar el curso se leyera y comentara solemnemente el Reglamento; que todos los domingos o en otro día de la semana, bien el prefecto, bien el consejero escolástico, volviesen a leer algunos artículos del mismo Reglamento "con breves y convenientes reflexiones morales, con alguna exhortación paternal, que sirva de estímulo a los alumnos para avanzar en el estudio y en la piedad".

Además de los avisos colectivos, recomendaba que se repitieran los avisos privados, que, si para algunos jovencitos son indispensables, para todos son fructuosos.

"El alumno caritativamente advertido no queda desanimado por las faltas cometidas, como sucede cuando (en son de acusación) se delatan al Superior. No se encoleriza por la corrección impuesta, ni aun por el mismo castigo, porque en ello siempre ve un aviso amistoso y preventivo que lo hace razonar y ordinariamente consigue ganarle el corazón, de modo que el alumno conoce la necesidad del castigo y casi lo desea.

La razón más importante del sistema es la movilidad juvenil, que en un momento olvida las reglas disciplinarias y los castigos que les

(1) ¡Cuánta psicología en estas palabras, que al fin no son más que una comprobación fenomínica de la edad evolutiva!

corresponden. Por ese motivo un niño se hace (disciplinariamente) culpable y con frecuencia merecedor de un castigo en que no había pensado, que no recordaba cuando cometió la falta y que habría evitado si una voz amiga se lo hubiese advertido."

En segundo lugar, insistía en "la necesidad de hacerse cargo de lo que son los jóvenes", para comprender que necesitan de libre expansión y que hay que secundar esta propensión con santa largueza. "Debe dárseles amplia libertad de saltar, correr y alborotar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro y los paseos son medios eficacísimos para obtener la disciplina y favorecer la moralidad y la salud. Cuidese tan sólo de que la materia del pasatiempo, las personas que intervengan y las conversaciones no sean reprehensibles. Haced todo lo que queráis —decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri—; a mí me basta que no pequéis."

No le agradaban los juegos que exigen mucho trabajo mental; por eso prohibía en los recreos ordinarios el juego de cartas, el de damas y el de ajedrez. "La mente —decía— necesita reposo." No quería bancos ni sillas en el patio y le gustaban los recreos ruidosos y animados en los cuales los jóvenes enriquecen la sangre con provecho del alma y del cuerpo, sin señalarles otros límites que los de la higiene y la decencia. Los Superiores, siguiendo su ejemplo, tomaban parte en los recreos de los alumnos, ganándose más y más su corazón y favoreciendo así aquella comunidad de ideas y de afectos, destinada a durar no sólo un día, sino a perpetuarse felizmente. En el sistema de Don Bosco, el colegio reproduce, en cuanto es posible, la vida de familia; ya se sabe que los lazos familiares son los más duraderos. El patio de recreo es para él un laboratorio de experimentación, tanto más eficaz cuanto más espontáneo.

Como consecuencia de esto, resulta la discreción paternal en los castigos. Don Bosco prohibía severamente golpear de cualquier modo que fuese, poner de rodillas, con postura dolorosa, tirar de las orejas y otros castigos semejantes. Éstos

"se deben evitar del todo, porque están prohibidos por las leyes civiles, irritan mucho a los chicos y rebajan la dignidad del educador".

### III

Decía insistentemente: "No golpeéis nunca a los niños por ningún motivo. No debe tolerarse la inmoralidad, la blasfemia ni el hurto.

Cuando se trata de faltas leves, hay que considerar el poco juicio de la niñez. Antes de imponer un castigo cualquiera, hay que examinar el grado de culpabilidad del alumno, y si basta la admonición, no debe llegarse a la reprensión; y si ésta es suficiente, no hay que pasar más adelante.

No debe castigarse nunca ni de palabra ni de obra, cuando el ánimo está agitado. Hay que usar de castigos negativos y siempre de manera que los que han sido advertidos o reprendidos nunca se retiren amargados de nosotros. Cuando un niño se muestre arrepentido de la falta cometida, perdonarlo fácilmente, en especial si se trata de una ofensa personal; perdonarlo de corazón, y en este caso, olvidarlo todo. Si queréis obtener mucho de vuestros alumnos, no os mostréis ofendidos nunca contra ninguno. Tolerad sus defectos, corregidlos y olvidadlos. Nadie debe decir nunca al que haya desobedecido, respondido mal o faltado de cualquiera manera al respeto: "¡Me las pagarás!" Éste no es lenguaje de cristianos.

No debe castigarse a una clase o a un dormitorio entero, sino que debe procurarse descubrir a los autores del desorden y si es preciso, aléjeselos de la casa; es necesario separar la causa de los buenos de la de los malos, los cuales son siempre pocos; no sea que, por causa de unos pocos, tengan que sufrir muchos.

Tampoco se omita decir a los culpables alguna palabra de aliento, para facilitar su arrepentimiento y para que entren en el buen camino."

\* \* \*

El pensamiento de Don Bosco sobre los castigos está condensado en estas palabras:

“Procure el educador hacerse amar de sus alumnos si quiere que le respeten. La supresión del habitual cariño es un castigo que excita la emulación, da valor y nunca deprime.

Para los chicos es castigo lo que se hace servir de castigo. Se ha observado que una mirada falta de cariño ha producido más efecto que una bofetada. La alabanza cuando algo está bien hecho y la reprehensión cuándo se ha obrado con negligencia, ya es un premio o un castigo.

Exceptuados muy raros casos, las correcciones y los castigos no se den nunca en público, sino privadamente, y lejos de los compañeros, usando para ello de la mayor prudencia y paciencia, a fin de conseguir que el alumno comprenda su falta por medio de la razón y de la Religión.

No debe castigarse nunca por faltas de simple inadvertencia, ni muy a menudo.

*Ved cómo el Señor nos tolera; si nos castigase por cualquier falta, seríamos muy desgraciados.*”

Cierta noche, después de las oraciones, los alumnos, inquietos por la disipación de las vacaciones, no guardaban silencio como debían. Don Bosco subió a la tribuna, y después de haber esperado un poco, exclamó de pronto con calma: “¿Sabéis que no estoy contento de vosotros?” Y los envió a dormir sin darles las “Buenas noches” ni permitir que le besasen la mano. Éste fue el mayor castigo que pudo imponerles y no fue necesario ningún otro. Desde aquel día ya no hizo falta tocar la campanilla que reclamaba al orden y se temblaba ante la sola idea de que se repitiese aquel castigo.

“Hagamos todo lo que podamos —repetía Don Bosco— y el Señor hará lo demás..”

En muchos casos, para un maestro de fe, la oración es más eficaz que un aviso, una reprehensión y aun un castigo.

Por eso recomendaba que se rezara por los alumnos, y si alguno se quejaba de no ser correspondido, lo miraba con paternal bondad y le preguntaba: “Pero, ¿tú rezas por tus alumnos?”

2.º En el sistema de Don Bosco, la mina más rica de recursos educativos es la Religión.

“La confesión y la comunión frecuentes y la Misa cotidiana son las columnas que deben sostener un edificio educativo, del cual se quieren alejar la amenaza y el castigo. No hay que obligar a los jovencitos a la frecuencia de los Santos Sacramentos, sino solamente ofrecerles comodidad para aprovecharse de ellos. En las ocasiones de Ejercicios Espirituales, triduos, novenas, predicaciones e instrucciones catequísticas, debe hacerse resaltar la belleza, la grandeza, la santidad de aquella Religión que propone medios tan fáciles y tan útiles a la sociedad civil, a la tranquilidad del corazón y a la salvación del alma, como son precisamente los Santos Sacramentos. De este modo se aficionarán espontáneamente los alumnos a estas prácticas de piedad y se acercarán a los Santos Sacramentos con gusto y provecho.

Las casas de educación en que se descuida la frecuencia de los Santos Sacramentos, no pueden prosperar.”

El secreto del éxito del Sistema Preventivo está ahí; donde se fomenta la frecuencia de los sacramentos no podrán arraigarse los desórdenes.

Don Bosco quería que las oraciones de la noche se recitasen en común, en alta voz y no siempre en la capilla, sino en los pórticos durante el verano; en invierno en un salón, ya para que los jovencitos se habituasen a arrodillarse cuando no estuviesen en el colegio, ya para hablarles con más libertad en las “Buenas noches”. Una vez rezadas las oraciones, exigía silencio perfecto hasta la mañana siguiente después de la Misa, considerándolo necesario para que la reflexión produjera todo el fruto deseado con las oraciones de la noche y la mañana, con las “Buenas noches” y la lectura-meditación.

Además de las oraciones en común, recomendaba otras para hacerlas individualmente, como una visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima, para educar en la piedad de un modo más íntimo la conciencia de los jóvenes.

Para formar el corazón de los niños en el sentimiento cristiano, empleaba constante y abundantemente la lectura. Además de la que se acostumbraba hacer en la iglesia después de la Misa y antes de la bendición eucarística, se leía también durante una parte de la comida, en el estudio y en el dormitorio mientras los alumnos se acostaban. Es incalculable la utilidad de este recurso educativo, cuando los libros están bien escogidos.

\* \* \*

Además de las prácticas de piedad diarias, prescribía otras periódicamente con prudente y paternal insistencia; así, las pláticas religiosas de los días de fiesta, el triduo de predicación al principio del año escolar; la breve tanda de Ejercicios Espirituales por Pascua (1), el Ejercicio mensual de la Buena Muerte y la solemne celebración de las fiestas principales del año litúrgico.

Quería que la predicación se adaptase a la inteligencia de los jovencitos: sencilla, breve e ilustrada con apólogos y ejemplos a propósito para esculpir en su alma la verdad inculcada, y que las pláticas no duraran más de veinte o veinticinco minutos. Su modo de predicar era tan práctico, que frecuentemente dialogaba durante la predicación ya con uno ya con otro de los muchachos, para cerciorarse de que le habían entendido y para mejor grabar la doctrina.

Daba tanta importancia a la impresión que deja en la memoria un ejemplo edificante, que en ocasión de triduos y novenas, y durante el mes de María, insistía con todos los Superiores, desde el Director hasta el último clérigo, para que refiriesen alguno durante los recreos.

En cuanto al Ejercicio de la Buena muerte, declaraba

(1) Tres días completos, fuera de la introducción y los "Recuerdos".

que "estaba seguro de la salvación de un alma que todos los meses se acerca a los Santos Sacramentos y ajusta las cosas de su conciencia como si de hecho debiera partir para la eternidad". Don Rúa recordaba con devota admiración que el año de 1850, en la primera tanda de Ejercicios Espirituales que organizó para sus alumnos en el Seminario de Giaveno, dio estos tres recuerdos: "1.º, hacer el Ejercicio de la Buena Muerte; 2.º, hacer *todos los meses* el Ejercicio de la Buena Muerte; 3.º, hacer *bien todos los meses* el Ejercicio de la Buena Muerte". Así, "los jóvenes de Don Bosco—decía el teólogo Balesio—, en la primavera de su vida meditando sobre la muerte aprenden a vivir bien".

¿Quién no conoce el esplendor con que Don Bosco quería que se celebrasen las fiestas principales? Recomendaba a los maestros y profesores que la víspera las anunciaran a los escolares exhortándolos a celebrarlas bien, y de un modo particular, con una buena confesión y una fervorosa comunión, porque—dice Don Cerruti—"es notorio que él no concebía una buena fiesta sin ambos sacramentos". Todos contribuían al decoro de las fiestas: la schola cantórum, la banda y la clase de declamación. Dicha serena y grande brillaba en el semblante de todos los alumnos, bien vestidos y orgullosos de ostentar grandes insignias en el pecho según eran las Compañías o Asociaciones a las cuales pertenecían. Las Compañías de San Luis, de San José, del Clero Juvenil y de la Inmaculada eran otro poderoso medio del cual se servía para mantener vivo el fervor de la piedad y el espíritu de emulación. Por esto quería que las hubiese en todas las casas. "Nadie tenga reparo en hablar de ellas, en recomendarlas, favorecerlas y exponer su objetivo, su origen, sus indulgencias y otras ventajas que de ellas pueden conseguirse. Yo creo que estas asociaciones pueden llamarse llave de la piedad, conservatorio de la moral y sostén de las vocaciones eclesiásticas y religiosas." En efecto, son minas de activismo.

Otra hermosa costumbre está prescrita en el Reglamento para la Casas Salesianas con estas palabras: "Todas las no-

ches, después de las oraciones acostumbradas y antes de que los alumnos vayan a descansar, el Director o quien él designe, dirija en público algunas palabras afectuosas, haciendo alguna advertencia o dando consejos acerca de cosas que deban hacerse o evitarse; y procure deducir máximas oportunas de los hechos ocurridos durante el día en el colegio o fuera de él; pero ordinariamente su plática no debe durar más de dos o tres minutos. Ésta es la clave de la moralidad, de la buena marcha y del buen éxito de la educación." En esto consiste la práctica de las "Buenas noches".

Para comprender lo que era este sermoncito de la noche en la boca del Santo, hay que tener presente la divina eficacia de su palabra y la facilidad que tenía para dar alcance místico a cualquier asunto que trataba. Era de una variedad sorprendente; su palabra nunca producía cansancio o desagrado. En aquellos momentos su actitud decía claramente: "Todo lo que hago no tiene otro fin que conseguir salvaros eternamente; todo lo que soporto de trabajo y fatiga, todo es por vuestras almas. ¡Oh, hijos míos, escuchad los preceptos de vuestro padre y obrad así para salvaros!"

#### IV

3.ª Tercera fuente de recursos educativos, también inagotable, era para Don Bosco la AFABILIDAD ("amorevolezza").

El 10 de agosto de 1885, acercándose el tiempo de los Ejercicios Espirituales, escribía a Don Costamagna, Inspector de los Institutos Salesianos de la Argentina:

"Quisiera predicar a todos, o mejor, darles una conferencia sobre el espíritu salesiano que debe animar y guiar nuestros actos y todas nuestras conversaciones. *El Sistema Preventivo debe ser nuestro sistema propio*. Nada de castigos penosos, ni palabras humillantes, ni reprensiones severas en presencia de los demás. En las clases deben resonar palabras que indiquen dulzura, caridad y paciencia. Nada de palabras mordaces, ni un bofetón fuerte o ligero. Se deben usar castigos

negativos, y siempre de manera que los que sean reprendidos queden más amigos que antes, y que nunca se alejen resentidos de nuestro lado. LA DULZURA EN EL HABLAR, EN EL OBRAR Y EN EL REPRENDER LO GANA TODO Y A TODOS."

"Para tener buen éxito con los niños —decía el 19 de julio de 1880 a un grupo de antiguos alumnos, casi todos sacerdotes— cuidad mucho de usar buenos modales con ellos; haceos amar y no temer; demostradles y convencedlos de que deseáis la salvación de su alma, corregid con paciencia y caridad sus defectos, sobre todo absteneos de golpearlos; en una palabra, haced de modo que, cuando os vean, corran a rodearos y no huyan como se hace desgraciadamente en algunos pueblos; y la mayor parte de las veces tienen razón, porque temen los golpes. Quizás creáis que, para algunos, vuestros trabajos son perdidos y vuestros sudores, inútiles. Por el momento puede que así sea; pero no lo será siempre, ni aun con aquellos que os parezcan más indóciles. Las buenas máximas de que se habrán embebido *opportune et importune*, y las muestras de afecto que les hayáis dado, les habrán quedado impresas en la mente y en el corazón. Tiempo vendrá en que la buena semilla germinará, dará flores y producirá frutos."

En la misma ocasión de que hablamos, refirió el caso de un militar, alumno del Oratorio desde 1847 a 1849, bastante revoltoso y reacio a la disciplina, que fue a buscarle al cabo de treinta años y acabó por arrojarse a sus pies para confesarse. "Antes de separarme de él —proseguía Don Bosco— le pregunté:

—¿Por qué me has pedido que te confiese?

¿Sabéis lo que me respondió? Oído:

—La vista de Don Bosco me recordó las cosas que había hecho para atraerme al bien, me trajo a la mente las palabras que me decía al oído, el deseo de mi bien que demostraba y las invitaciones que me hacía para que fuese a confesarme; y estos recuerdos me han despertado el deseo e inducido a visitarlo y a confesarme."

## V

“¿Por qué hemos de desanimarnos y desalentarnos cuando en la educación de los niños no nos veamos inmediatamente correspondidos? Sembremos, y después imitemos al agricultor, que espera con paciencia el tiempo de la cosecha. Pero os lo repito, no olvidéis jamás la dulzura en las maneras; ganaos los corazones de los chicos por medio del amor; recordad siempre la máxima de San Francisco de Sales: Se pillan más moscas con una cucharada de miel que con un barril de vinagre.”

Una prueba espléndida del interés por dar variedad a la vida estudiantil son ciertas diversiones extraordinarias, como por ejemplo las excursiones (a veces bastante largas), que constituyen ya una tradición en el Oratorio y en los otros institutos salesianos; el paseo, llamado en Piamonte de las castañas, después del triduo para la apertura del curso escolar y “el paseo largo” de mitad de año, que dura todo el día.

Además, se fomentan regularmente las audiciones y ensayos musicales, la gimnasia y la declamación, con el fin de entrenar a los alumnos y hacerles más atractiva la vida del colegio y prepararlos para el mañana. Suma importancia tiene el mantener viva e interesada la actividad del muchacho.

*“A los jóvenes —decía— es necesario tenerlos siempre ocupados. Lo exige su natural, que es de actividad permanente. Si no los ocupamos nosotros, fácil es que los ocupe el demonio. Además de la clase regular, conviene darles otras, tales como las de música, canto y declamación. Así se ejercita útilmente su actividad. Si no los ocupamos nosotros, se ocuparán ellos mismos, y ciertamente en ideas y cosas menos buenas.”*

Le gustaba mucho iniciarlos en el estudio de la música, pues la juzgaba indispensable para toda casa de educación y especialmente para los Oratorios Festivos. Para él “un Oratorio, un colegio sin música es un cuerpo sin alma”.

No omitía nada de lo que podía servir para el entretenimiento y sano desarrollo del cuerpo y para la educación y alivio del espíritu y el corazón. Varias veces al año, especialmente desde la Epifanía a la Cuaresma, hacía representar obras morales en el teatro. “El teatro —dice el Reglamento— utilizado según las reglas de la Moral cristiana, puede ser de gran provecho si no se busca otra cosa que alegrar, educar, instruir moralmente a los jóvenes lo mejor que se pueda.”

“La caridad le sugería tantas santas industrias para ganar almas a Dios, que hablar de todas ellas y de la paciencia que demostró en esta gran obra —afirma Monseñor Bertagna—, sería sumamente difícil. Fueron muchas y por encima de todo elogio.”

El día de su Santo, en 1855, para dar una prueba de afecto a sus hijos, y al mismo tiempo para conocer el natural de ellos, dijo a todos que le pidieran particularmente, de palabra o por escrito, un regalo cualquiera, prometiendo contentarlos en los límites de lo posible. Hay que imaginar las variadas y aun extravagantes peticiones de unos y otros. Atendió todas las peticiones razonables, aunque algunas fueron costosas, como regalo de libros, de trajes, condonación de la pensión, y así de lo demás. “Yo —decía un alumno— tuve una prueba de la extraordinaria bondad de su corazón. Necesitaba un traje talar nuevo (era seminarista), y cobrando ánimo, se lo pedí; complaciente Don Bosco, hizo comprar la tela y lo pagó todo. Domingo Savio, al contrario, tomó un pedazo de papel y escribió estas palabras: “Pido que salve mi alma y me haga santo!”

Don Bosco estudiaba continuamente la índole de cada uno de sus alumnos y no cesaba de trabajar en ayudarlos a conseguir su perfeccionamiento moral y espiritual.

En la platiquilla de la noche el primer día del año acostumbra dar con mayor solemnidad y en un tono mezcla de gravedad y de afecto, una máxima a título de *Aguinaldo*, que recomendaba tener presente como programa para el nuevo año. ¿Quién lo diría? Durante varios años tuvo la ca-

ridad y la paciencia de escribir un billetito autógrafo para cada chico en particular, que contenía, según la oportunidad, un aviso, una admonición o una frase alentadora. Cuando creció el número de los alumnos, se limitó a dedicar un pensamiento a cada categoría de ellos. Pero en ciertas circunstancias y con todos los jóvenes de los colegios de Mirabello, de Lanzo y del Oratorio de Valdocco, cuando éstos llegaban al millar, hizo uso de los billetes individuales, y eran todos tan adecuados a las necesidades de cada uno, que parecían inspirados sobrenaturalmente.

Cuando se alejaba del Oratorio y permanecía algunas semanas en Florencia, en Roma o en Francia; como también cuando iba a hacer Ejercicios Espirituales al Santuario de San Ignacio, no dejaba de escribir largas cartas llenas de paternal afecto a todos sus queridos hijos; a las cuales añadía algún billetito para aquellos a quienes deseaba alentar a perseverar en la virtud.

Otras veces, en el ardor de su celo sacerdotal, y por su corazón de padre, invitaba a los alumnos a escribirle sus buenos propósitos confidencialmente y a entregárselos. Conservaba con gran cuidado los más importantes, como voces de llamada para el porvenir. ¡Cuántas veces algunos ex alumnos que ya llevaban mucho tiempo en su casa, y metidos en los negocios, en la disipación y aun en una vida poco correcta, cuando menos lo esperaban y ya no pensaban en el Oratorio, recibieron por correo aquel billetito tan elocuente, recuerdo de los años de la gracia y estímulo para volver al buen camino! Esto demuestra cómo los seguía una vez salidos del colegio.

En las novenas precedentes a las festividades más solemnes y en todos los días del mes de mayo, solía proponer florescillas o actos de virtud, que inflamaban las almas en la piedad, el estudio, el trabajo, la caridad, la reforma de sí mismos, en una palabra, el progreso en la virtud.

Con el mismo fin, aconsejaba a los alumnos que se escogieran entre sus mejores compañeros algún monitor de con-

fianza, a quien debían rogar les advirtiera cada vez que comprendiesen les era necesario corregirse de algún defecto.

No se debe omitir el hecho de que confiaba a los alumnos una parte del gobierno de las clases y de la casa. Los decuriones tenían influencia y responsabilidad en las clases; la asignación de los premios se hacía por votación entre los mismos alumnos; los miembros de las Compañías tenían encargos de confianza; ciertos jóvenes cuidaban de otros como ángeles visibles; algunos cuidaban de la iglesia y otros del arreglo de las clases y estudios, sobre todo en ciertas solemnidades.

\* \* \*

Amaba tanto a sus hijos, que hubiera querido tenerlos siempre consigo. Por lo cual no dejaban de preocuparle las vacaciones, porque las consideraba desastrosas para las vocaciones privilegiadas. "Si no pueden suprimirse —decía—, procúrese al menos disminuir su duración, cuanto sea posible." "

Era verdaderamente el buen padre de todos y sabía demostrarlo de mil maneras. Todos los domingos invitaba a su mesa a los de mejor conducta, clase por clase, estudiantes y artesanos, y algunas veces los mejores de todas las clases juntas, elegidos en votación secreta por los alumnos. Acabada la comida, se entretenía algunos minutos con ellos y les regalaba un dulce.

Todos los domingos hacía comer con los clérigos a los dos alumnos que habían ayudado la Misa de la Comunidad la semana anterior, y siempre con gran provecho para la caridad.

El Jueves Santo, por la tarde, a los doce mejores alumnos les lavaba él mismo los pies; después los sentaba a cenar en su mesa y tenía con ellos las más delicadas atenciones.

En prueba de confianza y afecto, invitaba a uno o a otro a salir en su compañía para inspirarles familiaridad o para

amonestarlos paternalmente o con frecuencia para hablarles sobre la vocación.

Su habitación estaba siempre abierta para todos los que deseaban hablarle. Nunca se quejaba de las indiscreciones con que le molestaban; acogía a todos con familiaridad paternal y les daba libertad para exponerle sus peticiones, sus quejas y disgustos. Como él era irreprochable en la limpieza de su persona, se tomaba el cuidado de examinar los trajes y zapatos de sus hijos, y si no los encontraba bien, hacía que los limpiaran. Además de esto, los trataba como grandes señores: los invitaba a sentarse en el sofá, mientras él permanecía sentado junto a la mesa, y los escuchaba con la mayor atención, o bien se levantaba y paseaba con ellos por el cuarto. Acabada la entrevista, los acompañaba a la puerta, que él mismo abría, y los despedía diciendo:

—¡Seamos siempre amigos!

\* \* \*

¿Cómo no recordar la alegría general con que se festejaba su onomástico? A decir verdad, éste era el 27 de diciembre; pero se comenzó a celebrarlo el 24 de junio; y así se continuó siempre. Después de 1870 se unieron los ex alumnos, y esta demostración de afecto, fiesta de la gratitud, se convirtió en un medio educativo y en un recurso social de los más poderosos.

El onomástico de Don Bosco era "la fiesta de la gratitud". Decía siempre que perdonaba de corazón las afectuosas hipérboles de sus hijos, decía que estaba contento con sus promesas y los estimulaba a cumplirlas para el bien de sus almas. Era la fiesta del corazón, una floración de santos propósitos, una porfía nueva y casi desconocida en los anales de la pedagogía, por la cual los malos se hacían buenos, los tibios fervorosos, los ya ejemplares formaban el propósito de consagrarse de alguna manera a la nueva misión de caridad en que veían empeñado, por voluntad del Señor, a su Padre y Maestro.

## VI

Así educaba Don Bosco. Para quien no lo entendiese, parecería exagerado y no del todo compatible con la dignidad sacerdotal aquel adaptarse a todas las exigencias de los chicos y aquel vivir de su vida. Pero éste fue su secreto; con él se hizo amar de aquellos para los cuales el Señor le había enviado, y, valiéndose de su afecto, pudo cooperar eficazmente a su formación. ¿Quién podría contar los buenos ciudadanos, los honrados obreros, los padres de familia ejemplares, los artesanos hábiles, los celosos sacerdotes que se formaron en su escuela? Varios ocuparon los más elevados cargos civiles y eclesiásticos, y algunos subieron a la cumbre de la perfección cristiana. Tres fundadores de Congregaciones Religiosas y multitud de Obispos salieron de entre sus chicos del Oratorio.

Estaba tan convencido de la eficacia infalible del método preventivo en la educación, que invitado a abrir o aceptar casas de corrección propiamente dichas, no las quiso aceptar o puso condiciones para no verse obligado a separarse un ápice de su sistema. Por lo demás, lo había encontrado siempre eficaz para rehabilitar, aun a los díscolos. Para éstos —decía— el estímulo más eficaz para cambiar de vida es el buen ejemplo de los compañeros. Basta recordar el caso de la Generala. Y si no aceptó el Reformatorio madrileño de Santa Rita, fue porque el ministro Silvela no consintió en suprimir murallas y uniformes.

Resumiendo: El método educativo que inculcaba Don Bosco con el ejemplo y con la palabra era vivir entre los alumnos y para los alumnos en intimidad familiar, para conocer su índole, sus aspiraciones y sus particulares necesidades. Una larga carta de Roma, escrita el 10 de mayo de 1884 y dirigida a los salesianos del Oratorio, es una prueba conmovedora de la importancia que daba a la vida

de familia en sus casas. En la carta refiere un sueño, llamémosle así, en el cual contempló dos escenas: El Oratorio de los primeros tiempos, con los alumnos de entonces en animado recreo, y el Oratorio de 1884, en un momento de laxitud muy explicable por el número enorme de alumnos y por otras circunstancias accidentales, donde "no veía ya aquel movimiento y aquella vida de la primera visión".

Durante el primer cuadro, el guía le dijo: "La familiaridad lleva al amor y el amor a la confianza. Esto abre los corazones; los jóvenes todo lo revelan entonces sin temor a los maestros, a los asistentes y a los Superiores. Son claros en la confesión y fuera de ella, y se prestan dócilmente a todo lo que les mande aquel de quien saben que son amados."

Durante el segundo cuadro, el guía le decía: De la desgana en el recreo proviene la frialdad para acercarse a los Santos Sacramentos, el olvido de las prácticas de piedad en la iglesia y en otras partes, y el no encontrarse bien en un lugar donde la Divina Providencia los colma de toda clase de bienes para el cuerpo, para el alma y para la inteligencia. De aquí la falta de correspondencia a la vocación; de aquí la ingratitud para con sus Superiores; de aquí los secretos y las murmuraciones con todas sus deplorables consecuencias.

Don Bosco preguntó cómo podría remediarse tal estado de cosas y se le respondió:

—Con la caridad.

—¿Con la caridad? Pero... ¿no se los ama bastante?

—Pero falta lo mejor.

—¿Qué falta?

—Que no sólo se ame a los jóvenes, sino que ellos se sientan amados; conozcan prácticamente que son amados. Si ven que se los ama en el interés que mostramos por las cosas que les gustan y se toma parte en sus aficiones infantiles, aprenden a ver también el amor en aquellas cosas que naturalmente les agradan menos, como son la disciplina, el estudio y la mortificación de sí mismos; y hacen estas cosas con decisión y con amor. Descuidando lo menos, se pierde lo más; y ese "más" son nuestros sacrificios. Es necesario amar lo que gusta a los chicos y los chicos amarán lo que gusta a los Superiores. De este modo será fácil el trabajo... Antiguamente los corazones estaban abiertos a los Superiores, a los cuales los chicos amaban y obedecían prontamente, como a padres. Pero ahora los Superiores son mirados como Superiores, no ya como padres, hermanos, amigos; por eso son temidos y poco amados. Así, pues, si se quiere hacer un solo corazón

y una sola alma por amor de Jesús, es necesario que se rompa la barrera fatal de la desconfianza y que a ésta sustituya la confianza cordial. La obediencia guíe al alumno como la madre al niño...

—Mas, ¿cómo romper esa barrera?

—Como hacía usted con nosotros. Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra amor y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiera ser amado es necesario que haga ver que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y sobrellevó nuestras debilidades... ¡He ahí al maestro de la familiaridad!... ¿Por qué se quiere sustituir la familiaridad con la legal frialdad del Reglamento?... ¿Por qué el sistema de prevenir con amor y vigilancia los desórdenes, se va sustituyendo poco a poco con el sistema menos pesado, y más expedito para el que manda, de dictar leyes, que si se sostienen con los castigos, encienden odios y dan disgustos, y si se descuida su observancia, son causa de gravísimos desórdenes y disgustos sin cuento? Eso ocurrirá necesariamente si falta la familiaridad.

—¿Y cuál es el medio principal para que triunfe semejante familiaridad, ese amor y esa confianza?

—La exacta observancia de las Reglas.

—¿Nada más?

—El plato mejor en una comida es el de la buena cara.

La carta termina así:

"¿Sabéis lo que desea de vosotros este pobre viejo, que ha consumido toda su vida por sus queridos hijos?... Tengo necesidad de que me consoléis prometiéndome y dándome la seguridad de que haréis todo lo que deseo para bien de vuestras almas. Vosotros no conocéis bastante cuán grande es vuestra dicha al haber sido admitidos en el Oratorio. Delante de Dios os lo afirmo: Basta que un joven entre en una casa salesiana, para que la Virgen Santísima lo tome inmediatamente bajo su especial protección. Pongámonos, pues, todos de acuerdo. La caridad de los que mandan y la caridad de los que deben obedecer hagan que reine entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales. ¡Oh, queridos hijos, se acerca el tiempo en que tendré que separarme de vosotros y partir para mi eternidad!..."

En este punto, Don Bosco dejó de dictar, porque los ojos se le llenaron de lágrimas por la inefable ternura que le embargaba. Después de un instante continuó:

"Ansío, pues, dejaros, ¡oh sacerdotes, oh clérigos, oh jóvenes, en aquel camino en que el Señor desea veros!"

Ante Don Bosco aparecía frecuentemente la visión de la familia que el Señor le había dado; y a causa del ardiente deseo de verla unida por los vínculos de la caridad, jamás se cansaba de repetir a todos sus hijos, Superiores y alumnos la recomendación de su santo patrono, el discípulo predilecto de Jesús: *¡Hijitos míos, amaos los unos a los otros, amaos, amaos!*

Y la Familia Salesiana comprende: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores, Alumnos y Antiguos Alumnos.

## CAPÍTULO LXXIX

### Escritor, editor y consejero

#### I

Joven aún, Don Bosco se dedicó a escribir y difundir libros buenos para la juventud y para el pueblo; y en esta labor prosiguió con incansable celo toda su vida. A más de un centenar suben las publicaciones de este hombre que no paraba en todo el día en busca de pan y techo para los jóvenes que tenía asilados. La abundante lectura de obras históricas y literarias a que se había dedicado en sus años de estudiante, le sirvió de preparación. Aunque se sentía con vocación y facultades de escritor, nunca pretendió serlo y no tuvo otra mira en sus escritos que la gloria de Dios y la salvación de las almas. Escribía y repasaba sus obras en sus intervalos de tiempo desocupados, o de noche, o viajando en tren, o en carruaje, donde trabajaba tranquilamente como si estuviese en su habitación.

Comprendió que para lograr sus deseos de apostolado debía *escribir con sencillez y claridad*, y se lo propuso sin ahorrar trabajo (1). En sus primeros tiempos especialmente,

---

(1) Escribir con elegante sencillez es arte difícil: presupone gran claridad de ideas y gran sinceridad consigo mismo. Menéndez Pelayo y José María Pemán hablan de los esfuerzos que hicieron para lograrlo. El pedagogo García Hoz pone la sencillez entre las más excelentes cualidades de un escritor.

se vio obligado a releer, a retocar y a refundir muchas veces páginas enteras, porque en las escuelas se le había formado un estilo retórico, algo hinchado y amanerado. Para asegurarse de que todos lo entenderían, consultaba el juicio de personas del pueblo. El primer revisor de sus escritos fue el portero del Colegio Eclesiástico; después los hacía leer a simples obreros, de quienes solicitaba la explicación del contenido; pero el mayor censor literario fue su madre, que... no sabía leer, pero que estaba dotada de un grandísimo sentido común. ¡Cuántas veces al escuchar lo que le leía, decía: "Juan, eso no te lo entienden los chicos." Y el Santo lo corregía. Más aún, lo reelaboraba con ellos.

Este amor a la sencillez dio a sus escritos una gran difusión. No puede imaginarse el entusiasmo con que se recibían y leían en la misma Toscana sus obritas, que llegaron a apreciarse como si fueran libros de texto, porque, eso sí, lingüísticamente eran impecables. El profesor Pera, Inspector escolar en aquellas provincias, que fue al Oratorio a visitar a Don Bosco, decía: "Para enseñar bien y correctamente la lengua italiana a nuestros jóvenes me valgo de sus obritas y entre otras de Domingo Savio, Luis Comollo y Miguel Magone; y acostumbro decir a mis alumnos: "Aquí, en estos libritos de Don Bosco, podéis aprender un poco de italiano puro y sencillo."

¡Y el bien que hizo a las almas! Otro profesor, después de haber leído la Historia de Italia, exclamó: "El que ha escrito este libro es un ángel." *El Joven Cristiano*, con su introducción, aficionó al servicio de Dios y mantuvo apartados del vicio a muchos jóvenes; y con el apéndice —Fundamentos de la Religión Católica— convirtió a no pocos protestantes. Dios premiaba sus intenciones. Cuando escribía, lo hacía con tal recogimiento, que parecía estar absorto en oración: comenzaba con la invocación al Espíritu Santo y acababa con la acción de gracias.

En cada página, en cada período su propósito era instruir, edificar, hacer el bien.

Aun en la Aritmética y en el Sistema Métrico Decimal escrito con la intención "de ayudar a los hijos del pueblo", no faltan los buenos pensamientos". "Un hijo gasta en fumar cada semana dos francos y en el billar cinco francos. ¿Cuántos tendría al fin del año si se abstuviera de estos vicios? Un señor, deseoso de disponer bien de sus riquezas, hace testamento y deja para la restauración de una iglesia 5.535'85 francos; a los pobres, 434'45. ¿Cuántos deja en total? Un padre, haciendo economías, ha ahorrado en un año 825'90 francos; su hijo, privándose de varias diversiones, ha ahorrado 226'32 francos; su madre, con trabajos extraordinarios, ha ganado 167'42 francos. ¿Cuánto han ahorrado entre todos para el bien de la familia?"

\* \* \*

¡Cómo se interesaba por la difusión de los buenos libros! En 1853, después de haber dado la voz de alarma con el opúsculo *Avisos a los católicos*, del que difundió más de doscientos mil ejemplares, inició las *Lecturas Católicas*, publicación mensual que todavía subsiste. A sus suscriptores los consideraba como otros tantos propagandistas de la buena prensa.

En 1859 constituyó una Sociedad "para la difusión de *Lecturas Católicas* y otros libros católicos". En el programa de la sociedad escribió este artículo: "Cuando haya medios pecuniarios, la Sociedad publicará también libros católicos por su cuenta y los difundirá gratuitamente o procurará venderlos al menor precio posible." En efecto, comenzó la distribución de los buenos libros "en los hospitales, especialmente entre los militares"; y—como dice una nueva llamada el 6 de mayo de 1860— "la cosa resultó bien, se recogieron muchos libros malos, que se arrojaron a las llamas y fueron sustituidos por otros buenos".

La destrucción de los malos libros y su reemplazo por los buenos era otra de las santas industrias de Don Bosco. Con-

siguió una vez que un revendedor de libros y hojas protestantes le entregara toda su mercancía, de la cual hizo una hoguera en el patio, y en cambio se apresuró a enviarle una cantidad igual de libros buenos, tantos cuantos podía contener un carrito; entre otros, muchos ejemplares de *El Joven Cristiano*, otros del *Católico instruído en su Religión* y muchos opúsculos de las *Lecturas Católicas*.

Hizo más todavía: fundó tipografías, las cuales al paso que sirven de escuela para los alumnos tipógrafos, tienen el fin de favorecer la difusión de la buena prensa. Se lee en la crónica del Oratorio que un día reprendió al director de la tipografía por haber puesto un precio demasiado elevado a la vida del jovencito Francisco Besucco, diciéndole además que él no se preocupaba del dinero, sino de la difusión de los buenos libros. Quería que los Salesianos se inspirasen en el mismo espíritu, como también los devotos de María Auxiliadora y los Cooperadores. Por el mismo motivo decidió que no se pagase una cuota fija por suscripción del *Boletín Salesiano*, y lo enviaba gratuitamente a todos los que lo pedían y a cuantos se le indicaba que eran aptos para la propagación de la revista.

Estaba tan interesado en la difusión de la buena prensa, que el 19 de marzo de 1835, tres años antes de morir, la recomendó en una circular a todas las casas salesianas, con una insistencia conmovedora: "No vacilo en llamar divino este medio (medítense las palabras), porque Dios mismo se valió de él para la regeneración del hombre. Los libros que Él inspiró propagaron por todo el mundo la buena doctrina... A nosotros corresponde imitar la obra del Padre celestial. Los buenos libros difundidos entre el pueblo son uno de los medios aptos para mantener el reinado del Salvador en muchas almas... y ellos son tanto más necesarios cuanto la inmoralidad y la impiedad emplean hoy esta arma para causar estragos en el rebaño de Jesucristo, y para conducir y arrastrar a la perdición a los incautos y desobedientes. Así, pues, es necesario oponer arma contra arma."

## II

Otra ocupación de Don Bosco, que por sí sola habría absorbido la actividad más tenaz y gastado la fibra más robusta, fue la de *las audiencias*. El Padre José Oreglia, de la Compañía de Jesús, que vivió muchos años con él, afirmaba que si Don Bosco no hubiese hecho otra penitencia, ésta sería bastante para considerarlo héroe de la virtud; porque fue una ocupación cotidiana opresora y de toda su vida; lo mismo en casa que por las calles, por la ciudad y fuera.

Franco y humilde, recibía a todos con respeto, como si todos fueran señores y él tuviese necesidad de todos. En sus palabras resplandecía siempre una gran humildad, acompañada de modales tan corteses y suaves, que lo hacían agradable en la presencia de los ángeles y de los hombres.

"En aquella habitación —escribe el abogado Carlos Bianchetti— aleteaba la paz del Paraíso. No sabría decir si nosotros éramos flores cuyas corolas se abrían para recibir consuelos o bien se cerraban para no dejar escapar el hálito celestial que súbitamente descendía al cáliz del alma. Estaba él sentado delante de una modesta mesa con cajoncitos provistos de tiradores. Allí había fajos de cartas y papeles diversísimos, y alguna vez, para aumentar el montón, entraba el cartero. Pero Don Bosco no se preocupaba por ello: ponía los papeles convenientemente. Era de opinión que *aun las cosas pequeñas deben hacerse despacio y bien y que, por consiguiente, no hay que distraerse...* Trataba con todos como si aquella mañana no tuviese otra cosa que hacer, sino oír y contestar."

"Las audiencias —atestigua Don Rúa— duraban, puede decirse, desde la mañana a la noche, especialmente en los últimos treinta años de su vida, cuando su nombre y sus obras eran universalmente conocidos.

Cuando se encontraba de viaje, a pesar del cansancio,

prolongaba las audiencias hasta las diez y las once y media de la noche.

Aun cuando iba a tomar su parca refección, si había alguien que esperaba para ser recibido, no sabía negarse a darle audiencia y complacerlo."

Una vez fue a visitarlo un riquísimo negociante, hombre sin fe, únicamente por curiosidad, y salió enteramente conmovido, diciendo para sí repetidas veces: "¡Qué hombre, qué hombre éste!" Cuando le preguntaron qué le había dicho, respondió que había oído de él cosas muy hermosas, que no se oyen de otros sacerdotes, y que se había despedido de él con estas palabras: "Procuremos que un día, usted con su dinero y yo con mi pobreza, nos podamos encontrar en el Paraíso."

"Para tener una idea de lo que sabía decir y hacer —escribe Juan Bisio—, recuerdo que acompañé a visitarlo a un hebreo de edad ya madura, que me había manifestado el deseo de conocerlo. Lo que pasó entre ellos no lo sé; pero sí recuerdo lo que aquel señor me dijo al salir del Oratorio: "Si en cada ciudad hubiese un Don Bosco, todo el mundo se convertiría." Me refirió también el párroco de mi pueblo que un rabino de Alejandría le dijo: "¡He visitado dos veces a Don Bosco, y no voy la tercera, porque me veré obligado a quedarme con él!" ¡Tan hermosas e insinuantes eran las palabras que sabía decir a los que se le acercaban! Esto explica por qué le querían los chicos y cómo sabía hacerlos buenos."

Era llamado el hombre de los consejos. "Yo —atestigua Don Julio Barberis— lo he experimentado por mí mismo, y he oído decir a un grandísimo número de compañeros míos, que Don Bosco en dos palabras les resolvía negocios dudosos e intrincados, que por mucho tiempo los habían tenido perplejos e indecisos. En cuestión de vocación, brillaba especialmente su prudencia."

"Aunque algunas veces sus consejos no parecían conformes a los juicios humanos —añade Don Berto—, si se se-

guían, producían efectos grandes: apaciguaban las conciencias, restablecían la concordia en las familias y ponían en el buen camino a las personas vacilantes o perplejas. Algunos de mis compañeros, que no quisieron escuchar los consejos que les dio Don Bosco, me manifestaron con franqueza que se habían equivocado."

Era además muy diestro en cortar discusiones. "No sé cómo se arreglaba —prosigue Don Barberis—, pero haciendo yo la prueba, vi en muchas circunstancias que consiguió contentarnos a todos; y finalmente, todos acababan queriendo lo que Don Bosco deseaba."

Esta rara habilidad suya era tan notoria, que muchos lo consultaban de palabra y por escrito, y en gran parte personas muy autorizadas del Clero y del siglo. Muchas veces resolvió, como árbitro, intrincados negocios no sólo privados, sino entre la Iglesia y el Estado.

Los primeros que se aprovechaban de estas manifestaciones de su elevada prudencia eran sus hijos espirituales. El Superior de una Congregación Religiosa dijo a varios salesianos: "Ustedes poseen una gran fortuna que nadie más tiene en Turín, ni siquiera las otras Comunidades Religiosas. Tienen ustedes una habitación en donde el que entra lleno de aflicción, sale radiante de gozo: la habitación de Don Bosco."

\* \* \*

Siempre, pero especialmente en sus últimos años, se mostró muy solícito en prodigar a los suyos valiosos consejos. La actividad, que hace, a Dios gracias, dignos de admiración a los Salesianos, la caridad que los anima, los felices resultados de su trabajo en medio de la juventud, son fruto de los ejemplos y consejos de Don Bosco.

En 1884, viendo que se acercaba a grandes pasos a la eternidad, comenzó aquel cuaderno de sus "Últimas Memorias", del cual varias veces ya se ha hablado, y continuó

escribiendo en 1885 y 1886, indicando en ellas las normas que debían seguirse después de su muerte y dando prudentes consejos para asegurar a la Sociedad Salesiana un floreciente porvenir.

La prudencia y la santidad van admirablemente unidas a lo más práctico y discreto en todos los consejos.

Aunque era tan decidido promotor de la educación cristiana, de la instrucción religiosa y de las vocaciones eclesiásticas, era circunspecto y casi escrupuloso en evitar todo lo que pudiera parecer exagerado. Don Bonetti había escrito la biografía del jovencito Ernesto Saccardi, florentino (1856), fallecido en el Colegio de Mirabello, donde lo llamaban el ángel. El Santo vio el manuscrito y escribió al autor: "He leído tu trabajo y me ha gustado mucho, lo he entregado a la imprenta y verás las pruebas a su tiempo. Me ha parecido bien suprimir aquellas cosas que puedan dar pretexto a tildarnos de extremos en prácticas de piedad o de que haya perjudicado su salud Saccardi por falta de expansión."

Una vez le preguntaron si creía conveniente inculcar a los alumnos que al salir de la iglesia y recibir su panecillo, se santiguasen antes de comérselo en el patio. "Cosa excelente es, respondió, y puede aconsejarse donde haya costumbre de hacerlo; de otra manera, no; en sus pueblos llamarían demasiado la atención. Procuremos que recen devotamente antes de sentarse a la mesa para comer y cenar." En las fiestas patronales de los otros colegios se organizaban pequeñas ferias de libros amenos y objetos religiosos, a mitad de precio, con servicio de "ambigú", dando participación a las personas ajenas a la casa. Le preguntaron si no sería mejor suprimirlas por los inconvenientes que suscitaban. "Vigílese —respondió— y evítese cualquier desorden. En verdad que no son cosas que han de durar, pero son oportunas en los primeros tiempos de una casa, por no decir necesarias. Cuando en una ciudad o en un pueblo se abre un instituto o viven todos encerrados, ocurre naturalmente la pregunta: "¿Qué hacen ahí dentro?" Abramos las puertas y vengan a

ver. Durante muchos años no ha habido portero en el Oratorio, pero así nos hemos ganado la confianza de todos."

Si se hubiesen recogido en su sencillez todos los consejos que Don Bosco dio a sus hijos, tendríamos un código de sabiduría y prudencia verdaderamente incomparables.

Eran máximas suyas: "Adondequiera que vayáis, buscad la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sed atentos con todas las autoridades civiles, religiosas, municipales y gubernativas. Conservad celosamente en la vida interior las costumbres del Oratorio, pero adaptaos a los usos locales todo lo que podáis. Alabad todo lo bueno que encontréis. Haced todo el bien que podáis. Evitad el espíritu de crítica y seréis bien vistos por todos."

Pero sus recomendaciones más insistentes y afectuosas eran sobre la perseverancia en la vocación y en transmitir intacto a los venideros el espíritu de la Sociedad. "Nuestra Congregación (éstos son los últimos pensamientos apuntados en sus Memorias) tiene ante sí un hermoso porvenir preparado por la Divina Providencia, y su gloria será duradera mientras se observen fielmente nuestras Reglas. Cuando comiencen entre nosotros las comodidades y las concesiones, nuestra Sociedad terminará su carrera. El mundo nos buscará gustoso mientras nuestros cuidados se dirijan a los salvajes en las Misiones, a los niños más pobres y más extraviados de la sociedad, en las naciones civilizadas. ÉSTE ES PARA NOSOTROS EL VERDADERO BIENESTAR, QUE NADIE NOS HA DE ARREBATAR. A su debido tiempo habrá misioneros nuestros en la China, y precisamente en Pekín. Pero no se olvide que nosotros vamos para los niños pobres y abandonados. Allí, entre pueblos desconocidos e ignorantes del verdadero Dios, se verán maravillas, no vistas hasta ahora, pero que Dios poderoso manifestará al mundo..."

## CAPÍTULO LXXX

## En el sagrado ministerio

Se apoya en tres poderes sobrehumanos la dignidad del sacerdote católico: celebrar la Misa, predicar y confesar. En el debido ejercicio de ellos, están la misión y la santidad del sacerdote. Para Don Bosco, la actuación del Sagrado Ministerio fue la vida de su vida. Lleno de amor de Dios, parecía un serafín en el altar; sediento de almas, hacía de apóstol en todo momento, en todo lugar, principalmente en el púlpito y en el confesonario. "El sacerdote —decía— no debe tener más intereses que los de Cristo."

Ya se ha dicho cuál era su actitud en el altar; veámoslo ahora en el púlpito y en el confesonario.

Don Bosco comenzó muy pronto a anunciar la palabra de Dios. Cuando era todavía seminarista, estudiante de Teología, subió al púlpito varias veces y comprendió al punto que era necesario hablar con naturalidad al pueblo; de ahí que procurase ser sencillo en la predicación.

Ordenado ya de sacerdote, nunca predicaba, especialmente en ocasiones solemnes, sin haber antes escrito lo que debía decir, pues estaba convencido de que *"la predicación que produzca mejores efectos es la mejor estudiada y preparada"*. No siempre le fue posible esta preparación; y entonces pensaba seriamente lo que tenía que decir, encomendándose al Espíritu Santo y a la Virgen Santísima.

Pero siempre era afortunado predicando. Aunque hablaba lentamente y casi sin accionar, su voz argentina penetraba

en los corazones, conmoviéndolos con los razonamientos más sencillos. Aun en donde el auditorio se componía de personas completamente ajenas a la práctica de la Religión y que sólo iban a la iglesia por curiosidad, para oír a un orador de fama y también para criticarlo, cuando acababa la predicación, decían repetidas veces: "Ha hablado bien, ha hablado bien."

Comenzaba ordinariamente con un texto de la Sagrada Escritura. Después exponía con exactitud el argumento, enunciaba con claridad el objeto de la fiesta o el misterio que se celebraba, después desarrollaba el tema, aportaba un brevísimo pero claro razonamiento teológico y exponía un hecho histórico o una comparación o parábola, que resultaban ser la parte más saliente del sermón y nunca se olvidaba, con algunas reflexiones, de aplicarlo a la práctica.

Pronto cambiaba de tema cuando al presentarse ante el auditorio, variaban las circunstancias de éste. De la misma manera recomendaba que se tuviesen presentes la edad, la condición y la capacidad de los oyentes. *"El pueblo —decía con insistencia— necesita entender y quiere entender lo que dice el predicador. Si entiende, queda contento; si no entiende, se aburre."*

"Recuerdo —dice Don Cerruti— haberme encontrado con él en Vignale durante los paseos otoñales de 1861 a 1862. Había allí un párroco con fama de liberal y que no se cuidaba mucho de la población. Por añadidura, el vicario, hermano suyo, predicaba de un modo casi incomprensible. Subió Don Bosco al púlpito y predicó en dialecto cerca de una hora ante una muchedumbre inmensa. Su sermón fue tan eficaz y emocionante, que el párroco mismo se puso a llorar, y terminado el sermón, se le presentó, le estrechó la mano y le agradeció el bien que había hecho, especialmente a su alma."

Don Bosco se preocupaba constantemente de la salvación de las almas. Un día dijo a uno de sus Directores:

—He oído decir que fulano de tal predica mucho.

—Sí, Don Boso; y predica bien. Hace furor.

—¿Pero su predicación es a propósito para obtener fruto en las almas?

—Eso no lo sé, Don Bosco; pero tiene muchísimos oyentes, que salen entusiasmados de la iglesia.

—Pregunto si sus sermones producen conversiones.

—Eso yo no puedo asegurarlo.

—Pues bien, durante algunos años no le dejes predicar.

Don Bosco tenía un elevado concepto de la predicación. La caridad y su íntima unión con Dios, que frecuentemente le hacían derramar lágrimas durante la celebración de la Santa Misa, cuando administraba la Sagrada Comunión o bendecía al pueblo después del Santo Sacrificio, le hacían también llorar muchas veces predicando. Delante de cualquier auditorio, aun de Obispos y doctos sacerdotes, nobles, hombres de ciencia, en todos los temas que trataba, su idea dominante era la salvación del alma.

Más de una vez, contra la expectación general en fiestas solemnísimas, en vez de hacer el panegírico del santo que se festejaba, acabado el exordio desarrollaba algunos puntos sobre los novísimos o algún mandamiento de la Ley de Dios.

“Cuando predicaba sobre el alma en los Ejercicios Espirituales y en las “Buenas noches” —dice Don Francesia—, creo que ningún orador le ha igualado.”

Incalculable es, pues, el bien que hizo, ya que su predicación fue continua. En el Piamonte, casi no hay ciudad o pueblo en donde no haya predicado. A imitación suya, sus hijos han hecho de la predicación un ministerio favorito. Cagliero, Bonetti y Francesia fueron predicadores popularísimos.

\* \* \*

En estas peregrinaciones apostólicas suyas, difundió en todo el Piamonte el rezo de los tres “Gloria Patri” después del Ángelus.

Dondequiera que se hospedaba nunca tenía nada que reclamar sobre su aposento, a veces incómodo, ni por lo que

servían en la mesa. Parecía insensible al rigor de las estaciones, aunque alguna vez la habitación o la iglesia estuviesen mal acondicionadas.

Nunca se cansaba. Daba en Ivrea los Ejercicios Espirituales al pueblo en la parroquia de San Salvador predicando cuatro veces al día, cuando lo invitaron a dirigir dos sermones a los seminaristas, y aceptó. Cayó enfermo en aquellos días el predicador de los Ejercicios del Colegio Cívico y le rogaron que lo supliera, a lo cual accedió, encargándose de predicar dos veces al día. Eran, pues, ocho sermones diarios los que centraban su atención. Los intervalos libres y gran parte de la noche los dedicaba a confesar.

Cuando le sobraba tiempo, salía por el pueblo para cumplimentar a las autoridades municipales, para visitar y consolar a los enfermos y poner paz en las familias, para reconciliar a los que estaban enemistados por cuestiones de intereses, mostrando gran respeto a los ancianos y familiaridad con los sirvientes y los pobres.

No gustaba de polemizar en el púlpito; pero sabía sostener la causa de la Religión cuando a ello le obligaban especiales circunstancias o le invitaba algún Superior eclesiástico, y decía: “Si en la población hay herejes, procúrese no exacerbarlos. Las palabras que se cambien con ellos han de respirar caridad y benignidad. Refútense sus errores y sofismas, probando sencillamente con sólidos argumentos las verdades discutidas, sin hacer alusión a personas.”

En todas partes corrían a escucharlo compactas multitudes. Los niños mismos, que se cansan fácilmente de razonamientos, iban con avidez a oírle explicar el Catecismo y se hacían amigos suyos de tal manera, que, cada vez que podían, se estrechaban a su alrededor y no se separaban de su lado.

Y no sólo los pequeños y la gente del pueblo. La Duquesa de Montmorency dice que en sus días no conoció quien ejerciera mayor fascinación de palabra. Prueba de la fascinación que ejercía sobre las muchedumbres fue el panegírico de San

Cándido y San Severo en la iglesia parroquial de Lagnasco, diócesis de Saluzzo, cerca de Savigliano. Llegó allí muy tarde, y aún no había almorzado; el pueblo esperaba al orador, pues las Vísperas habían terminado. El párroco, que ya se había puesto el roquete, estaba preparado para subir al púlpito, cuando llegó Don Bosco. Sin más dilación subió éste a predicar. Había hablado ya durante una hora de San Cándido, cuando al ver que el tiempo había transcurrido, dijo que aún le quedaba la segunda parte del sermón relacionada con San Severo, pero que le era preciso darlo por terminado para no cansar al auditorio. El pueblo, con voz unánime, pidió que continuase. El Siervo de Dios reflexionó un momento, y el párroco, desde el altar mayor, con voz solemne, exclamó: "*Vox pópuli, vox Dei!*"; Don Bosco siguió adelante una hora más con gran satisfacción de toda la gente.

\* \* \*

Jesús dijo también a los Apóstoles: "Venid en pos de Mí y os haré pescadores de hombres." Compenetrado Don Bosco de la dignidad y del mérito de este apostolado, fue en Turín lo que en Roma San Juan Bautista de Rossi; "*venátor animarum*", un cazador de almas. Para muchos su nombre era sinónimo de confesor o apóstol de la Confesión. Confesaba en las iglesias, confesaba en las casas, confesaba en todas partes. Había obtenido del Papa Pío IX autorización para confesar "*quocumque Ecclesiae loco*", es decir, en todas partes; y se valió de ella ampliamente.

¿Quién puede contar el número de almas restituídas a la gracia de Dios por su celo sacerdotal? En el tren, en el carruaje, en el campo, detrás de un seto o un cercado, y aun en la calle, cuando el caso lo requería, confesaba.

Ocurría a veces que alguna persona le rogaba que entrase en la iglesia más cercana para oírla en confesión y entonces el confesonario inmediatamente se veía cercado de penitentes. Desde 1842, esto es, desde el año en que recibió las

licencias de confesión, había tomado este propósito: "Cuando sea llamado para oír las confesiones de los fieles, si hay prisa, interrumpiré el rezo, y aun haré más breve la preparación y la acción de gracias de la Misa, a fin de prestarme a ejercitar este sagrado ministerio." Y como se lo propuso, así lo cumplió.

"En el ministerio de las confesiones —atestigua el Cardenal Cagliero— fue excepcional, constante y admirable su bondad con los niños y los adultos; casi todos se confesaban con él, conquistados por su dulzura y por su caridad siempre benigna y paciente... Era breve, sin apresuramiento. Sumamente benigno y nunca severo, nos imponía una corta penitencia sacramental adaptada a nuestra edad, y siempre saludable. Sabía hacerse pequeño con los pequeños y darnos los consejos oportunos; y las reprensiones mismas las condimentaba con tal sabor, que siempre nos infundía amor a la virtud y horror al pecado."

En sus palabras, en su mirada, en todo su aspecto mostraba la prudencia y la circunspección más delicadas.

"Un ambiente angélico aleteaba sobre su persona y sus exhortaciones" —afirma el Cardenal Cagliero, y prosigue diciendo—: "Durante su largo apostolado, para oír las confesiones de los jóvenes, dio raro ejemplo de constancia, sacrificio y paciencia admirables, y puede decirse que trabajó como un mártir y mereció la palma del martirio, si, como dice amablemente San Francisco de Sales, ésta se logra no sólo confesando a Dios delante de los hombres, sino confesando a los hombres delante de Dios. En la iglesia de San Francisco de Sales y después en la de María Auxiliadora, antes que hubiese calorífero en ellas, el frío era intensísimo, mas Don Bosco lo soportaba invencible en las largas noches del invierno confesando hasta las diez y aun las doce de la noche."

"Todas las fiestas, especialmente las de la Virgen, todas las fechas memorables del año litúrgico le daban ocasión para exhortar a los alumnos a la frecuencia de los Santos Sa-

cramentos. Entonces —dice Monseñor Anfossi— Don Bosco experimentaba un gozo especial al verse rodeado de gran número de sus jovencitos, que, arrodillados cerca de él, esperaban el momento de confesarse. Hizo tanto bien por medio de la Confesión, que me atrevería a llamarlo el Apóstol de la Confesión. En la frecuencia de este sacramento hacía consistir toda la fuerza de su misión en medio de la juventud.”

\* \* \*

Quien tuvo la suerte de confesarse con él, recuerda todavía la fuerza y la unción de sus consejos. Había comprendido tan bien a su maestro Don Cafasso, de santa memoria, que lo imitaba fidelísimamente; la misma caridad para acoger a los penitentes, la misma precisión para interrogarlos; la misma brevedad con que en pocos momentos aclaraba conciencias intrincadísimas; la misma concisión en sus breves palabras para excitar al dolor, que traspasaban el alma y que en ella se quedaban.

Además de ejercer en el Oratorio el Sagrado Ministerio lo ejerció asimismo en diversas iglesias de Turín. Después de sus sermones, desde las primeras horas del día hasta avanzada la noche, escuchaba a muchedumbres de penitentes; y esto durante años y años, desde 1844 en adelante.

En cierta ocasión, habiéndose retrasado para predicar en un pueblo, llegó a la estación después de la partida del tren. Algunos jovencitos creyeron que le disgustaría este contratiempo, y acercándosele para consolarlo, le dijeron que tuviese paciencia y procurase pasar lo mejor que pudiera aquellas horas. Don Bosco respondió al momento:

—Las pasaría gustoso confesando.

—¿A quién quiere confesar? —preguntaron a coro, maravillados.

—A vosotros, a vosotros mismos —replicó.

Y preguntándoles cuánto tiempo hacía que no se acercaban a los Sacramentos, empezó a hablarles de la salvación

del alma, y los cautivó de tal manera, que entró en una posada vecina y pidió una habitación; se retiró allí con ellos y los confesó a todos.

Cuando iba en diligencia a Vercelli, a Casale o a Asti y a muchos otros lugares, buscaba un puesto en el pescante para aprovechar el momento oportuno de ganar el alma del cochero, y lo conseguía. Muchas veces lo confesaba por el camino; otras veces, inmediatamente después de su llegada, en la iglesia parroquial. En estas ocasiones procuraba que los cocheros se corrigieran del feo vicio de blasfemar. Una vez dijo a uno de éstos:

—¡Vaya!, si no dice usted una blasfemia desde ahora hasta el primer relevo de caballos, le pagaré un litro de vino.

Desde aquel momento no se oyó salir una blasfemia de la boca del cochero. Don Bosco mantuvo su palabra, pero le dijo también:

—Si por una recompensa tan pequeña ha podido usted vencerse durante este tiempo, ¿por qué no deja de blasfemar pensando en el Cielo que le espera y en el infierno en el cual puede caer de un momento a otro?

De este modo conquistó a muchos penitentes, que iban a postrarse a sus pies para confesar sus pecados! “¡Cuántas veces —refería Don Francisco Dalmazzo— me dijeron, y los vi yo mismo llegar a hora avanzada del día al Oratorio, a hombres mal encarados que, habiendo oído hablar de la santidad de Don Bosco iban a postrarse a sus pies para confesar sus pecados! Con mucha frecuencia entraban desconfiando de obtener el perdón y se los veía después salir de la habitación con el rostro radiante de alegría y el corazón lleno de consuelo.”

Las palabras que decía en el confesonario eran pocas, pero eran de fuego y herían el alma como si fuesen dardos, de modo que el penitente no podía menos de sentirse profundamente conmovido.

Su ministerio como confesor era muy solicitado para los

enfermos, porque el Señor premiaba su caridad dando a su palabra una eficacia maravillosa. Refiere Don Francisco Ceruti haber oído de Don Bosco mismo el hecho siguiente:

“Un día fue a buscarme una señora y me rogó con gran empeño que fuese a visitar a un moribundo. Tratábase de una persona muy significada en la Masonería, que se había negado a recibir a cuantos sacerdotes habían intentado verlo y sólo a duras penas consintió que se llamase a Don Bosco. Yo fui allá, pero apenas entré en la habitación y cerré la puerta, me dijo, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban:

—¿Viene usted como amigo o como sacerdote? ¡Ay de usted si llega a nombrarme siquiera la palabra Confesión!

Y diciendo esto tomó dos revólveres que tenía, uno en cada lado de la cama; me apuntó con ellos al pecho y continuó:

—Recuérdelo bien: en el momento en que me hable de confesión, uno de estos revólveres lo dispararé contra usted y el otro contra mí; ya ve, sólo me quedan pocos días de vida.

Le respondí que estuviese tranquilo y que no le hablaría de Confesión sin su permiso; le pregunté sobre su enfermedad y el parecer de los médicos. Después desvié la conversación sobre algunos puntos de Historia y me detuve en contarle la muerte de Voltaire. Acabada la narración, añadió:

—Tocante al fin de Voltaire, creen algunos que se ha condenado; yo no lo digo, o al menos no me atrevo a asegurarlo, porque sé que la misericordia de Dios es infinita.

—¿Cómo? —me interrumpió el enfermo, que había seguido con ansia la relación—. ¿Hay todavía esperanza para Voltaire? Entonces tenga la bondad de confesarme.

Acerqueme a él, lo preparé y lo confesé. Cuando le di la absolución, prorrumpió en copioso llanto, exclamando que jamás había gozado de tanta paz en su vida como en aquel momento. Hizo todas las retractaciones que se le pidieron. Al día siguiente recibió el Santo Viático; pero antes llamó a su habitación a todos los de la casa y públicamente pidió

perdón del escándalo que les había dado. Y después del Viático mejoró bastante; vivió todavía dos o tres meses, que los empleó en rezar y pedir con frecuencia perdón de sus escándalos y en recibir varias veces con gran edificación a Jesús Sacramentado. Debes, saber, acabó Don Bosco, que aquel señor era un grado muy elevado en la Masonería. Demos gracias por todo al Señor.”

El Santo tenía una gran idea de la misericordia de Dios, la cual sabía inspirar a los demás con eficacia. Esta gran confianza en la misericordia divina y la tierna caridad que tenía para con todos, especialmente para con los que padecían, hacía que fuera muy solicitado junto al lecho de los enemigos de la Iglesia. Pero más que todos, en sus últimos momentos, lo deseaban los jovencitos del Oratorio, los cuales, según atestigua Don Rúa, encontraban dulce la muerte siendo asistidos por Don Bosco.

“El sacerdote —decía Don Bosco— debe cuidar de la salvación de las almas; pero antes que en las otras, debe pensar en salvar la suya propia, cumpliendo todos los deberes solemnemente contraídos en la ordenación sacerdotal.”

Salvar las almas era para Don Bosco el deber de todos los ministros de Dios. ¡Salve! *Salvando sálvate*, repetía a los sacerdotes cuando los saludaba.

En 1878 escribía a un párroco deseoso de dejar la cura de almas: “No hable de dejar la parroquia. ¿Hay que trabajar? Moriré en el campo de trabajo. *Sicut bonus miles Christi*. ¿Sirvo para poco? *Omnia passum in eo, qui me confortat*. ¿Hay espinas? Con las espinas cambiadas en flores, tejerán los ángeles para usted una corona en el Cielo. ¿Los tiempos son difíciles? Así fueron siempre, pero Dios no negó su ayuda: *Christus heri et hodie*. ¿Pide usted un consejo? Helo aquí: cuídese especialmente de los niños, de los ancianos y de los enfermos y se hará dueño de los corazones de todos.

*Da mihi ánimas, caetera tolle*; las almas de los jóvenes

las almas de los ancianos, las almas de los pobres, todas las almas y sólo almas, y no otra cosa: he ahí el programa que nunca se cansaba de recomendar a los mismos aspirantes a la carrera eclesiástica. Monseñor Spandre, Obispo de Asti, recuerda que la mañana en que salió del Oratorio para el Seminario, el Santo lo invitó a ayudarle la Misa y cuando volvió a la sacristía, después de despojarse de las sagradas vestiduras, le dijo:

—Arrodíllate, que quiero darte mi bendición.

Y lo bendijo. Después, poniéndole una mano sobre la cabeza, continuó:

—Acuérdate, Luis, si con la ayuda de Dios llegas a ser sacerdote, de *quaerere lucrum animarum et non quaestum pecuniarum*: ¡almas y no dinero!

“Aquellas palabras —escribe Monseñor—, pronunciadas con dulce acento y acompañadas de su penetrante mirada, me conmovieron profundamente y se imprimieron en mi corazón de tal manera, que jamás las he olvidado. Fueron para mí un programa y la revelación de un santo y sublime ideal de aquel hombre de Dios, para quien, teniendo únicamente interés en la salvación de las almas, nada era lo demás.”

## CAPÍTULO LXXXI

### Franqueza apostólica

“El sacerdote siempre es sacerdote” —decía—, y como tal debe manifestarse en todo momento. Así lo hacía él: era sacerdote en el altar, sacerdote en el púlpito, sacerdote en el confesonario, sacerdote entre los alumnos, sacerdote en medio del mundo y sacerdote delante de todos, en todos sus actos, en todas sus palabras, era sacerdote encendido en amor de Dios y no deseaba otra cosa que la salvación de las almas. La vida de Don Bosco está llena de episodios característicos que revelan su habitual franqueza.

Encontrábase un día en casa de una familia de brillante posición, cuando oyó a un niño de cinco años que, contrariado porque se le había caído su caballito de madera, pronunció con enojo el santo nombre de Cristo.

Lo llamó con dulzura y lo invitó a recitar los mandamientos de la Ley de Dios; cuando llegó al segundo, lo interrumpió y le dijo:

—¿Sabes lo que quiere decir: “No nombrar el Santo nombre de Dios en vano”? Quiere decir, amiguito, que nunca debemos nombrar a Dios, que nos quiere tanto, sin una razón justa y sin devoción; de otro modo, cometemos un pecado, esto es, desagradamos a Dios; y esto especialmente cuando proferimos su nombre con cólera, como lo has hecho tú.

El niño bajó los ojos mortificado y respondió:

—¡Papá lo dice siempre!

A estas palabras, la madre palideció; el padre se puso en

brasas, pero tomó al niño con prontitud y acariciándolo le dijo:

—Es verdad; perdóname... he hecho mal; ya no lo diré más, y quiero que ésta sea también para ti la última vez.

En 1880 estaba esperando un día en la estación de Ventimiglia la salida del tren de Francia, cuando oyó a un niño, hijo del dueño del restaurante, que repetía de cuando en cuando, como una exclamación: “¡Quisto!” Llamóle y dijole:

—Ven acá, pequeñín. ¿Quieres que te enseñe a pronunciar bien las palabras? ¡Ea!, quítate el sombrero y está atento; se dice Cristo y no Quisto; de esta manera, fíjate.

Y le hizo la señal de la cruz diciendo:

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea. Sea alabado Jesucristo. Fíjate bien, no Quisto, sino Cristo.

La madre del niño, que estaba presente, agradecida al celo del Siervo de Dios, le dio una limosna para una Misa, lo cual repitió otras veces que lo vio pasar.

En 1866, un día de ayuno, entró en el restaurante de la estación de Bolonia y pidió comida de vigilia, diciendo:

—Hoy es ayuno.

No la tenían, y de una manera delicada se quejó de ello al dueño.

Habiendo vuelto a pasar por Bolonia y en viernes, al verlo el dueño le dijo:

—Venga, venga, señor abate; ahora tenemos comida de vigilia.

Otra vez lo esperaban a comer en casa de una bienhechora, la cual, para honrarlo, había hecho muchas invitaciones. Dos de las señoras invitadas, deseosas de hablarle... lo esperaban en el salón de entrada; estaban un poco descotadas y con los brazos desnudos. Apenas las vio Don Bosco bajó los ojos y dijo:

—Dispénsenme, me he equivocado de puerta; creí que entraba en una casa y he entrado en otra.

Y se dispuso a salir.

—No, Don Bosco —dijeron ambas—, no se ha equivocado. Aquí es, aquí es donde lo esperan.

—No puede ser —repitió el Siervo de Dios—; en donde me invitan puede entrar libremente un sacerdote...

Ruborizáronse las señoras y corrieron confusas a tomar sus chales y le suplicaron, bajando él ya por la escalera, que las dispensase y volviese atrás. Durante la comida no se despojaron de sus chales, y él estuvo amenísimo, como siempre.

\* \* \*

Su conducta era siempre franca, animosa y edificante. Habiendo tomado parte en la Exposición Nacional de Turín de 1884, e instalado una fábrica de papel según el último modelo, puso por condición absoluta que los días festivos se observase el descanso prescrito por la Iglesia; y a pesar de las muchas instancias que le hicieron en contra, porque la concurrencia mayor de los visitantes era los domingos y deseaban ver cómo se fabricaba el papel, no quiso acceder en modo alguno, añadiendo que aquella debía ser la predicación de la santificación de las fiestas.

Cuando el Cardenal de Ángelis llegó desterrado a Turín, Don Bosco fue el primero en visitarlo, cuando nadie se atrevía a tanto. Don Francesca supo de Don Bosco mismo que el Conde Avogadro de la Motta le felicitó diciéndole:

—Usted ha abierto la puerta; yendo a consolar al ilustre Cardenal, ha invitado así a otros a ir allá y tengo la satisfacción de poderle decir que yo fui inmediatamente después de usted.

El Cardenal De Ángelis, apenas se vio en libertad, fue a devolver la visita a Don Bosco en el Oratorio.

Consideróse muy honrado y afortunado en poder hospedar por seis meses en su casa de Turín a Monseñor Rota, Obispo de Guartalla, desterrado en 1886. Dijo después aquel buen Obispo que el tiempo más hermoso de su vida lo había pasado en el Oratorio.

\* \* \*

No hay necesidad de ponderar la conducta del Santo con el Papa, porque toda su vida la explica; más bien habría que observar que es tanto o más admirable, porque no habría podido ser ni más filial ni más devota, ni más franca y edificante, aunque hubiera vivido en tiempo de extraordinario amor y devoción a la Cátedra Romana. Recordemos sus palabras: "Como católico estoy con el Papa, y con él quiero estar hasta la muerte; estoy con el Papa en materia de Religión. En cuanto a la política, no estoy con nadie..." Y agregaba: "¿Y esto por qué? Además del auxilio de Dios, mucho nos ayuda a nosotros la índole misma de nuestra Obra. Nosotros queremos hacer el bien a la juventud abandonada y extraviada, y nada más; y esto gusta a todos, aun a aquellos que en materia de Religión no piensan como nosotros."

A este respecto, siempre decía: "¿Queréis saber por qué la Asociación de Cooperadores es bien acogida por todos? Porque lo mismo que todas nuestras obras, es ajena a la política... En caso de presentarse una ocasión oportuna y conveniente, cumplimos también con nuestro deber; pero fuera de este caso, hay que mantener el principio de no mezclarse en política; esto nos ayudará muchísimo."

Fidelísimo a su propósito de hacer siempre, en todas partes y a todos, el mayor bien posible, sostenía que la franqueza en el modo de obrar y la sinceridad del lenguaje son, sin duda, las dotes que mejor responden a este fin.

Hizo entender a algunos príncipes romanos y a otros señores la grave obligación de la limosna si querían tener en sus familias la bendición de Dios.

El Ministro Urbano Rattazzi, valiéndose de la confianza que tenía con él, un día que lo recibió en audiencia, preguntóle si, a causa de todo lo que había hecho contra la Iglesia como Ministro de Estado, había incurrido en las censuras eclesiásticas. Don Bosco le pidió tres días de tiempo, diciéndole:

—Las cosas graves deseo pensarlas y meditarlas un poco. Pasados los tres días volvió a ver a Rattazzi y le dijo:

—Excelencia, he estudiado la cuestión y he buscado y he procurado encontrar la manera de eximirle de las censuras; pero no lo he logrado.

Esta franqueza y libertad agradaron tanto al Ministro, que respondió:

—Estaba seguro de que Don Bosco no me engañaría; por eso precisamente he querido informarme por medio de usted. Estoy contento de su franqueza; recurra siempre a mí, siempre que tenga necesidad de ayuda para sus niños.

En la primavera de 1874, mientras andaba más atareado en favor de las temporalidades de los Obispos, un día que salía de una audiencia con el Ministro Vigliani, comunicó a Don Berto lo siguiente: "Esta tarde les he hablado muy claro; véase la muestra:

—¡Es una vergüenza que en la Ciudad Santa se trabaje los días de fiesta!

El Ministro respondió:

—Mire usted: unos lo hacen por convicción, otros por interés; pero me ocuparé en ello. Por el momento, puedo asegurarle que, en lo que respecta al Gobierno, no se descuidará nada para impedir este desorden; lo demás depende del Municipio.

Y replicó Don Bosco:

—¡Usted, si quiere, puede impedirlo!

El Ministro tomó nota, asegurándole que avisaría al Municipio. En aquel mismo año obtuvo del mismo Ministro de Justicia que no se profanase con un baile de Carnaval el Coliseo, regado con la sangre de los mártires."

\* \* \*

La fascinación de su sincera palabra brillaba en todo su esplendor cuando invitaba a alguno a pensar en la salvación del alma.

Un día, comiendo con el Conde de Camburzano, se encontró con diversos comensales, entre los cuales había un general retirado. Las cosas de la fe no habían nunca preocupado al viejo soldado, más bien frío en cosas de piedad. El Siervo de Dios, después de haber discurrido largamente con el Conde, con la Condesa y el General, estaba para retirarse, cuando éste, que durante la comida no había cesado de mirarlo, vivamente impresionado por su modo de proceder, se le acercó y le dijo:

—Dígame usted una palabra, que yo la guardaré como recuerdo de nuestro encuentro.

—¡Oh!, señor General —respondió el Santo—, rece por mí para que el pobre Don Bosco salve su alma.

—¿Rezar yo por usted? —dijo aquel señor sorprendido de tan inesperada recomendación—. Es mejor que me dé algún buen consejo.

Don Bosco reflexionó un poco y al fin le dijo:

—Señor General, piense que tiene una gran batalla que dar todavía; si la gana, será muy afortunado.

—¿Cuál es?

—Señor General, ¡la salvación de su alma!

A estas palabras, todos se miraron a la cara, y el General exclamó:

—Sólo Don Bosco podía hablarme con tanta franqueza.

En 1884 fue a visitarlo un extranjero, que le refirió, entre otras cosas, las obras de caridad que practicaba en su pueblo. Era un buen abogado, caluroso sostenedor de la libertad de la escuela, honrado por el Papa con el nombramiento de Comendador, y aunque por las dificultades de los tiempos se había retirado de los negocios públicos, no dejaba de patrocinar privadamente la buena causa.

Don Bosco, que lo escuchaba con interés, de pronto le preguntó amablemente:

—Señor Comendador, esa Religión que tan honrosamente defiende usted, ¿la practica también?

Estas palabras desconcertaron al abogado, hasta ruborizarle y hacerle decir:

—¿Por qué me habla usted así?

—Porque usted me trata con tanta familiaridad y cortesía, que creería faltar a mi deber, si no le correspondiese con muestras de amistad y confianza.

Aquel señor intentó cambiar de conversación, pero el Santo insistió en la pregunta, teniéndole asida la mano entre las suyas. Aquél replicó:

—¿Por qué me estrecha de ese modo?

—¿Por qué quiere usted desasirse de mí? Responda a mi pregunta: Esa Religión que usted tan bien defiende públicamente, ¿la practica?

—¡Ah, Don Bosco! Usted ha leído en mi corazón, ¿no es verdad?

Y bañando con ardientes lágrimas las manos del Santo, continuó diciendo entre sollozos:

—Sí, se lo confieso, Don Bosco, nunca la he practicado; al contrario, no creía en la Confesión.

—Pues bien, diga usted que de ahora en adelante la practicaré; y prométame usted, señor, que la primera vez que volvamos a encontrarnos, usted, al estrecharme la mano, me dirá: “¡He mantenido mi promesa!”

—Sí, se lo prometo; apenas llegue a mi casa, me confesaré y le comunicaré la noticia dentro de pocos días. ¡Le doy mi palabra de honor! ¡Ah, Don Bosco, si todos los sacerdotes fuesen como usted, todos practicaríamos la Religión!

—¿Si todos se acercasen a los sacerdotes como usted —acabó por decir amablemente el Santo—, nadie hablaría mal de ellos!”

Le fue presentado en una ocasión el Superior General de una Orden Religiosa; recayó la conversación sobre las vocaciones, y aquel buen Religioso decía que en su Orden ya no había novicios. A estas palabras, dichas quizás con demasiada frialdad, Don Bosco tomó un aspecto muy serio, y en

presencia de Don Álbera, que se lo había presentado, amonestó al Padre General así:

—Recuerde, Padre, que su Orden no ha hecho todavía todo el bien que debía hacer. Contraería usted una terrible responsabilidad si la dejase perder. Si no puede sostenerla en Italia, vaya a Francia, a América; pero procure conservarla.

\* \* \*

También hablaba a los Soberanos con libertad apostólica.

Cuando fue a Roma, en 1867, la Reina María Teresa, mujer de Fernando II, Rey destronado de Nápoles, tuvo con Don Bosco una larga entrevista, llevada del deseo de que le revelase un porvenir más glorioso y la vuelta al trono; pero sólo recibió esta respuesta:

—¡Majestad, me duele tener que decirle que no volverá a ver más a Nápoles!

Al volver a casa, Don Bosco refirió la entrevista a Don Francesia, el cual le preguntó:

—¿Y tuvo usted valor de decirle eso a aquella pobre señora?

—Es natural; me preguntan la verdad y debo decir la verdad.

Su respuesta llegó a oídos del Rey Fernando II, el cual experimentó un vivo deseo de hablar con el Siervo de Dios. En efecto, el 3 de febrero celebró Don Bosco la Santa Misa en casa de la Duquesa de Sora, en Villa Ludovisi; hizo una vibrante plática sobre la fe, y acabada la acción de gracias, púsose a disposición del Rey, con el cual se entretuvo conversando privadamente. El Rey mismo hizo recaer la conversación sobre las vicisitudes de su vida, y aludiendo a sus esperanzas de volver a Nápoles pocos meses después, rogó a Don Bosco que le dijera con toda libertad su opinión. Don Bosco le dijo:

—Si quiere que le hable sin rodeos, debo decir que Vuestra Majestad no volverá más a subir al trono.

Impresionado por esta respuesta, quiso el Rey que le explicase la causa. Don Bosco, con gran serenidad, se puso a recordar cómo habían tratado a la Iglesia durante muchos años los reyes de Nápoles. Tuvo también otra conferencia con el Monarca en presencia de la Reina Sofía. Después de un rato de conversación, el Rey, casi bromeando, le interrumpió, diciéndole:

—¡Don Bosco, mi esposa desearía saber de usted si confirma lo que me dijo cuando hablamos en Villa Ludovisi... si volveremos a Nápoles.

—¡Majestad, yo no soy profeta; pero sí debo decirle lo que siento, creo que Su Majestad haría mejor en no abrigar ese pensamiento.

La Reina protestó, y él repitió:

—Deseo que se cumplan las esperanzas de Vuestra Majestad; pero mi pobre parecer es que Vuestra Majestad no recobrará el trono de Nápoles.

Después que salió del palacio refirió el coloquio confidencialmente a Don Francesia, quien, asombrado, le dijo:

—Pero, ¿por qué se entra usted en esas cuestiones?

—Porque me preguntan.

—¡Yo dejaría al menos el consuelo de la esperanza a esos pobres desterrados!

—¡No sé lo que harías tú si te encontrases en mi caso; pero lo que yo sé es que debo responder así. En primer lugar, ellos no tienen hijos. En segundo lugar, el Señor los ha borrado del libro de los reyes!

Otro episodio.

Para la inauguración del ferrocarril Turín-Cirié-Lanzo el gobernador de Turín había pedido que se sirviese en el Colegio Salesiano un refresco a las Autoridades. Don Bosco accedió, tanto más cuanto debía presidir el acto S. A. R. el Príncipe Amadeo de Saboya, y juzgó que era deber suyo encontrarse él mismo en Lanzo con la banda de música del Oratorio y también para ayudar en aquel apuro al Director de la Casa.

La ceremonia tuvo efecto el 6 de agosto de 1876 y en ella tomaron parte los Ministros Depretis, Nicótera y Zanardelli, representantes del Rey, con una comitiva de cerca de cuatrocientos invitados. Don Bosco esperó a la comitiva en la puerta del colegio, saludó a los Ministros y una vez servido el refresco se fue con ellos a la extremidad del jardín cerca de una mesa de piedra. Allí se habló de varias cosas.

Llegada la conversación a cierto punto, el diputado Ercole exclamó:

—Don Bosco lee en los corazones. Díganos quién es más pecador de los dos, Nicótera o Zanardelli.

El Santo respondió que no podía dar una respuesta porque no quería ni podía juzgar por las apariencias; que estimaba a los dos por su cultura y actividad, pero que en el terreno moral, no podía emitir ningún juicio, porque no los conocía. Ercole insistió y Nicótera le interrumpió:

—¡Oh!, ¿por qué quieres ponerme por término de comparación? ¡Ahí no entro yo!, ¿sabes? Pregunta mejor a Don Bosco si tú eres más pecador que los demás.

—¡No tengo ganas de convertirme! —respondió Ercole.

—Entonces —replicó Nicótera— eres más pecador que yo, porque conoces el mal, y lo haces. ¿No sabes que está escrito en la Biblia que *desiderium peccatorum peribit*? ¿Qué dice a esto, Don Bosco?

—¿Qué quieren que les diga, si me quitan la palabra de la boca? Además, para conocer a uno, éste debería venir aquí, no por una hora, sino para hacer los Ejercicios Espirituales y para pensar en la vida pasada, en la muerte con la cual acaba la escena de este mundo, en la vanidad de las cosas terrenas, en la preciosidad de las cosas celestiales, en los juicios de Dios, en la eternidad!... que pensase que, a las puertas de la muerte, la única alegría consistirá en el bien que se haya hecho y que todas las otras cosas sólo producirán angustia. Después de estas reflexiones, si usted me hiciese una sincera confesión general, entonces le podría dar un juicio de su interior.

—Pero dígame usted: ¿cree que nos salvaremos? —le preguntaron aquellos señores disimulando la inquietud con la broma.

—Así lo deseo y así lo espero —respondió Don Bosco—, porque la gracia, la misericordia del Señor es tan grande...

—Pero nosotros no tenemos ganas de convertirnos tan de prisa.

—¿Querrán decir ustedes que desearían convertirse... pero continuando por ahora así... o bien, lo desearían, pero no se sienten con ánimo?

—Eso es precisamente —replicaron.

—Entonces yo no tendré otra cosa que responder sino lo que ha dicho hace poco aquel señor: *Desiderium*.. con lo que sigue...

También en aquella ocasión, fue Don Bosco el verdadero rey de la fiesta; todos salieron entusiasmados de ella. Zanardelli se mostró muy complacido. Nicótera al despedirse dijo:

—He experimentado un grandísimo contento y una satisfacción de aquellas que se disfrutaban quizás una sola vez en la vida.

—A no ser —dijo Zanardelli— que vengamos otra vez a los colegios de Don Bosco.

—Siempre los tendrán abiertos —concluyó el Santo.

\* \* \*

Después de la comida, hallándose sentado en el pórtico con varios clérigos y sacerdotes, deciales:

—Creo que hace mucho tiempo que esos Ministros y Diputados no han oído tantos sermones como se les han dirigido aquí en Lanzo. Por otra parte, son unos desgraciados que no oyen nunca una palabra dicha *ex toto corde*, o una verdad dicha en tal forma que no se den por ofendidos. Nosotros los hemos recibido cordialmente, y les he dicho, con el corazón en la mano, todo cuanto la ocasión me brindaba a decirles; y por eso, las verdades que podía exponerles sin

ofenderlos, se las he dicho con toda franqueza. Quizás nunca hayan sabido lo que son los Ejercicios Espirituales; pero creo que esta vez aun sin ir a San Ignacio, los han hecho. También hemos recordado el dicho evangélico "*Dad al César lo que es del César*". Nos hemos limitado a obsequiar a las autoridades constituídas. Además, creo que hemos obtenido otra ventaja. Espero que ya no serán enemigos tan acérrimos de los sacerdotes. Como se han visto tratados cordialmente, se convencerán de que los sacerdotes no desean sino el bien de todos; y creo que en la hora de la muerte desearán todos tener un sacerdote junto a su lecho."

\* \* \*

Prueba también de esa franqueza y de su genio didáctico es el juicio que en 1875 daba sobre los textos de Filosofía y Teología que usaban los Seminarios: "Ninguno de ellos responde con plenitud ni a la edad de los estudiantes ni a las necesidades de los tiempos. Se necesitarían textos que aco- plasen brevedad, facilidad y precisión, y por tanto, desentra- ñasen bien las cuestiones fundamentales y vivas del día de hoy, y se contentasen con rozar, o aun omitieran, otras, importantísimas en sí, pero de las cuales nunca o rarísima- mente se habla." Añadiremos que quiso remediar esos incon- venientes y hasta dio el encargo a un doctísimo profesor que, por desgracia, no tuvo tiempo ni halló modo de hacerlo.

## CAPÍTULO LXXXII

### Confianza en la Divina Providencia

No tardarán en conocer los que estudien la vida de Don Bosco, que en él brillaron extraordinariamente tres virtudes: la fe, la caridad y la ilimitada confianza en Dios. Pero si su caridad es universalmente celebrada, quizás no se han apre- ciado como se debe su fe y su confianza en la Divina Provi- dencia; porque aquélla fue la inspiradora, y ésta, el sostén de su caridad.

"Con la ayuda de la Divina Providencia —dejó escrito a los Cooperadores Salesianos—, hemos podido fundar igle- sias y casas, proveerlas de material, y atender a los alumnos que en ellas viven." "Pero de estas obras —protestaba con bastante frecuencia—, Don Bosco no es más que humilde instrumento; el artífice es Dios. Al artífice y no al instru- mento, corresponde suministrar los medios para realizarlas y mantenerlas; a nosotros nos toca solamente mostrarnos dóciles y flexibles en su manos."

Exclama el Cardenal Cagliero: "Su confianza en Dios y en la Santísima Virgen era portentosa. Durante los treinta y cinco años que estuve a su lado, no recuerdo haberlo visto un solo momento angustiado, desalentado, ni inquito por las deudas que lo agobiaban ni por la manutención de sus joven- citos." ¡Cuántas veces su familia adoptiva, a consecuencia de las guerras o por otras vicisitudes, se encontró en grandes estrecheces! Si sabía que para el día siguiente no había ni pan ni dinero, no por eso dejaba de estar tranquilo y alegre:

“¡Comed, muchachos —decía—, que ya habrá!” En efecto, la Divina Providencia no lo desamparó jamás, y aunque el número de los asilados aumentaba cada día y los tiempos se hacían muy difíciles, continuó admitiéndolos lo mismo. Sostén inquebrantable de su confianza era la oración. En sus necesidades recurría siempre a la oración, o mejor, oraba siempre; pero en circunstancias especiales, renovaba su confianza en Dios de un modo ilimitado y recomendaba a los suyos que rezaran con más fervor.

A principios de 1858 debía pagar una importante deuda y no poseía ni un céntimo. Su acreedor, después de haber esperado pacientemente un poco, quería que sin falta se le pagase el 20 de aquel mes. Era el día 12 y no había con qué pagarle. Don Bosco, en aquel grave apuro, dijo a varios alumnos:

—Hoy tengo necesidad de una gracia particular; iré a la ciudad y mientras me encuentre allí, procurad que alguno de vosotros esté siempre en la iglesia rezando.

Fue a la ciudad y los jóvenes obedecieron. He aquí que al llegar junto a la iglesia de la Misión, se le acerca un sacerdote, el cual le presenta un sobre con varios billetes de mil liras. Maravillado por aquel donativo, vacila en admitirlo.

—¿A título de qué me ofrece usted esta cantidad?

—Tome usted y sírvase de ella para las necesidades de sus alumnos —dijo nuevamente el desconocido, alejándose sin manifestar el nombre del donante y aun sin admitir un simple recibo.

Otra vez, teniendo que pagar diez mil liras al librero Paravía, salió en busca de la Providencia. Después de haber hecho una visita a la Consolación, al llegar a una calleja, junto a la iglesia de Santo Tomás, se le acercó un criado de librea, y en nombre de su amo, le entregó un paquete de láminas de la Deuda Pública, de modo que pudo pagar las diez mil liras a Paravía, por la impresión de las *Lecturas Católicas* y satisfacer otras urgentes necesidades. Tampoco pudo saber aquella vez el nombre del bienhechor.

“Cuando hacía a los suyos estas confidencias —observa el Cardenal Cagliero—, veíamos nosotros su rostro más radiante que de costumbre, su voz se hacía más afectuosa y suave, no sólo por su alegría y su asombro, sino por su gratitud y su amor a Dios.”

Durante el año 1862 debía entregar varias cantidades a cuenta al contratista de las obras y a los proveedores de los talleres, pero no contaba con nada. Lleno de confianza en la Divina Providencia, y como los niños estaban en las clases, rogó al cocinero y a otras personas de la casa que fuesen a la iglesia a rezar el Santo Rosario; después salió en busca de socorros. Apenas llegó a la calle que flanquea el manicomio, un desconocido le entregó un pliego cerrado diciéndole:

—¡Para sus obras!

Y sin decir más, se marchó. Don Bosco abrió el pliego y encontró siete mil francos.

\* \* \*

Cada vez que tenía necesidad de la Divina Providencia, rezaba y hacía rezar; y ésta, como amorosa madre, le salía al encuentro. Frecuentes veces también lo prevenía. Un acreedor, después de haberse enfurecido porque no se le pagaba, amenazó con llevarle a los tribunales, y casi en el mismo momento llegó un bienhechor, que entregó al Santo tres mil liras, justamente la cantidad necesaria para el pago, que no hicieron sino cambiar de mano, dejando al acreedor admirado y confiado para adelante.

Otra vez, apremiado por el panadero al que debía una cantidad considerable, salió de casa en busca de dinero. Un buen señor que tenía una importante limosna que llevar al Oratorio, pensaba ir allí el próximo sábado, pues ése era el día que acostumbraba visitar a Don Bosco. Pero aquella mañana era miércoles y de pronto sintió mudarse su voluntad; un pensamiento le molestaba con insistencia sin que pudiese desecharlo. ¡El Oratorio debe de hallarse necesitado!

Tomó el dinero y se lo llevó a Don Bosco. No hay que ponderar la admiración recíproca que experimentaron al referirse la necesidad urgente del uno y el cambio de voluntad del otro.

En agosto de 1884 era huésped con el clérigo Viglietti del Obispo de Pinerolo. Estaban sentados en un parapeto del jardín del palacio episcopal, cuando llega un criado y da a Don Bosco dos cartas. Don Bosco lee y se echa a llorar. Viglietti, alarmado, le pregunta la causa de aquel llanto.

—¡La Virgen —responde Don Bosco— nos quiere bien!

Y le da a leer aquellas cartas. En una se le pedía la devolución urgente de treinta mil liras que un señor le había prestado. La segunda procedía de una señora de Bélgica, que le preguntaba de qué manera podría emplear para gloria de Dios treinta mil liras.

Casos como éstos ocurrían con bastante frecuencia. En aquel mismo año el clérigo Viglietti anotaba otros casos maravillosos. “Se habían gastado treinta mil liras para habilitar un local en Mathi Torinese, con objeto de que sirviese de residencia a las Hijas de María Auxiliadora. Don Bosco fue a comer en casa del Conde Colle en Tolón y estaba preocupado porque tenía que liquidar la cuenta del maestro de obras que había ejecutado aquellos trabajos. Acabada la comida, el Conde, que no sabía nada de esto, presentó a Don Bosco un pliego que contenía treinta mil liras para sus obras. Don Bosco, sonriendo, volvióse al Conde y le dijo que durante la comida había estado pensando cómo pagaría las treinta mil liras, y que para eso la Divina Providencia le había elegido como instrumento suyo. El Conde Colle lloró de consuelo al oír estas palabras.”

El 14 de agosto de 1886 Don Durando encontrándose en situación muy apurada, se llevó todo el dinero que había recibido aquellos días. Apenas salió Don Durando, entró una persona que hacía tiempo esperaba en la habitación inmediata. Don Bosco le dijo:

—Dispéñeme si le he hecho esperar; el prefecto de la Congregación ha venido y se ha llevado todo el dinero que tenía y ahora he aquí a Don Bosco pobre y sin un céntimo.

—Pero Don Bosco, si en este momento tuviese necesidad de dinero —indicó aquel señor—, ¿qué haría?, ¿qué haría?

—¡Oh la Povidencia!... ¡La Providencia! —exclamó Don Bosco.

—¡Sí!... Providencia... Providencia... no está mal; pero ahora no tiene usted dinero. ¿Y si lo necesitase en este momento?...

—En ese caso —respondió, con una mirada misteriosa—, le diría a usted, mi buen señor: Vaya a la antecámara y encontrará a una persona que trae un donativo para Don Bosco.

—¿Cómo?... ¿Lo dice de veras?... ¡Pero si no había nadie cuando yo entré!... ¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie; pero yo lo sé y lo sabe María Auxiliadora... Vaya... vaya y vea.

Aquel señor fue a la habitación inmediata y al ver a otro señor, le pregunta:

—¿Viene usted en busca de Don Bosco?

—Sí, vengo para entregarle una limosna.

No hay que decir cómo quedaron todos. No hubo más que una sola voz para alabar y dar gracias al Señor.

Algunas veces estos auxilios extraordinarios venían también de los humildes, de los cuales llegaban habitualmente a Don Bosco tantas limosnas que superaban todas las de los ricos juntas.

\* \* \*

Don Bosco era delicadísimo con sus bienhechores. El Señor manifestó varias veces su agrado por esta delicadeza. Un matrimonio que le mandaba periódicamente una limosna, por la quiebra del Banco en que había depositado casi todo su capital quedó en la miseria, hasta el punto de que vivía en una buhardilla en Milán, a donde se había retirado. Don Bosco fue a buscarlos y se ofreció a devolverles la cantidad

que había recibido de ellos. El marido lo rehusó llorando y dijo que lo que había hecho era por pura limosna.

—Pues bien, la Virgen le dé en la misma medida lo que necesite.

Desde aquel día les remitió todos los meses cien liras. Cuando le fueron devueltas las seis mil liras al marido, éste murió; la viuda encontró poco después un excelente partido y se casó. Sus limosnas a María Auxiliadora no faltaron en adelante.

\* \* \*

El Colegio de Borgo San Martino tenía una huerta que producía fresas primerizas. Cuando había cantidad suficiente, invitaba a sus cinco o seis grandes bienhechores del Patriado turinés a darse un paseo para ir a comerlas; y les preparaba una tarde deliciosa.

Dios es admirable en sus Santos: "En Turín —decía el Arzobispo Monseñor David, de la familia de los Condes Riccardi— tenemos dos prodigios: Cottolengo y Don Bosco; el uno y el otro tienen su propio espíritu y lo deben mantener. La Casa de la Divina Providencia no debe nunca pedir nada, y hace muy bien, porque la Providencia se cuida de mandar cotidianamente los miles de liras que necesitan sus cinco mil asilados (1). Don Bosco tuvo la inspiración de recurrir a la beneficencia pública. ¡Ay, si Cottolengo adoptase el sistema de Don Bosco! ¡Ay, si Don Bosco adoptase el sistema de Cottolengo!

\* \* \*

Don Bosco, a pesar de esto, creía que era su deber intentar todos los medios humanos antes de abandonarse ciegamente en los brazos de la Divina Providencia. Por eso pidió y pidió siempre de mil maneras: circulares, loterías, rifas y

(1) Ahora son más de diez mil.

otros muchos fueron los medios a los cuales recurría, cuando las necesidades apretaban y no bastaban ya los recursos ordinarios.

En el Carnaval de 1869 organizó una rifa en Piazza Castello con vendedores y músicos enmascarados. Pero cuando después los ediles fueron a llevarle quinientas liras, que la Comisión del Carnaval le había asignado a título benéfico, agradeció el rasgo, pero no quiso en absoluto aceptar aquella cantidad, diciendo que no quería de ningún modo disfrutar de suma procedente de diversiones pecaminosas. Y era que el Carnaval celebrado por ellos no había sido tan inocente como la rifa en Piazza Castello.

Delicadísimo en el pedir, cuando iba a buscar se limitaba a exponer con discreción sus necesidades: si le daban algo, lo tomaba; si no le daban nada, no insistía. "Las necesidades —solía decir— deben darse a conocer; si los otros no las conocen, no pueden pensar en ayudarnos; pero cuando las conocen, hagan lo que les dicte el corazón; yo no insisto más."

El 1881, el Párroco de San José en Marsella deseaba que fuera a visitar a una riquísima señora que tenía grandes deseos de socorrer las Obras Salesianas, pero esperaba que Don Bosco se lo pidiese. El Santo habló largamente con ella y se despidió, dejándola admirada porque la exhortó calurosamente a continuar las limosnas que ya hacía, sin decirle palabra de sus propias necesidades.

Quería que sus discípulos se educasen en ese mismo espíritu de confianza en la Providencia.

En 1871 envió al profesor Don Pablo Álbera, con otros dos salesianos, a fundar una casa en Marassi, cerca de Génova. Don Álbera llevaba consigo un poco de dinero para las eventualidades; pero antes de marchar, el Siervo de Dios le preguntó si necesitaba algo.

—No, no, señor, se lo agradezco, ya llevo quinientas liras.

—¡Oh, querido mío, —le respondió Don Bosco—, no es necesario tanto dinero. ¿No habrá Providencia en Génova?

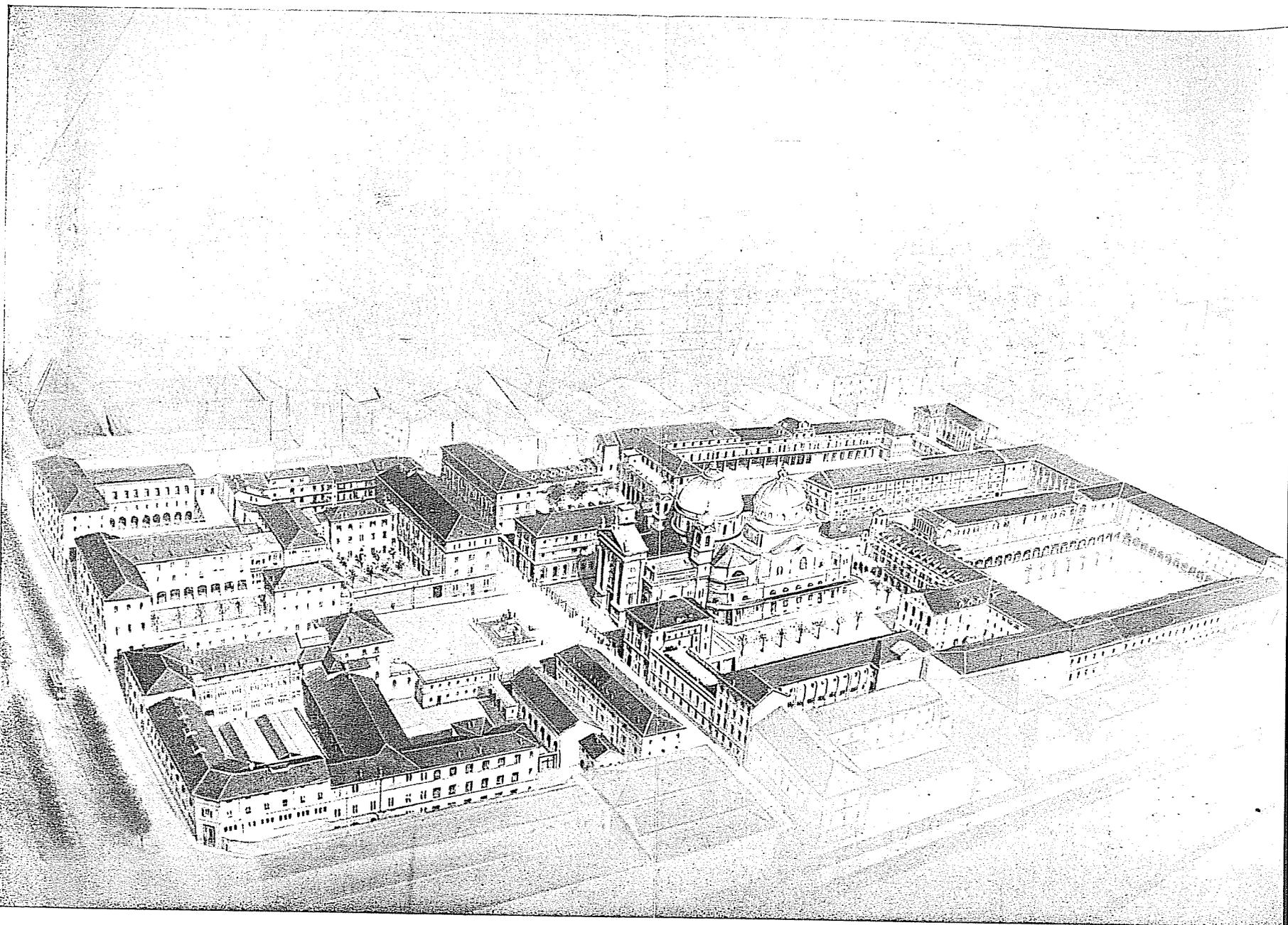
Vete tranquilo; habrá Providencia también para ti; no temas.

Y sacando del cajón unas cuantas liras, se las dio, recogándole el billete de quinientas.

Le parecía una ofensa a la Providencia divina conservar dinero para las necesidades futuras.

—No me es posible —dijo una vez a Don Rúa— encontrar un prefecto que me secunde del todo, es decir, que sepa confiar en la Divina Providencia y no procure reunir dinero para las exigencias del mañana. Temo que si nos encontramos tan escasos de medios es porque se hacen demasiados cálculos. Y así es: “cuando en estas cosas interviene el hombre, Dios se retira”.

Aparecía de un modo tan manifiesto la ayuda de la Divina Providencia en las obras de Don Bosco, que todos cuantos trabajaban para él o suministraban géneros al Oratorio, repetían: “¡Ojalá estuviésemos tan seguros de que los otros deudores nos pagasen como Don Bosco! Alguna vez tardará, pero nunca falta, porque tiene a su disposición a la Divina Providencia.” El maestro de obras, Carlos Buzzetti, decía: “Una palabra de Don Bosco vale más para mí que una letra de cambio.”



*El Oratorio-Casa Madre como se presenta hoy.*

## CAPÍTULO LXXXIII

### **Amor a la pobreza**

Los auxilios ordinarios y extraordinarios para emprender tantas y tan costosas obras no eran solamente una divina correspondencia a la fe de Don Bosco, sino también un premio a su pobreza. “La pobreza —decía— debe guardarse en el corazón para practicarla.” Amaba la pobreza no menos que San Francisco de Asís, como se ve por la manera como la practicó.

Ya se ha hablado de su pobreza en la mesa. La misma pobreza observó en todo lo que con él se relacionaba.

Pobre era su habitación: usó unos mismos muebles, sencillos y viejos, durante cuarenta años. Nunca quiso cortinas en las ventanas ni un pedazo de alfombra junto a su lecho, ni aun en invierno, ni un cubrepíés. Añadió a sus muebles un diván viejo con el asiento de paja, que le sirvió más de veinte años en la antecámara de las visitas. Si tuvo algún otro mueble más decente fue porque se lo regalaron. Durante su ausencia se trató de arreglar algo su habitación con alguna línea decorativa; pero cuando volvió a casa se mostró contrariado e hizo borrarlo todo con una mano de blanco en las paredes y en el techo.

Pobres fueron siempre sus vestidos. La sotana de paño grueso le servía para todas las estaciones. La ropa blanca era de género ordinario: acostumbraba graciosamente decir que lo que defendía del frío en el invierno impedía el calor en el verano; y nunca quiso usar camisas de tela fina o plan-

chadas. Llevaba zapatos ordinarios, porque costaban menos; los pañuelos eran de lo más corriente. En ocasión de su onomástico, los ex alumnos manifestaron varias veces la intención de regalarle algún objeto de uso personal; pero él los convencía de que era más conveniente proveer a la iglesia de objetos sagrados.

Prefería las cosas que le daban de limosna. Alguna vez regalaron a la casa una sotana usada, y él, si tenía necesidad, la tomaba para sí. Se servía también de zapatos, pantalones y capotes regalados por el Ministerio de la Guerra. A veces llevaba capotes de este género fuera de casa, especialmente cuando debía salir de noche.

Ocurría con frecuencia que debiendo ir de viaje o presentarse a alguna persona respetable y no habiendo en el Oratorio el vestuario conveniente, lo pedía prestado a los suyos, que con mucho contento le facilitaban los zapatos, los pantalones, la sotana, el sobretodo, la capa y alguna vez el sombrero. Nunca se preocupaba de procurarse prendas de vestir nuevas, sino cuando las que usaba se hacían inservibles, y dejaba a otros este cuidado. Cuando se quería que usase una sotana nueva, costaba trabajo hacérsela aceptar. Si le indicaban que por su posición era preciso presentarse vestido en una forma decorosa, respondía que el decoro en el eclesiástico y en el religioso está en la pobreza acompañada de la limpieza de la persona. Y en ésta era extremadamente cuidadoso.

\* \* \*

En los viajes usaba la mayor economía y pobreza. Si le era posible, los hacía a pie, aun cuando fueran de varios kilómetros. En el ferrocarril tomaba siempre tercera clase. Una vez, que supo que uno de los suyos había viajado en primera, aunque se trataba de un trayecto corto, tuvo un grandísimo disgusto, y dijo:

—¡Eso es un derroche y es una afrenta a la Divina Providencia!

Nunca se consideró dueño, sino administrador de los tesoros que le enviaba el Señor. Por eso los gastaba con la mayor escrupulosidad. Aun en el ejercicio de la caridad, era escrupulosísimo. Aceptaba gratuitamente a los niños verdaderamente pobres o abandonados; pero exigía siempre alguna retribución de aquellos que tenían padres y poseían algunos bienes, “porque —decía— no es justo ni decoroso que use de la caridad ajena quien tiene medios propios, privando de ella a quien realmente la necesite”.

Ni respecto a sus sobrinos necesitados le pareció lícito mostrarse generoso con los bienes de la Divina Providencia. “Lo que tengo y lo que me dan —decía de cuando en cuando— debo emplearlo para comprar pan a mis niños. ¡Ay de mí si hiciese un uso diferente!”

Guiado por este espíritu de observancia, llevó adelante la práctica de la pobreza hasta la más austera mortificación.

En la mesa no se servía del aceite ni de la sal para ciertos platos que lo hubieran necesitado; comía los pedazos de pan sobrantes de las comidas anteriores; en los últimos años recogía también las migajas. Se lamentaba viendo que los niños desperdiciaban los pedacitos de pan y los amonestaba para que temiesen los castigos divinos: para él todo pan era sagrado.

Tenía empeño, y lo inculcaba con frecuencia a sus religiosos, en que se aprovecharan los medios pliegos de papel sobrantes de las cartas que recibía; los recortaba, poniéndolos aparte para utilizarlos en sus escritos o hacer libretas. Se disgustaba mucho cuando veía algún objeto abandonado o malgastado inútilmente; y recomendaba que se aprovechara, si tenía compostura, y se utilizase del mejor modo posible. Hacía recoger hasta una cuerdecita abandonada en el patio, diciendo que llegaría la ocasión en que haría falta. Se le vio poner a media luz los mecheros de gas que quedaban encendidos, al recorrer la casa en hora avanzada de la noche, cuando le parecía que alumbraban más de lo necesario y el encargado había descuidado su obligación.

Recomendaba la pobreza en la construcción de las casas, en las puertas y en los enseres de las habitaciones.

Experimentaba gran contento cuando al visitar una casa encontraba que faltaba alguna cosa, aun necesaria; entonces solía decir que aquéllas eran las casas más bendecidas por el Señor. Pero si veía lo contrario, se disgustaba y amonestaba a quien correspondía.

\* \* \*

No afectó nunca desprecio por el dinero ni por lo que representaba dinero; pero tampoco se le pegó el corazón a él; lo tenía en gran estima como instrumento de bien y apostolado. De aquí la escrupulosidad en su manejo y sus amonestaciones a los ricos.

Sus teorías en este punto pudieron parecer rígidas a algunos. Hoy sencillamente son postulados de justicia social.

Por sus manos pasaban muchos millones, que escrupulosamente manejados, los empleó todos en procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Escribía al caballero Oreglia durante la construcción del Santuario de María Auxiliadora: "Dios le bendiga, caballero, y bendiga sus trabajos y haga que cada palabra suya salve un alma y gane un marengo" (1). Hasta un marengo debía servir para salvar un alma.

En 1867 decía a Luis Costamagna que tenía necesidad de ver la bomba del patio arrojar marengos, para poder abrir casas en todas las partes del mundo y salvar todas las almas extraviadas. Muchos años después, en 1883, cuando le recordaron la cosa, respondió sonriendo: "Lo que no dio la bomba lo dio la Divina Providencia y lo derramó nuestra querida Madre María Santísima. Quien confía en Ella no se verá jamás defraudado."

(1) Pieza de oro equivalente a veinte liras o francos.

\* \* \*

Con la santa pobreza consiguió realizar obras verdaderamente colosales. La pobreza fue en realidad un tesoro. "Cuando le dejaban alguna herencia consistente en terrenos o casas —atestigua Don Rúa—, me apremiaba para venderlo cuanto antes, ya para pagar lo más pronto las deudas, ya para evitar que se pegase el corazón de alguno a aquellos bienes."

Debido a esta práctica tan perfecta de la pobreza evangélica, tenía aquella gran autoridad cuando recomendaba a los suyos esta virtud, exhortándolos a contentarse con lo necesario o poniéndolos en guardia contra el error de aquellos que "se glorían de ser llamados pobres y no quieren carecer de nada".

En 1886, cuando escribía acerca del Capítulo VI General de la Sociedad Salesiana, recomendó de nuevo a todos los salesianos la práctica de la pobreza:

*"Recordemos, mis queridos hijos, que de esta observancia depende en gran parte el bienestar de nuestra Sociedad y el provecho de nuestra alma. La Divina Providencia, es cierto, nos ha ayudado hasta ahora, y, digámoslo así, de un modo extraordinario en todas nuestras necesidades. Estemos seguros de que esta ayuda continuará dispensándonosla en lo porvenir por la intercesión de María Santísima Auxiliadora, que siempre ha hecho de Madre nuestra. Pero esto no impide que por nuestra parte usemos de toda la diligencia necesaria, tanto para disminuir los gastos como para economizar en los suministros, en los viajes, en las construcciones, en general en todo aquello que nos es necesario. Creo además que en esto tenemos un deber particular lo mismo ante la Divina Providencia que ante nuestros mismos bienhechores. Estad persuadidos de que el Señor no dejará de bendecir abundantemente nuestra fidelidad."*

Procuró hasta el fin diligentemente que estas recomendaciones se practicasen. En sus últimos años, por ejemplo, encontró demasiado lujosos ciertos mecheros de gas; le pareció un derroche que los caloríferos diesen tanto calor que fuera preciso abrir las ventanas; juzgó fuera de su lugar que algu-

na sala, aunque destinada a recibir a los extraños, estuviese amueblada con mobiliario de nogal y cortinas en las ventanas. Amonestaba diciendo:

“¿Quién nos dará ya limosnas al ver este lujo? El Marqués Fassati y el Conde Giriodi, al ver en el Oratorio una puerta elegante, exclamaron: “Yo no doy un céntimo más; esto es lujo de marqués.” Es verdad que esto lo dijeron bromeando, y continuaron siendo buenos amigos nuestros; pero me basta a mí que lo hayan dicho, para que yo sepa a qué atenerme.”

Mientras huía de las comodidades, enseñaba a tener cuidado de los trajes, de los libros y de todas las cosas, y a no contraer hábitos que a la larga resultan costosos. “*Esas economías —nos decía— nos permitirán recoger a un huérfano más.*”

Sus primeros sacerdotes, y sea dicho en honor de la verdad, tenían también por habitación un camaranchón con una mesita, una silla o un taburete de madera y una palangana, y nada más; para estudiar iban a la sala común, en medio de los alumnos. El severísimo modo con que el Padre y los hijos practicaban la pobreza, valió a aquellos años el nombre de “tiempos heroicos”. “La pobreza —atestigua el canónigo Balesio, que vivió ocho años con Don Bosco— se veía en toda la casa y en todos los actos de nuestra vida en el Oratorio. Muchas veces se me ha ocurrido este pensamiento: Don Bosco y su familia salesiana, sin ser capuchinos de nombre ni de profesión, lo son de hecho por su vida pobre y laboriosa” (1). El Santo tenía la convicción de que la fidelidad escrupulosa en la práctica de la pobreza es un medio infalible para asegurarse los favores de la Divina Providencia.

(1) También, en honor a la verdad, muchos que han examinado de cerca la vida salesiana, afirman que nuestra pobreza no es prácticamente inferior a la de los Hijos de San Francisco. ¡Y Dios nos conserve siempre así!

## CAPÍTULO LXXXIV

### Vidente, taumaturgo y extático

¿Quién no se admira al considerar el grandioso espectáculo del poder concedido por Dios a sus Santos? Hijos predilectos del Padre que está en los Cielos, participan de su poder y reinan con Él; de esta manera manifiestan a los hombres cuán grata es la virtud al Señor! La voz del milagro fácilmente la entienden todos; y a todos pregona con fuerza irresistible: “He aquí el camino que conduce a la vida; seguid, mortales, las huellas gloriosas de los Santos.” Con todo, no falta quien sonría al oír la narración de estos hechos maravillosos, que son la aureola con que Dios suele coronar a sus escogidos. A pesar de ello, los Santos mismos son milagros vivientes, por la práctica heroica y constante de virtudes que están infinitamente por encima de las pobres fuerzas humanas.

El Señor se complació en ilustrar con dones sobrenaturales o gracias “*gratis datae*”, también las virtudes de Don Bosco, de las cuales están llenas estas páginas; pero es conveniente dar una idea sintética de ellos.

Don Bosco tuvo en alto grado *el don de profecía*. Predijo la duración y el incremento de su Institución, cuando la combatían dificultades capaces de destruirla. Muchos años antes describió el actual Oratorio. Predijo acontecimientos públicos, predijo a muchos la curación de gravísimas enfermedades, como al jovencito Juan Cagliero, y predijo asimismo la muerte inminente de grandes personajes. Por muchos años

no murió ningún alumno en el Oratorio sin que él anunciase su muerte algún tiempo antes.

En 1864, por ejemplo, predijo la muerte de dos jóvenes, cuyos nombres confió al enfermero Mancardi. Éste, para comprobar la profecía, escribió la siguiente "Pro-Memoria; Oratorio de San Francisco de Sales, 30 de enero de 1864. Don Bosco me dijo el 29 de enero por la noche: "Querido Mancardi, hay dos artesanos que antes de acabarse la próxima Cuaresma deberán ir al Paraíso, y son Tarditi y Palo; ten cuidado." Ignacio Mancardi, enfermero." Esta hoja fue sellada el mismo día y entregada al Prefecto Don Víctor Alasonatti, el cual escribió encima: "Predicciones de Don Bosco, para abrirlas después de Pascua de 1864." La Pascua de aquel año caía el 27 de marzo. El 26 de febrero murió el joven Palo y el 12 de marzo, en la Pequeña Casa de la Divina Providencia, el joven Tarditi.

En 1880, cuando estaba alojado en Tor de Specchi en Roma, recibió una carta de una señora francesa que le pedía la bendición para su única hija, muy enfermiza. Don Bosco declaró a Don Dalmazzo que la niña moriría, que sería mejor para ella, porque la madre no habría sabido educarla. Después de cuatro o cinco años, un telegrama anunciaba la muerte de la pequeña.

\* \* \*

Conocía también y veía claramente las cosas ocultas o lejanas.

"Un día —escribe José Brossio— había yo hecho una obra de caridad que me había costado un gran sacrificio, y esto nadie lo sabía. Apenas llegué al Oratorio y Don Bosco oyó mis pasos o mi voz, vino a mi encuentro, y tomándome por la mano me dijo: "¡Oh, qué hermosa corona te has ganado para el Paraíso con el sacrificio que has hecho!" Y Don Bosco me explicó, punto por punto, todo lo que había practicado en secreto."

Una noche, estando en el refectorio del Colegio de Lanzo, se volvió de improviso al Director y le dijo: "En este momento hay dos jóvenes cerca del pilón hablando de cosas malas." Se indagó y se averiguó que era verdad.

En 1883 una joven de diecinueve años, que más adelante entró en las Hermanitas de la Asunción, se encontró en Amiéns con el Siervo de Dios.

—Hija mía —le dijo él después de haber hablado algunos instantes con ella—, usted tiene espíritu de prudencia, procure conservarlo, y Dios la proteja. Todavía tendrá que esperar mucho tiempo, pero entrará en una Congregación que se ha fundado cuando usted nació...

Luego añadió:

—Nos veremos.

Quince días después se encontró de nuevo con Don Bosco, el cual, al verla, dijo a quien lo acompañaba:

—La conozco... Dios proteja a esa joven...

"Después de esta promesa —escribe ella— he tenido que esperar todavía doce años antes de poder seguir mi vocación, hasta que en 1896 ingresé en las Hermanitas de la Asunción. Solamente por haber leído una Memoria compendiada por nuestro Padre Pernet, que apareció en 1900, supe de un modo preciso que esta obra había empezado en mayo de 1864. Don Bosco nunca me había conocido ni visto; no pudo, por consiguiente, saber cuándo vine al mundo si no hubiera sido por una luz sobrenatural; sin este auxilio no habría podido precisar la fecha de mi nacimiento, aproximándola con tanta exactitud a la fundación de la Congregación de las Hermanitas."

Ya hemos indicado varias veces que veía desde lejos lo que ocurría en el Oratorio. El hecho se repitió con frecuencia. Desde el Santuario de San Ignacio en Lanzo, desde Roma, desde el extranjero, escribía a los alumnos del Oratorio, y desde éste y de otras partes a los de otros colegios, todo lo bueno y lo malo que veía entre ellos en misteriosas visitas.